

*P. Castillo*



*El País*

*de la*

*Gracia.*

IECA  
P  
A  
M  
P  
L  
O  
N  
A  
C  
A







EL PAIS DE LA GRACIA



# EL PAIS DE LA GRACIA

---

CUENTOS DE MIL COLORES,

ESCENAS POPULARES

Y TRADICIONES CRISTIANAS

POR

EL P. JOSÉ MARÍA CASTILLO

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

---

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)

---

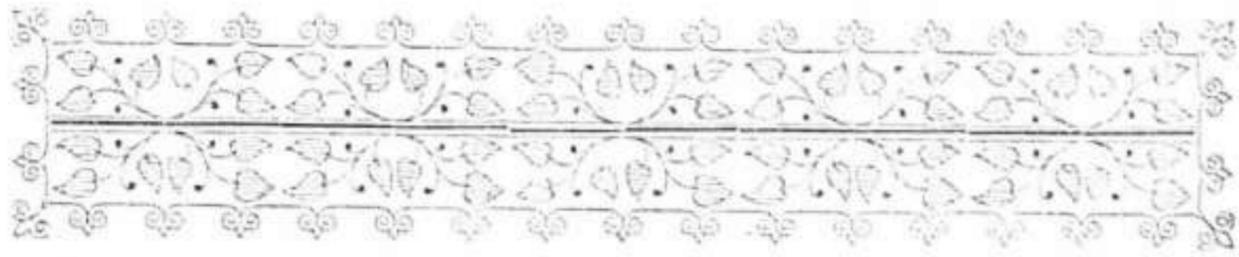


BILBAO

ADMINISTRACION DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»  
CALLE DE AYALA (ENSANCHE)

1888

ES PROPIEDAD



## PRÓLOGO

### I



Ás bien que una verdad nueva es casi sentencia de Pero Grullo, que al modo que en la creacion cada estrella tiene su órbita, cada flor su aroma, cada árbol su fruto, cada país su aspecto y cada persona su semblante, así tambien cada nacion posee su fisonomía moral propia, y en ésta rasgos esenciales y característicos. Ahora bien; nosotros pretendemos que el rasgo más pronunciado y expresivo en la fisonomía de España es sin duda la fe religiosa.

Fácil nos fuera, en demostracion de nuestra tésis, trazar una de tantas enumeraciones de hazañas y grandezas de nuestra edad de oro. Mas por miedo á caer en el tono declamatorio y á la falta de novedad, nos contentamos con recordar sencillamente que la fe hizo el gasto en la guerra de siete

siglos contra el islamismo; alentó á los descubridores del Nuevo Mundo, inflamó á las invencibles huestes que plantaron la cruz en Africa, presidió en Lepanto la más alta jornada que vieron las edades, electrizó á los tercios de Italia, Francia y Flandes, é inspiró en el presente siglo aquel levantamiento colosal y unánime de un pueblo sin rey, sin gobierno, sin caudillos, sin fortalezas, contra el extranjero y la revolucion, sirviendo de enseña en el combate, de lazo entre los soldados, de alegría en los triunfos, de general *No importa* en los reveses, de mina fecunda de constancia, entusiasmo y bizarría indomables en la adversa como en la próspera fortuna.

La fe ¿quien lo duda? maestra de toda verdad, ha guiado siempre á nuestros sabios, iluminado á nuestros legisladores, inspirado á nuestros poetas, divinizado el génio de nuestros artistas.

La fe católica es además, en la vida social de España, antorcha de los entendimientos, resorte de las voluntades, arsenal de todas las virtudes, válvula de seguridad entre poderosos y necesitados, pararrayos contra socialismos y demagogias, sosten de la conyugal fidelidad, base del filial cariño, salvaguardia del femenino recato, garantía del honor, manantial de probidad é inagotable alegría en el pueblo, prenda de resignacion en los trabajos, principal elemento de nuestra regeneracion, y último baluarte de la independencia nacional.

No nos forjamos ilusiones ni dejamos de contar con la merma producida en la fe por acontecimientos modernos. Pero no se cambia en un dia ni en un siglo la fisonomía de un pueblo, ni fácilmente

se le hace mudar de costumbres, de aptitudes ni de ideales, y harto lo dice la sangre derramada por la religion en nuestra época esencialmente sensual y egoista, y en que nadie piensa más que en el progreso material.

«La Revolucion ha pasado por España, escribia Balmes, pero el catolicismo vive aún, con sus principios fijos é invariables, con sus convicciones robustas, con sus altos pensamientos, con aquel lenguaje de seguridad que revela al hombre con toda certeza su origen y su destierro, con aquel ademan majestuoso que le marca la línea de sus deberes. Allí está, en medio de esa sociedad disuelta, conservándose como columna en pie, en medio de un campo de ruinas. ¡Ay de nosotros si llegásemos á perder esa alhaja preciosa, si llegásemos á desasirnos de esa áncora, sola que puede salvarnos en tan deshecha tormenta, si perdiéramos de vista ese faro que esclarece un horizonte de tinieblas (1).

Y es tan poderoso y fecundo que, conforme al axioma filosófico, segun el cual los efectos aumentan ó disminuyen con la causa que los engendra, España ha sido en la sucesion de los tiempos más grande y más feliz, á medida que aquel celestial rocío fecundizaba más libremente nuestro suelo, y que nuestros monarcas enderezaban sus empresas á utilizar las maravillosas dotes y aptitudes de nuestro genio para la explotacion del rico, prodigioso y nacional filon de la santa fe.

Y que no tenemos otro, lo evidencian el raquitismo y esterilidad de la Revolucion española, y la

---

(1) Miscelánea.

triste figura que como potencia revolucionaria hace nuestra patria en el concierto europeo. Atinada y oportunamente ha dicho un ilustrado escritor contemporáneo: «España, evangelizadora de la mitad del orbe, España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arevacos y de los Vectones ó de los reyes de Taifas (1).

## II

La gracia inestimable, extraordinaria que Dios hizo, pues, á nuestra patria, distinguiéndola sobre muchas naciones, es aquella que con tanto ahinco rogaba Jesucristo á su Padre la noche de la cena: *Padre mio, que todos sean uno, como Tú y yo somos una cosa*. Esta es la gracia española por excelencia: haber logrado del cielo *un Dios, una fe, un bautismo*. Y no hay tesoros en todo el mundo ni beneficios debajo la capa del cielo que se le puedan comparar.

Y en efecto: si á otras naciones les abandona Dios las aptitudes extraordinarias para los adelantos materiales, de donde fácilmente vienen á olvidar su alto destino y á limitar sus aspiraciones á los goces de la materia; á España, en cambio, parece que por más amiga, la reservó la idoneidad para las verdades de la fe y las cosas del espíritu.

A raudales derrama el Señor su gracia sobre es-

---

(1) Menendez Pelayo, *Heterodoxos españoles*, T. III.

ta tierra, y así, mientras en otros países metalizados y cultos há tiempo que no se quiere oír la palabra de Dios ni se hacen milagros á causa de su incredulidad (1), entre nosotros pasman las maravillosas conversiones que se obran en cada mision y la facilidad sorprendente con que un español, mediante la gracia de lo alto, entra en los intereses de Dios.

Hasta para hacer la guerra á la misma religion católica, se toma entre nosotros máscara de religion, que de otro modo no fuera posible; y nadie duda que de haberse francamente declarado á los soldados que se trataba de luchar contra la Santa Iglesia, nunca hubiera habido huestes ni ejércitos revolucionarios en nuestra Patria.

Los mismos caudillos sublevados en nombre de ideas subversivas, celebran sus triunfos con solemnes *Te-Deum*, y jamás tuvimos guerra con el extranjero (inclusa la última de Africa en que se gritaba *cristianos contra moros*), que no desplegasemos el lábaro de la cruz como recurso infalible de electrizar y sublevar las muchedumbres.

Sea el Señor bendito mil veces, pues mientras en otros países civilizados, perecen diariamente legiones de escépticos, incrédulos y herejes que alardearon de ilustrados y hombres de su tiempo,—y á los cuales de poco les servirán en la otra vida las conquistas de la revolucion ni las luces del siglo, por haber dejado apagar la centella de la fe,—entre los españoles, por el divino favor, hasta

---

(1) Et non fecit ibi virtutes multas propter incredulitatem illorum.  
(Math. XIII. 58.)

los «generales libertadores,» los «grandes orientes,» los «médicos materialistas,» los «clerófobos implacables,» y demás personajes comprometidos con la impiedad, abren los ojos á la verdadera luz en aquella suprema hora en que el alarde de irreligion se ahoga en la ganganta y el interés enmudece, viniendo así á morir contritos y reconciliados con nuestra Madre la Católica Iglesia (1).

Esta fe que todos heredamos, esta misericordia que á la casi unanimidad alcanza, esta es la gracia eminentemente española, preferible á todas las conquistas, ejércitos, escuadras y tesoros, con la infinita ventaja que llevan las cosas eternas del cielo á las transitorias de la tierra.

### III

Ahora bien: siendo cierto que el progreso de las naciones está á la altura de su religion, y que muy

---

(1) Un celoso capellan francés, del hospital de San Luis de los franceses de Madrid, decia: «Es cosa maravillosa lo que pasa con la gente de este bendito país. En Francia hay ciudadanos á docenas, muy honrados y acomodados que, abstraídos constantemente en sus negocios, se desdeñan durante su vida de instruirse en las verdades de la fe. Cuando á éstos les llega su última hora, inmutanse al ver al Cura, y si los mejores le oyen dócilmente, mientras se enteran de lo esencial para morir cristianamente, y ántes generalmente que tengan tiempo de hacer una confesion, espiran dejando graves dudas acerca del estado de su alma. Los españoles, en cambio, aun los más perdidos, sacan el escapulario, que casi todos llevan, empiezan á encomendarse con muchas veras á la Virgen Santísima, saben rezar, confesarse, hacer actos de contricion, y abrazados tiernamente con el Crucifijo, mueren muchos con tales actos de fe, muestras de arrepentimiento y pruebas de sinceridad, que sirven de enseñanza y de no poca edificacion al mismo Sacerdote que les ayuda á bien morir.»

comunmente el progreso moral y la prosperidad verdadera de los pueblos están en razon inversa de su progreso material cuyas maravillas deslumbran al vulgo; no cabe duda ninguna que España es, entre todas, nacion de primer orden: y esto sí que debe consolarnos y hacernos agradecidos con Nuestro Señor, el cual no consintió que la Nacion consagrada á su Madre y Reina de los cielos, se materializase y entregase á felicidades *de pega*, ántes quiso que fuese siempre la tierra predilecta y escogida, y que su pueblo fiel no encontrase estorbos que le impidiesen granjear el envidiable eterno galardón.

Y como de ordinario, es propia la alegría en un hijo que tiene contento á su padre, así parece consecuencia de este religioso espíritu, el humor jovial y bullicioso de nuestro pueblo, no accesible todavía al fastidio, al esplin ó á la linfa que tan tiesos y aburridos hace respectivamente á los franceses, á los britanos y á los alemanes.

Decia un español aficionado á viajar que siempre que entraba en una poblacion de la Europa civilizada, creia ir acompañado de dos difuntos, es á saber: del espíritu cristiano extinguido por el sensualismo, y del buen humor público sofocado por la especulacion: «Allá, decia, ni las guitarras rasgúan, ni las castañuelas distraen, ni las coplas populares alegran, ni las estudiantinas hacen asomar la gente á los balcones, ni las serenatas quitan el sueño; pero en cambio los serenos no entonan el *Ave María Purísima*, ni el canto de la aurora despierta á los devotos de María, ni el *Angelus* hace descubrirse á los transeuntes, ni las procesiones desfilan

en público, ni el Santo Viático visita á los moribundos, si no es de tapadillo, ni las vocingleras campanas convocan al vecindario al santo templo del Señor.»

En una palabra: Dios está excluido de la vía pública y de la vida oficial por las leyes vigentes, y sólo impera ostensiblemente el Becerro de Oro, á quien hoy se consagran en cuerpo y alma los pueblos que presumen ir á la cabeza de la cultura.

Pero como decia un gran orador contemporáneo: «La civilizacion es más grande que los caminos de hierro, más grande que los telégrafos eléctricos y que los cañones rayados, más grande que los buques de vapor y que los milagros más ó menos babilónicos de la industria moderna. Se puede tener todo eso y permanecer en la barbarie, porque todo eso toca inmediatamente á los cuerpos, y la civilizacion toca inmediatamente á las almas. ¡La civilizacion! Pues ¿por ventura hay algo más elemental que ella en toda sociedad que conserve el espíritu de Jesucristo, es decir, la plenitud del buen sentido humano, transfigurado por la luz de Dios?» (1).

El cristianismo, en efecto, quiere el progreso material como medio, no lo quiere como fin: quiere la materia esclava, no soberana; quiere el desarrollo de la materia como condicion normal de la vida; en manera alguna como suprema ambicion de ella.

Que otras naciones consagren, pues, todos sus esfuerzos á aventajarse á las demás en fundir caño-

---

(1) El P. Félix, *Conferencias*, 1861, 1.<sup>o</sup>

nes, barrenar túneles, hacer caminos, fabricar máquinas, tallar muebles, construir navíos, abrir puertos, falsificar caldos y espíritus, inventar modas y trajes, y perfeccionar todos los cachivaches desde el belon de Lucena hasta la aguja de marear.

El pueblo español, como dijo el poeta,

anclado entre la jota y el puchero,

cede á sus rivales semejantes habilidades menudas ó serviles, para las cuales está convencido que no le da el naípe, y deja no sólo resignado sino complacido (y dejará todavía probablemente por mucho tiempo), que los ingleses le vendan el té y el bacalao, que los alemanes le surtan de anteojos y juguetes, que los suizos le fabriquen los relojes y los organillos, que los saboyanos le diviertan con sus arpas y monos, que los argelinos le provean de incienso y de babuchas, y que los franceses le aflen los cuchillos y navajas y le abastezcan de los demás artículos que le imponen la necesidad, la moda, el lujo ó la comodidad.

Saber á dónde se vá es toda la cuestion: y más progresa sin duda el cangrejo que se encamina derecho á su charca, siquiera lo haga perezosamente y hacia atrás, que la liebre que corre á caer en el lazo, ó el corcel que se precipita en el abismo.

Enhorabuena brille, pues, la vanidosa Francia por su riqueza, su cultura material, su espíritu de proselitismo innovador; gloríese la altiva Albion de su sentido práctico, de la extension de sus Colonias y de la preponderancia de su marina y co-

mercio; préciase la Alemania guerrera de su nebulosa filosofía, de la tenacidad y entendimiento de sus sabios, del número y fortaleza de sus ejércitos; alardee Rusia de la magnitud de su colosal imperio y huélguense los Estados Unidos del estupendo desarrollo de su población, de su agricultura y de su industria: España católica, cuyos reyes más populares prefirieron perder sus dominios á contar en ellos súbditos herejes, se honrará siempre de su ortodoxia y unidad en la santa fe, que nuestros antepasados merecieron derramando rios de sangre en defensa de la Cruz.

#### IV

Supuesto el carácter religioso del pueblo español, parécenos no solamente antipatriótico é inmoral, sino bárbaro y feroz, el prurito de arrancarle la fe, y tenemos por ménos culpable al bandido que sale á robar la bolsa ó la vida, que al impostor que arrebatata el talisman de su felicidad y de su cultura, á este dichoso pueblo facturado por Dios para la vida eterna.

Y ciertamente que si el pobre que nace en la miseria, condenado á trabajar sin tregua para ganar un pedazo de pan, que á menudo no encuentra, comprendiera el refinamiento de crueldad que hay en apagar de su espíritu la luz que le ilumina en las tinieblas de su desamparo, y en abandonarle á su suerte desheredado de bienes, abrumado de males, rodeado de agujones que le provocan y de apetitos que le inflaman, sin otro porvenir tras de una vida desesperada que el camino del infierno;

si tal comprendiera, repetimos, hallaría que la Inquisición no tuvo nunca tormentos bastantes para lo que merecen los desalmados que á sabiendas tales intentos persiguen.

Otros pueblos apáticos, cuya sangre de hielo los hace fácilmente acomodables con la herejía, el escepticismo ó la indiferencia, conservan una probidad rutinaria y anónima no conocida en España. Aquí el día que la fe se hundiera, seríamos un presidio suelto ó una sucursal de Berbería.

No creemos, pues, indigno de una pluma honrada, ántes muy meritorio, contribuir á mantener la fe en el pueblo sencillo, recordar con cariño nuestras religiosas tradiciones, poner de relieve la profunda huella que en nuestras costumbres y caracteres ha hecho la única religion que desde Recaredo han profesado nuestros abuelos, hacer resaltar la jovialidad y donaire de nuestro cristiano pueblo, encarecer su tierna devoción á Jesucristo Crucificado, bajo cien advocaciones, como el Cristo de la Agonia, del Valme, del Perdon, de Búrgos, de la Vega, de la Buena muerte, y su confianza filial en la Santísima Vírgen, verdadera Reina y Madre de España, como lo pregonan los mil santuarios y vocablos con que piadosa y espléndidamente se la venera; poner de manifiesto, en fin, tantas virtudes propias de nuestro pueblo é hijas de su religiosidad, como su conformidad y alegría en los trabajos, su sobriedad tan alabada de los extranjeros, su facundia inagotable, su amor á la vida de familia, su heroismo legendario, y otras mil que yacen inexploradas, desde que se ha hecho moda pintar caracteres traducidos del francés.

Nosotros, siempre dentro del filon de la gracia nacional por excelencia, es decir, de la santa fe, nos hemos propuesto presentar en la modesta medida de nuestras fuerzas, caracteres indígenas, españoles y cristianos á macha martillo, legítimos herederos de los héroes de nuestro siglo de oro, de nuestros abuelos de la guerra de la Independencia, de nuestros padres de la guerra de África.

Y no se crea que al hacer resaltar en estos bocetos la gracia sobrenatural de que hablamos, dejemos excluida de intento aquella otra natural gracia que chorrea por los poros del tipo nacional. Sinceramente confesamos que con semejante sal deseáramos ver sazonado nuestro libro, cuanto más exigiéndolo el asunto, pero aquel condimento no se encuentra en la tienda ni se adquiere con dinero, y solamente lo gasta el que puede y lo tiene por naturaleza.

## V

A pesar de lo cual, figura en el título de nuestro libro la *gracia española*, no ciertamente en el sentido natural, ni en son de alarde y como pregonando el nacional donaire de que nuestros cuentos por desgracia carecen, que el suponerlo sería insufrible presuncion; sino en el sentido sobrenatural y teológico de la palabra, pues *gracia*, segun la primera acepcion del Diccionario de la Academia, es «don de Dios»; que lo de «donaire y atractivo» sólo viene en segundo lugar.

Don de Dios, en efecto, beneficio singular hecho

á nuestra patria, y en este concepto, *gracia* otorgada á España, ó *gracia española*, es, lo repetimos, la nunca suficientemente encarecida unidad en la misma fe, última peticion de Jesus á su Eterno Padre: *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus* (1).

*Gracia española*, la venida en carne mortal á esta afortunada tierra de la Madre de Dios entre coros de ángeles.

*Gracia española*, la proteccion valiosa y visible del apóstol Santiago, patron predilecto.

*Gracia española*, el ardor del sentimiento religioso y la tenacidad heroica en defender la santa fe á través de los siglos.

*Gracia española*, la dignacion de la Providencia en haberse servido de nuestra sangre para dar tanta gloria á Dios y tantos mártires á su Iglesia.

*Gracia española*, la adhesion inquebrantable de este país á la Cátedra de Pedro.

*Gracia española*, el horror santo á la herejia que se trasmite de generacion en generacion.

*Gracia española*, el que en un siglo sensual y metalizado, nos haya conservado el Señor más aptos para lo contemplativo que para lo positivo; más para lo ideal que para lo sensual, más para el honor que para el provecho, más para la grandeza que para la fortuna, más para el espíritu que para la materia.

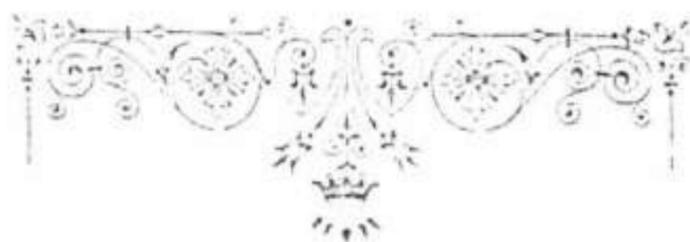
*Gracias españolas*, la religiosidad tradicional de nuestro pueblo, su confianza en Jesus y amor á Cristo crucificado, su devocion tiernísima á la Santísima Virgen, su fidelidad á Santa Ana, San

---

(1) San Juan, XVII, 22.

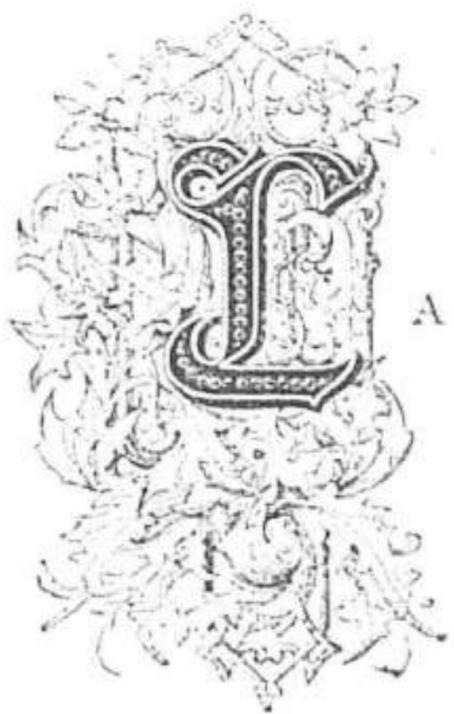
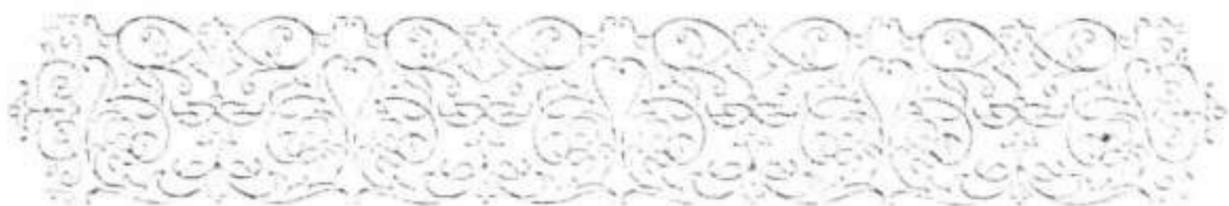
José y tantos otros santos, y en suma, la felicidad que gozan en vida los hijos de esta tierra viviendo como católicos, y la eterna que esperan con fundamento por su determinada voluntad de morir cristianamente y en la amistad de su Redentor y de su Dios.

Por todos y cada uno de estos títulos merece nuestra patria llamarse *el país de la gracia* por excelencia, y con el mismo título bautizamos nuestro libro, porque al escribir sus diferentes partes, no nos hemos inspirado en aquellos de nuestros compatriotas que reniegan de nuestras venerandas tradiciones, ni en los que remedan lo extranjero, sino en los españoles genuinos, auténticos y castizos; los más numerosos y los más dignos hijos de esta tierra de bendición que en su religiosidad sincera llevan el sello de su españolismo, y que todavía permanecen fieles al glorioso legado de tradiciones, creencias y costumbres que heredaron de sus heroicos antepasados.



LA VÍRGEN DE LA VEGA





A locomotora silbaba y el tren de Miranda á Híaro estaba ya á punto de partir, cuando un mozo riojano, á juzgar por el traje, el acento, y las interjecciones, se puso á gritar:

—¡Re... Diez! ¡Estas cosas no le pasan á *naide* más que á mi! ¡Eh!... ¡Usted, el de la levita de oro!...

—¿Qué hace V. aquí?—dijo airado el jefe.

—Pues *ná*, que *dempues* de haber *mercao* el

---

(1) Como nuestro objeto en esta serie de cuadros de costumbres es no tanto pintar la escena, cuanto fotografiar los sentimientos religiosos, es claro que tenemos que hacer intervenir españoles que vivan y hablen de lo que llevan en el corazón. Mas aunque el arte sólo nos obliga á ser verosímiles, frecuentemente también narraremos hechos verdaderos. Para distinguir, pues, unos de otros en asunto tan grave, advertimos al lector que señalaremos con la nota de «histórico» todo episodio que rigurosamente lo sea.

billete, ahora salimos con la jaculatoria de que no hay asiento.—¡Voto á!...

—Venga V. conmigo.

—¡Cuerno! Ya silba otra vez.

—¡Eh! Millan,—gritó un *guason*, ¡que te quedas de á pié!

—Cosas de la *impresa*,—continuó Millan muy quemado. Nó, pues si me quedo, voy á armar un jollin que arda la estacion.

—¡Entre usted ahí!—dijo por fin el empleado abriendo la portezuela de un coche de primera clase, á falta de sitio en los demas vagones.

—¡Date tono Millan!—gritó burlonamente la misma voz de ántes, aludiendo al billete de tercera que aquel llevaba en la mano.

—¡Dios guarde á Vds.!—exclamó Millan más sosegado, echando de golpe las alforjas sobre la alfombra.

Dos caballeros ocupaban el compartimiento: ninguno de ellos contestó á aquel cortés y cristiano saludo.

Millan pensó buenamente que seria moda entre la gente de primera dar la callada por respuesta. En seguida sentóse modestamente, como aquel que teme estorbar, y colocó las alforjas entre los pies, conservando el garrote que llevaba en la mano. Luégo se puso á mirar á su

alrededor, y á admirar con infantil curiosidad almohadones debajo, almohadones detras, almohadones á derecha y á izquierda, y para que no faltaran, hasta almohadones en el techo.

En tanto, los otros dos viajeros seguian una conversacion ya comenzada. Uno de ellos tenia acento extranjero.

—Si ya le digo á V. que á rico no le ganarán muchos paises, pero á cerril tampoco.

—Mas ellos van misegables. ¿Qué hacen con el dinego?

—Pues lo que dice esa *Guía* que usted trae: visitar santuarios y acudir á entregarse á comilonas y juegos.

—Entónces, ello no es asombroso.

—O se lo dan á los Curas para decir misas y novenas.

—¡Quel fanatismo! Ellos estarán carlistas.

—No, señor. Pues eso es lo chocante, que Haro es un pueblo que blasona de liberal, y no obstante, mañana mismo verá V. una procesion de rogativa, digna de los tiempos ominosos de la Inquisicion... ¡Y eso en las calles de una poblacion comercial!...

—Yo quisiera ver eso.

—Pues ya lo verá V. Pero tenga V. mucho ojo, porque si se descuida en no descubrirse al paso de una Vírgen que llevan los brutos del

campo, corre V. riesgo de que le rajen la cabeza de un garrotazo.

—¡Ah! *¡les bedouins!*

—¡Bien que beduinos!—Si no fuera por los negocios, no me verían á mí el pelo por esta tierra.

—E ¿cómo llaman ellos esa imaguen?...

—La Virgen de la Vega, de quien creen estos buenos paletos, *qu'elle fait la pluie et le beau temps*, como ustedes dicen, ó como dicen ellos, que manda en la lluvia y en el tiempo claro, y que da monises y salud.

—*¡Croyez cela et buvez de l'eau!*—prorrumpió el francés riendo socarronamente. Y traduciendo él mismo su frase. ¡Créalo V. y echará *pantorilla!*

—Verdad es,—repuso el español. En fin, un país de mastuerzos, añadió procazmente, y una Virgen de tantas, que los Curas explotan para hacer su agosto.

—¡Miente V. con toda su boca!—estalló en aquel momento Millan, lanzando relámpagos por los ojos.

Ambos interlocutores que, enfrascados en su diálogo, habian llegado á olvidar al campesino, se volvieron rápidamente hácia él. El viajero español, á quien la enérgica interpelacion se dirigia, miró de alto á bajo desdeñosamente á

Millan, é incorporándose prorrumpió con ademán soez:

—Y ¿quién eres tú, zoquete, para meterte donde no te llaman?

—Yo soy quien—replicó Millan levantándose con no menor presteza,—para meterle á V. en su cuerpo maldecío las palabras que acaba de pronunciar.

En aquel solemne instante, en que ambos contendientes se miraban fieramente como leones, eran de ver el sudor que surcaba la frente, y la congoja que atosigaba el alma del extranjero, horripilado ante la sola idea de ver aparecer las *navacas*.

Difícil es prever lo que hubiera sucedido, si la casualidad, ó acaso los gritos, no hubieran hecho que en aquella sazón apareciese en el cristal de la portezuela el interventor esgrimiendo un sacabocados y recitando el consabido:

—¡Los billetes, caballeros!

Envalentonado el libre-pensador con la presencia del empleado, desbarró de lo lindo contra el fanatismo de los baturros, y contra la empresa, que por no poner un coche más esponia á las personas decentes á un lance con un pollino.

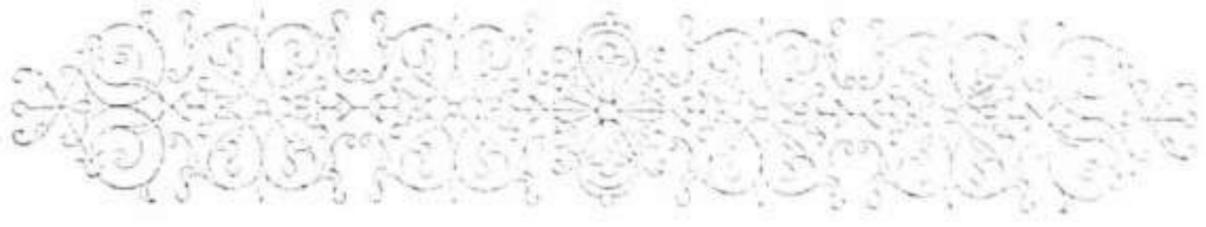
Millan, que no se mordía la lengua, alegó que, en punto á decencia, todos somos hijos de Dios;

y que los mejores son los que no se avergüenzan de su Padre, ni se las echan de hombres, desbarrando contra la religion.

¡Casualidad inesperada ó acontecimiento providencial! La verdad y la Constitucion salieron triunfantes de aquel debate. En efecto, el empleado que en un principio se sentia más inclinado á llevarse á Millan á la perrera, como pedia el libre-pensador, acabó al fin por disgustarse de la cínica arrogancia de éste, y por declarar, usando de su jurisdiccion, que Millan estaba en su perfecto derecho, como católico, de ser respetado en sus creencias, y como ciudadano, de no aguantar que en su cara le llamasen barbarote y jumento, aquellos que despues de todo venian á negociar y hacerse ricos en su país.

Puesto en claro el derecho, el viajante de comercio (que eso era y no otra cosa el libre-pensador) tuvo el buen gusto de mudar de plática con su compañero el *commis voyageur* francés. Y lamentándose ambos de que en los hoteles y posadas españolas no se encontrase una cocinera que supiese hacer bien una *omelette soufflée*, llegaron, sin otro incidente y sin hablar más palabras con Millan, al término de su viaje, que era la importante villa de Haro.





## II



BARO, llamado antaño *puerto seco*, por la gran afluencia y contratacion de pescado que en su plaza tenia lugar, ántes del establecimiento de las vías férreas, ha aumentado su antiguo movimiento comercial, merced á la considerable exportacion, que para el extranjero se hace actualmente, de los excelentes vinos que constituyen su principal riqueza.

Desde la estacion, echa ya de ver el viajero la importancia de este tráfico. Nombres franceses campean en las fachadas, trenes enteros de barricas garantizan la abundancia de los caldos y los alcoholes, dilatadas plantaciones de viñedo pregonan cuál es la principal faena y fortu-

na. Empero, si la situación de la Vega es deliciosa, bañada como está por los ríos Ebro y Tirón, también tiene el grave inconveniente de hallarse expuesta á continuas heladas que malogran y destruyen las cosechas.

Y como donde hay españoles necesitados y atribulados, es ordinario hallar un santuario donde se implore á María Santísima, no es mucho que Haro posea el suyo, y á la verdad tan respetable por lo antiquísimo de su origen como por la abundancia de favores que en él se obtienen de la Madre de Dios. La tradición, conservada en el país, asegura que la Imágen de Nuestra Señora de la Vega, es la misma que los cristianos huyendo de los moros trajeron de Granada, cuando la monarquía goda quedó sepultada en la famosa rota del Guadalete (1).

¿Hay peste ó calamidad que amenace la salud pública, ó heladas, contagios é inundaciones que pongan en riesgo la cosecha? Pues indefectiblemente, el pueblo de Haro saca la

---

(1) Es probable la existencia de una población romana llamada Villabona en el mismo sitio donde está el Santuario, si se atiende á que en las escavaciones practicadas en las arboledas inmediatas, se han hallado sepulturas, osamentas, monedas y otros efectos. En dicha población se conservó la imágen que recibió culto constante, porque siendo aquella fortificada, los habitantes se defendían del furor de sus enemigos, amparados por la misma Imágen constituida en prisionera y Capitana.

Sagrada Imágen en procesion con gran solemnidad de su Santuario, y cuelga de tan poderosa Protectora su esperanza y su remedio, como de quien tantas veces le ha consolado y favorecido.

En semejantes ocasiones, desfila lenta, muy lentamente la religiosa comitiva, pues siendo numerosísimos los devotos que desean honrarse llevando en hombros á su Patrona, es forzoso que se efectúe un relevo á cada veinte pasos. Para alejar discusiones, un señor Sacerdote lleva una lista, segun la cual van sucediéndose ordenadamente los conductores.

Ahora bien: si por ventura se llega á extravíar la lista, los señores Sacerdotes, para evitar porfias y descomedimientos, suelen encargarse de la conduccion de la Imágen (1).

Por lo demas, para convencerse de la especial veneracion de los Harenses á la Virgen Santísima, basta visitar su Santuario, pues á la vista de aquel pueblo reverente y afectuosamente postrado ante su Patrona, á la cual acude confiadamente en sus tribulaciones, hay que confesar que entre las Imágenes queridas en

---

(1) Así sucedió el verano de 1883, en que Haro se vió libre del cólera por la intercesion de su Patrona, con haber hecho el azote numerosas victimas en Tudela y Calahorra, de la misma ribera del Ebro.

---

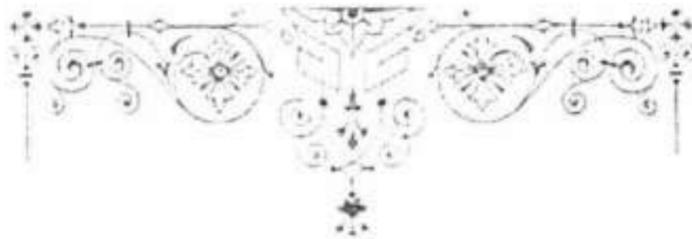
España, no cabe omitir la popularísima Virgen de la Vega de Haro (1).

---

(1) Del fondo religioso de este pueblo, da alguna idea el siguiente episodio ocurrido no ha mucho tiempo. Cuando se fundó el Apostolado en Haro, los Padres de la Compañía dieron una misión en Briones, distante legua y media. Era grande la discordia y peligro entre los mozos, armados todos de sendas y enormes navajas.

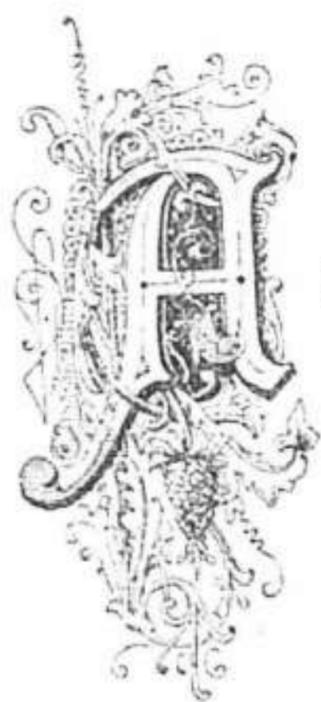
Lo que la autoridad civil no podía lograr, se logró fácilmente por los misioneros, pues todos los mozos entregaron á los Padres dócilmente las navajas, de que se llenaron dos ó tres cestos. Con ellas se hizo fundir una cruz en Haro como recuerdo de la misión, que todavía se conserva en la Iglesia. El Ayuntamiento, satisfecho del resultado, quiso obsequiar á la gente moza, y al efecto pagó un pellejo de aguardiente para el desayuno despues de la Comunion general.

¡Qué sería de nuestros pueblos si llegasen á arrancarles la fe!





### III



UNQUE fatigados del camino, ninguno de los tres viajeros que la casualidad habia reunido en el coche de primera clase, habia podido dormir la noche siguiente á su llegada.

El francés que se quejára de la cena, porque sabia á óleo (á lo cual replicaba la cocinera que pues aceite tenia, no habia de saber á pomada), no logró digerir un succulento *pebre* de pimientos riojanos.

El viajante español no habia cerrado el ojo, por haberse acostado bajo la impresion terrorífica que le causara la noticia de que se habian dado casos de cólera fulminante á corta distancia. Sabido es, que cuanto uno es más desocupado en religion, es tanto más impresionable y tembloroso conservador de la pelleja.

Millan, por su parte, no habia hecho más que

dar vuelcos en la cama, atormentando su cacumen y buscando la misteriosa incógnita de este problema: «¿Para qué llevarán los señoritos y los franceses dos casacas en verano, cuando yo no puedo aguantar ni el chaleco encima de la camisa?»

El problema tenía su intríngulis, y no era ajeno á la situación de Millan.

Porque es de advertir que al apearse del tren, los dos viajeros, despidiéndose á la francesa, corrieron á coger el coche que hace el servicio de la estación á la villa. Millan, que contaba con los quince *menutos* de parada, se quedó un momento á asegurarse de que no le faltaba en las alforjas ninguno de los encargos que había ido á mercar á Miranda.

Al salir del coche, echó una mirada y advirtió un periódico abandonado, y debajo de él una cartera con papeles que tomó y guardó. Entonces creyó recordar que se le habían caído al francés al ponerse la segunda casaca.

Llegados á casa, le faltó tiempo para contar á su madre la tía Bastiana, cómo había viajado en primera clase, y cómo los dos señores que iban en el coche habían puesto á la Virgen de la Vega peor que un *pial*.

—María Santísima ¡qué judíos! Y tú ¿qué has hecho?

—¡Toma, sacar la cara por la Virgen!

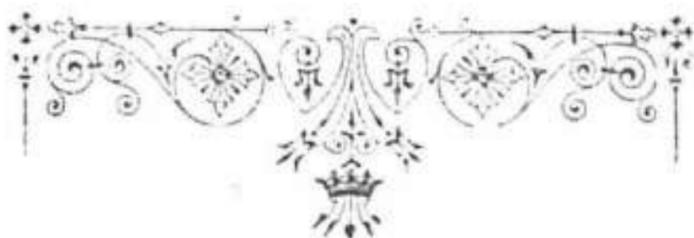
—Bueno, hombre. Pues ¡no faltaba más!

—Y ya le iba á descargar una *guantá* al más deslenguado, cuando se apareció allá de pronto aquel que hace abujeros en los billetes.

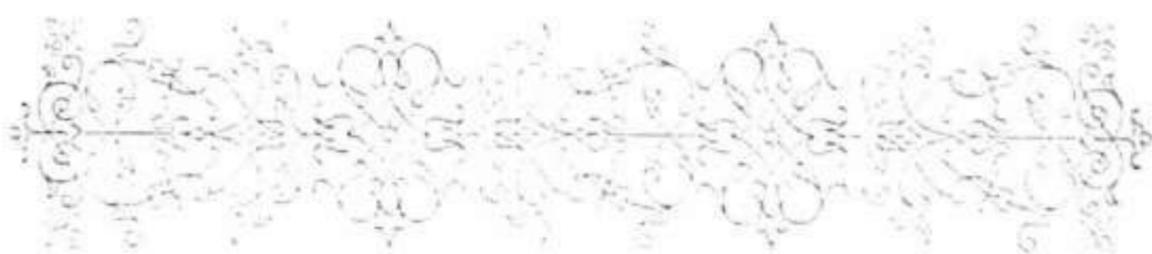
—Mejor es que haya pasado así, hijo, porque, si no, ellos hubieran sacado algun *regolvér*.

—Y ¡mucho miedo que me dan á mí los *regolveres*, cuando tengo mi garrote en la mano!

Millan enseñó á su madre la cartera encontrada en el coche, y aunque ni uno ni otro comprendieron toda la importancia de los papeles que contenia, muchos de los cuales estaban en francés, entendieron que aquello valia un caudal y convinieron en lo que habia que hacer.







IV



RENEGABA el francés viajante, desde el amanecer, de las fondas españolas, de las cenas riojanas, de las camas sin *sommier*, y de la mala costumbre de las domésticas que aporrearán al dormilon perezoso cantando á voz en grito para toda la vecindad, todo su repertorio de coplas, mientras barren ó hacen los cuartos.

Parecía, en efecto, que la Florentina, honrada sirvienta de la fonda, se habia propuesto aburrir á los recién llegados:

A la Virgen de la Vega  
Le he pedido yo en la Salve,  
Que no se hiele el plantío  
Y mi novio no me plante.

El buen bordelés (por que de Burdeos era),

comprendió que Morfeo, á quien todavía aguardaba, se habia de espantar con semejantes cavatinas, y se resolvió á levantarse y á poner en órden sus asuntos, papeles y bagajes.

La Florentina, continuaba:

El pan nuestro, cada dia  
A Dios del cielo le pido,  
Y á la Virgen de la Vega  
Que no se nos agüe el vino.

—¡Es extraordinario!—exclamaba él; estas buenas gentes creen que la Virgen no se ocupa más que de sus pequeños asuntos. Despues de todo, pensaba, esto no hace mal á nadie.

De pronto, detiéndose caviloso, en medio de su habitacion, lánzase luégo al paletot, busca en todas partes su cartera, y desesperado, pálido, convulso, cae en una silla, gritando con voz ahogada:

—*¡Mon Dieu! ¡Je suis volé! ¡Au secours!* (1).

Acudió su compañero de viaje, y acudieron los dueños de la fonda, que no sabian cómo explicar el caso, ni quién podria ser el ladron, y hablaban de dar parte á la autoridad, y de avisar por el telégrafo y de registrar la casa, y de mil proyectos más.

En estos momentos llamaban en la escalera de la fonda:

(1) ¡Dios mio! ¡Me han robado! ¡Socorro!

—¡Deo gracias!

Pero ninguno escuchaba, porque la noticia del robo les hacía atender á lo principal.

—¡Ave María!—repitió más fuerte la voz.

—¡Sin pecado concebida!—respondió por fin la Florentina. ¿Qué se le ofrece á V.? preguntó al que subía.

—Desde el otro lado del pueblo te he oído cantar. ¡No estás tú poco cantora!

—Hijo, de lo mio gasto. ¡Pero si tú supieras lo que nos pasa!

—¡Bah!—dijo Millan desentendiéndose.

Y entró con mucha tranquilidad en la estancia donde se hallaba el viajante bordelés, pálido y desencajado; y despues de haber saludado cristianamente y tomado las seguridades convenientes, entregó la cartera á su dueño sencillamente, diciendo al propio tiempo con solitud:

—Mire V. si le falta algo.

—¡Oh, Señor!—exclamó aquel, tan estupefacto como conmovido; pero esto que V. hace es una accion muy honrada.

—No hace más que lo que debe,—interrumpió el viajante español.

—¡Permita V.!—añadió el primero. Es una suma que entre billetes de banco, letras y cartas órdenes, se monta á 30.000 francos.

—Lo mismo hubiera sido que fuera un millón,—observó modestamente Millan yendo á tomar la puerta.

—No se marche V. señor,—exclamó el bordelés, visiblemente impresionado. Tengo con usted una gran deuda. Hágame el favor de recibir esta pequeña gratificación.

Y alargóle dos billetes de veinte duros cada uno. Millan retrocedió entre corrido y airado, y con brusquedad sublime respondió altivo:

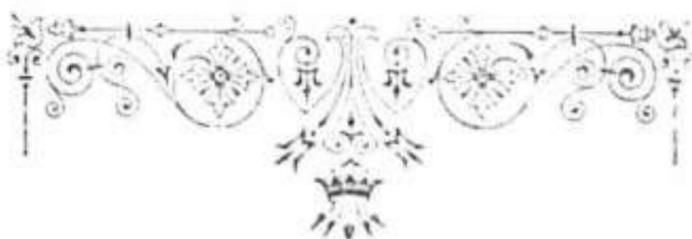
—Señor *musiú*, usted nada me debe, y entre los hombres de mi ropa, no se estila recibir dinero por dejar de ser ladron. Además, sepa usted, añadió con acento más vibrante, que si algun dia tuviera que pedir una limosna, ántes permitiria morirme de hambre que recibirla de gente que pone su lengua malvada en la bendita Madre de Dios.

Y salió de la fonda dejando estupefactos á los dos viajantes. En honor del caballero francés, hemos de declarar, sin embargo, que deplorando sinceramente su ligereza de la víspera, admiraba la conducta de Millan, y buscaba un medio de manifestarle su agradecimiento.

La señora de uno de sus corresponsales que se enteró del caso, le sugirió, como buena cristiana y conocedora del país, la solución más delicada.

Siguiendo su consejo, en efecto, ambos viajeros concurren aquel día á la procesion de rogativa con sendos cirios. Millan que aguardaba su turno para conducir á la venerada imagen, lloró casi de alegría al verlos, y confesó más tarde que ninguna propina ni regalo del mundo le hubieran causado la satisfaccion que sintió su pecho al ver aquel par de caballeros rindiendo acatamiento á la Vírgen de la Vega.

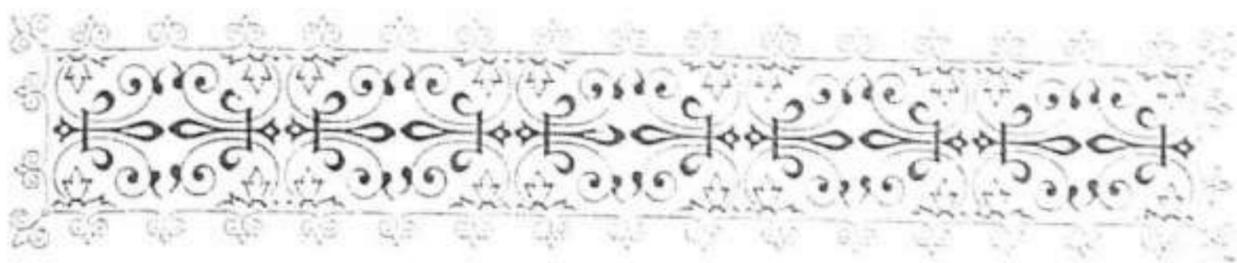
La noticia del caso se propagó entre la clase labradora de Haro, y no fueron pocas las personas que visitaron el Santuario por convencerse del hecho, y contemplar delante de la popular imágen un gran cirio que durante cinco semanas ardió en enorme candelero, y que la gente designaba con el nombre de *el cirio del francés*.





# MALA-LENGUA





I



COMO el sol que asoma socarronamente la cara á través del misterioso celaje de nubarrones, una vez pasada la tormenta, ó como los pájaros que abandonan las arboledas, y los insectos que salen de sus escondrijos, apenas el Arco íris aparece abigarrado y esplendoroso, así los vecinos del hermoso puerto de mar S... salían de sus casillas y palacios, invadiendo paseos y caminos, por la doble y sencilla razon de que era domingo, y el primer dia de buen tiempo despues de dos largos meses de monótonas, perseverantes lluvias.

La carretera principal, sobre todo, parecia un hormiguero: caballeros y gente llana paseaban envueltos en gabanes de pieles ó en auto-

rizadas capas; señoras y mujeres del pueblo lucían elegantes abrigos ó mantones «de ocho puntas,» ricos y pobres con la nariz colorada corrian á porfía en busca de un benéfico y templado rayo de sol.

De pronto, y al pie de la cuesta, apareció un enorme carro-mato tirado por seis magníficas mulas. Era el del famoso tío Tabardillo, conocido traginante del país, que á la sazón iba tumbado bajo el toldo, dormitando á lo que parece.

El zagal Jeromo guiaba el carro, pero por más que al empezar el repecho tuvo la precaucion de arrear al ganado para que tomase corrida, el piso estaba tan malo, que el vehículo, cargado en extremo, quedó inmóvil á los pocos pasos y como clavado en el sitio, sin que pudiesen las mulas arrancarlo de allá, ni más ni ménos que si hubiese sido una montaña.

Tabardillo saltó al momento de su sitio, como si le hubiese picado la tarántula; apareció colérico sobre la mula de varas, vestido de blusa corta y gorra de pelo, é interpeló al desdichado zagal en esta guisa:

—¡Ah... rre... ladron, hijo de una cabra! ¡Ya tardabas tú, perro, en hacer una de las tuyas! ¡Si no voy ahora mismo y te echo las tripas fuera!

Y encarándose con las mulas empezó á animarlas gritando:

—¡Beata!... ¡Beataaa!... ¡Coronela!

La mula Beata, que era la de varas, se esforzaba en vano para mover aquella mole. En tanto Jeromo estaba confuso, con la cara blanca como un pañuelo.

—¡Ah, granujon! ¡canalla!—volvió á decirle su amo irritado. ¿Estás borracho ú qué? ¡Hasta me chiflo en tu alma!—¡Beata! ¡Beata!... ¡Peregrino!...—¡So pillo!—volvía á decir encarándose con Jeromo! ¡No ganas ni el pan que comes! ¡Malos lobos te coman á ti, traidor!...—¡Coronela! ¡Peregrino! ¡Beata! ¡hui!... ¡Arre, Peregrino! ¡Huesqui!... ¡Gallarda!... Au... au... au...

Tiempo perdido. Las mulas tiraban de buena voluntad; pero el carro no se movía.

—Coge del diestro á ese macho, mastuerzo, —gritó Tabardillo á Jeromo con voz imperiosa y preñada de tempestades. ¡Una puñalá en la tetilla merecias tu por marrano, avutardo, sin provecho!... ¡Re... taco!

El zagal aguantó la rociada en silencio, y obedeció sumisamente:

—¡Arre Capitana! ¡Toma Peregrino! ¡Hala Gallarda! ¡hala! ¡hala!...—exclamaba Tabardillo, animando y aguijoneando al ganado.

Pero el carro permanecía clavado á la tierra, sin adelantar una pulgada.

Entónces tuvo lugar ese espectáculo inhumano, horrible, salvaje... y, sin embargo, tan frecuente en nuestro país. Despues de haber descargado con toda su bestial fuerza una série feroz de garrotazos á la mula de varas que habia hecho noblemente cuanto habia podido, y despues de haber repartido entre las demas mulas del tiro crueles varazos, y tan dolorosos que los pobres animales para recibirlos doblaban sumisamente el lomo, Tabardillo, ébrio de coraje, echando fuego por los ojos y mirando su carro atascado, empezó á descolgar todo lo más santo, y á poner su lengua malvada sobre cuanto hay de sagrado y augusto en cielo y tierra.

La muchedumbre escuchaba espantada y en silencio aquellas infernales blasfemias, y era verdaderamente vergonzoso que ninguno hiciese callar á aquel demonio. De repente salió de un grupo que acababa de llegar, un hombre del pueblo, enérgico, sereno y resuelto:

—Méenos lengua,—dijo, buen hombre, y más sentío. ¿No es una mala vergüenza que esté usted echando por la boca toda la fuerza? ¡Canastos! ¡Vaya con el ciudadano, que se sabe de memoria todo el silabario de los pecados!...

¡Capote! ¡Ya está V. apechugando con una rueda! ¡Y apriete fuerte, que lo mismo haremos aquí!

Y como Tabardillo lo mirase vacilando:

—Vamos pronto, ¡cacharro!—gritó resueltamente el recién venido, que yo no digo las cosas dos veces.

Tabardillo, estupefacto, dejó asomar todavía un gesto de mal humor, porque era díscolo y mal templado para sufrir imposiciones de nadie. Pero al ver que varios de los circunstantes, obedeciendo á una simple señal del que acababa de hablar, se disponían dócilmente á ayudar, creyó que sin duda era alguna digna autoridad, y sin chistar más palabra se abrazó á la rueda.

—¡Suelta tú la galga, zagal, que estorba!—exclamó entónces el protagonista de aquella escena, á quien sus conocidos designaban respetuosamente con el nombre de señor Tiburon.

Tiburon, se llamaba, en efecto, un honrado marino que gozaba gran prestigio entre la gente del pueblo, porque á una vida honradísima, unía el ser muy campechano, muy complaciente, muy decidor, muy bravo, y como dice el Evangelio, hombre de *buena voluntad*.

Bajo su direccion inteligente, todos á una empujaron con ahinco, mientras el pobre zagal hacia que las mulas cumpliesen con su deber,

y de esta manera, en pocos minutos, sin ruidos, ni juramentos, ni escándalos, ni ofensas de Dios, el carro salió como una pluma del atascadero.

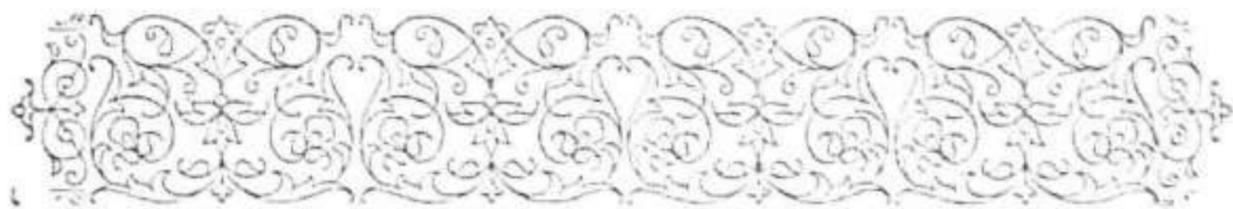
—¡Ave María Purísima!—exclamó con buena sombra Tiburon, cuando el carro echó á correr, como para desinfectar la atmósfera envenenada por las recientes blasfemias.

—¡Sin pecado concebida!—contestaron sonriendo y sacudiéndose las manos manchadas de barro, los que habian contribuido á la faena.

Pero aquí del apuro de Tabardillo. Comprendia bien el muy cerril que debia agradecer de alguna manera el servicio que tan generosamente y tan contra su grado le acababan de prestar, pero le daba cortedad convidar á Tiburon, porque aquel hombre parecia superior á los demás.

Paró, pues, el carro frente á la taberna, en lo alto de la cuesta, y esperó á sus bienhechores, que afectuosamente venian hablando con Tiburon.





## II



Al llegar el grupo, Tabardillo gritaba á la tabernera:

—Patrona,—saque V. un puñao de almendras ó castañas pilongas, y reparta á estos caballeros.

Y al mismo tiempo se apresuraba á ofrecer á Tiburon un vaso lleno de vino, esforzándose visiblemente por ocultar su habitual aspereza.

—Se aprecia la buena voluntad,—contestó el marino, pero no hay gana. Estos señores beberan.

—¡Añide sardinas, tabernera, que van viniendo convidaos!—dijo Jeromo.

—¡Se ofrece de buena voluntad!—insistió Tabardillo, repartiendo vasos, y mirando al marino.

—Beban ustedes si quieren,—respondió éste, cortés pero secamente.

La tabernera, que era mujer tan gorda como hábil zurcidora de voluntades, adivinó cuanto pasaba, y se propuso pinchar aquel tumor para que acabase de reventar.

—¡Atemorizada viene la gente de oír desbarrar! Si no fuera porque hombre enfadado no sabe lo que habla, merecian ustedes á veces un buen sinapismo en la misma lengua, por escandalosos!

—No le falta razon, señora,—opinó uno de los presentes.

—No lo digo por naide,—añadió otro, pero algunos se ponen como bárbaros. ¡Y todo por echarla de *presonas*!

—¡Lástima de multazo, que les doliera en la bolsa!

—¡Mejor un buen sopapo, que les derribara las muelas!

—Señores, para meter en cintura á los mal hablados, no hay como el alcalde de mi pueblo. Los pone á la sombra por lo ménos una noche, y quieras que no, les hace beber ántes de soltarlos un vaso de caldo de guindillas, que arranca el gazzate! (1).

---

(1) Este alcalde vive y gobierna hoy felizmente.

—¡Desengañense ustedes! No hay mejor tapabocas para los desalmados, que escupen á su divina Majestá, que un garrotazo bueno en la misma boca maldiciente...

—¡Reniego de mi casta! —gruñó en aquel momento muy quemado Tabardillo, que hasta entónces habia estada tragando saliva. —Cada uno rasca su sarna, señores, continuó, que para decir el toro viene, no es menester tantos arrempujones. Bebamos en paz, si ustedes gustan, pero ¡me caso en Saboya! coste que si lo dicen por mí, á mí nenguno me ata, porque rompo la sogá.

—Aquí se habla por tós y por ninguno, y el que se pica ajos come, observó uno de los que habian hablado.

—Yo no tengo que dar á usté ni á nengun nació cuenta de lo que hablo, ¡re...pañó! —dijo amenazador Tabardillo, que se iba subiendo á la parra. ¡Conque bebamos! Y poquita bulla, que me duele la caeza!...

La tabernera lanzó una mirada de inteligencia al marino, como diciéndole: «si usted no lo gana, esto se pierde.»

—Prudencia, señores, —dijo Tiburon, y el que no quiera borrasca que no se meta en el barco; que el hombre es hombre, y si salta la cuerda puede darles el zurriagazo en la cara.

—Bien hablado, compadre, —dijo agradecido Tabardillo. Yo soy asina, ó drento ó juera, como mi padre, que Dios haiga, y tenia malas pulgas.

—¡Camorra! —continuó Tiburon. Cada unc es como su divina Majestá le hizo, y un poco peor, y nadie puede decir de esta agua no beberé.

—¡Cabal!

Yo conocí á un marinero, indómito como la mar, —continuó el marino— con más alma que un cañon, más pelo en el pecho que una zamarrá, y más fuerzas que un vendabal. Manejaba la lancha como si fuera una nuez, jalaba del remo como cuatro, nadaba como una merluza, cazaba largo, bebia como un inglés, y hablaba... ¡capote! lo mismo que un condenao.

—¡Qué atroz!

—Toda la grumetería se callaba donde estaba él, y cuando arriaba la lengua, y empezaba á descolgar toda la córte celestial, era cosa de colgarle de las gaviás, ó de echarse á la mar, por no oirle.

—¡Qué bárbaro!

—Dios Nuestro Señor, que le pudo dejar desarbolao ó echarle á pique, le aguantó sin embargo, pues dicen que Dios no tiene prisa, porque siempre le llega su hora.

—¡Verdad como un templo!

—Pues es el caso, que *Mala-lengua*, que así le llamaban, estaba un día plantao á la puerta de la taberna, y por cierto á la vera de la misma iglesia. Él era hombre, como digo, de fuerzas, y cuando asentaba sus pies en tierra firme, no se los hacia mover ni un terremoto. Habia vuelto de la pesca de artura, y estaba allá mi hombre con sus calzones amarraos, su camisa de bayeta y el sombrero embreado, probando, navaja en mano, á liar un cigarrillo, que no le acababa de salir. ¡Ca...rabina! Como si ahora mismo lo viera me acuerdo. Al ir á amarrar la punta de aquel fardo de tabaco, que más parecia dos cuartos de especias que pitillo de fumar, revienta el papé, y se errama la municion por el suelo. ¡Cristianos! aquel hombre se puso tan acaloraao, que se le podian tostar avellanas en el lomo. Y soltando su mardesía lengua, salió de su boca un taco tremendo, como vomitao por Satanás, en el mismo momento que cruzaban por la calle de estribor dos... vamos, no lo acertarán ustedes en un año.

—¡Dos señoras!—dijo uno.

—Dos guardia civiles,—exclamó otro.

—¡Serian dos Monjas!

—¡Dos Regidores!

—No, señores, dos Jesuitas.

—¡Bah! Yo creí que era otra cosa.

—Oigan ustedes con calma. Uno de ellos se lanza como una flecha á *Mala-lengua*, y le sujeta contra la muralla por el pescuezo, lo mismo que si hubiera sido un gorrion.

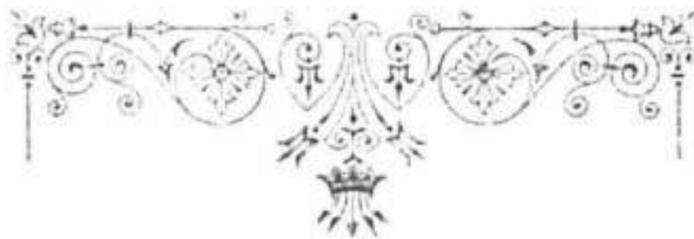
—¡Tendria fuerzas de gigante!

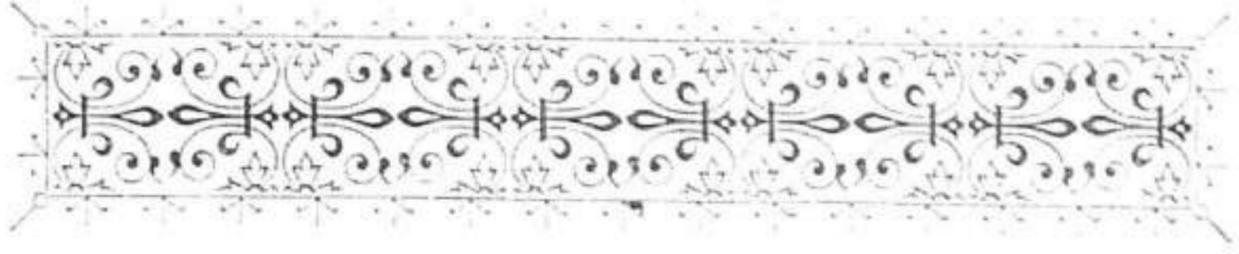
—Un Sanson me pareció en efecto aquel bendito Jesuita, y *Mala-lengua* no marró ni una pulgada, ni más ni ménos que si le hubieran clavado á la pared.

—¿Qué hacia de las manos?

—Sacar la navaja,—continuó Tiburon, y abrirla como la abrió. Pero el compañero del Padre llegó á tiempo de evitar una desgracia, y un alguacil acudió al punto y metió á *Mala-lengua* en chirona.

—¡Muy bestial debió ser la blasfemia!





### III



AN bestial, — prosiguió Tiburon, que las mujeres, asustadas, gritaban al alguacil desde las ventanas, que lo llevase luégo ande el alcalde, y temian que Dios iba á vengarse del barrio, por aquel deslenguado criminal que se atrevia con la Hostia Divina, y con todo lo más sagrado.

—¡Alabado sea Dios!

—Un caballero, que pasaba cuando Mala-lengua iba conducido por el alguacil, le reprendió y le dijo, que, si se cumplia la ley, ya estaba divertido.

—El tal Mala-lengua debia ser un animal, —

interrumpió á esta sazon uno de los oyentes.

—Todos ustedes lo conocen,—continuó Tiburon. Pues voy al caso. Cuando el pobre se vió á la sombra, y meditó en la barbaridad que habia hecho, (porque es claro que estas cosas se suelen hacer por gala y mala costumbre, y por mor de echarlas de plancheta), Mala-lengua mandó llamar al Padre, y muy sumiso, le pidió perdon de rodillas; que al fin y al cabo, él no era malo... malo en el fondo, que digamos.

—¡Me alegro,—exclamó en este momento muy conmovido Tabardillo, con asombro de los que le escuchaban! Yo lo mismo digo una cosa que otra, añadió. Con Dios no hay que gastar bromas, y si habia hecho mal hizo bien en decirlo.

Todos se sonrieron al oir esta salida inesperada del terrible Tabardillo.

—¡Cabal! asintió Tiburon,—continuando su narracion. Pero no se figuran ustedes cómo vino á pagar su pecado Mala-lengua.

—Le sacarian la multa.

—Era un pobre pescador que no tenia más que sus remos naturales, observó Tiburon.

—¡Le darian una buena paliza!

—Le echarian á presidio.

—Nada de eso y más que eso,—prosiguió el marino. El juez ya queria hacer una nombrada,

con la ley en la mano, pero el Padre Jesuita le suplicó que le dejase á Mala-lengua por su cuenta.

—¿Pa zurrarle la badana?

—¡Ca...pote! Ahora lo verán ustedes. En primer lugar, el Padre le llevó ropa de abrigo y comida todos los dias á la cárcel, para que viera que, si Mala-lengua insultaba á Dios, Dios, que era su Padre y que llueve sobre buenos y malos, no se olvidaba de Mala-lengua.

—Eso estaba bien,—volvió á interrumpir Tabardillo.

—Yo que lo ví, con estos ojos que ha de comer la tierra, les aseguro á ustedes que en jamas habia estado Mala-lengua tan bien cuidao y mimao en su casa como lo estuvo en la prevencion por aquel par de santos. Y no crean ustedes que se fastidiaba de estar solo, porque el Padre, que calaba mu hondo, le dió aquellos dias una cosa, que llaman los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola.

—¡Mejor hubiera tomado él un jarro de vino!—dijo un chistoso.

—Se equivocan ustedes, ¡Ca...nastos! No todo ha de ser en esta vida atracarse, como la mula Coronela y el macho Peregrino, que es lo que mismamente decia el Padre. ¡Conque limpias la chimenea pa que no se queme, y no lim-

piarás el alma tiznada pa que no arda por siempre jamas amen!!

—Verdad, verdad.

—Ello es, que el Padre le hizo meditar aquellos dias en sus pecados, en el infierno, en lo que padecieron por nosotros Cristo y su Santísima Madre, y en el mal pago que les damos... Y á Mala-lengua le entró una murria contra su misma brutalidad, que hasta entonces no habia considerado, que no paraba de pedir perdon á Dios y á su Santísima Madre por su falta de sentío y su infame costumbre. La fortuna que él, en medio de todo, era hombre de teson, y prometió, pa ponerse en cura, no soltar jamas una blasfemia, y ayunar á pan y agua cada vez que se le fuere la mala lengua...

—¡Se confesaria!

—Eso por sabido se calla; y á los pocos dias, porque el Padre se empeñó con el Juez, salió de la cárcel bendiciendo el dia que habia entrado en ella, hecho un cordero, y diciendo á todo el que le queria oir, que el hombre que suelta una blasfemia merece que le arranquen la lengua, y que le desuellen vivo; pero que los más de los blasfemos son como los judíos que crucificaron á Cristo, que no saben lo grave de la barbaridad que cometen.

—¡Mucho que sí!—exclamó nuevamente Tabardillo, cada vez más conmovido por la historia de Mala-lengua. Como decía mi difunta madre, que de Dios haiga, blasfemar ha sido siempre y será una cosa más fea que pegar á Cristo en Viérnes Santo.

Y al mismo tiempo que esto decía, pegaba con la vara en el suelo, y estaba más encendido que un pimiento.

—Cuando Mala-lengua dejó de blasfemar,—continuó Tiburon, se vió que era un hombre que, como decía la gente, de bueno se le caian los calzones. Aquel bendito no sabia lo que hacer para obsequiar á los Padres. Y ca vez que volvía de pescar, ya se sabia, la mejor pieza era para aquellos santos, que le aconsejaban y dirigian siempre como Dios manda.

—Y un dia que uno de sus hijos se descuidó en soltar un *por vida*,—añadió la tabernera, sonriendo y mirando á Tiburon,—su padre, que ya no sabia echar más que ca...narios, ca...nastos y ca...charros, y que no habia renegado del genio que ántes tenia, le pegó un puntapié en la popa, que la criatura estuvo bailando de coronilla media hora.

—¡Muy bien hecho!—exclamaron, riendo, algunos de los circunstantes.

—Y aunque sea mal preguntado,—interpeló

Tabardillo con modo al marino: ¿Se pué saber si Mala-lengua vive entodavía?

—Sí, señor, vive feliz con su mujer y sus hijos, y bendice á Dios tanto como ántes le maldecía,—respondió Tiburon.

—¡Hombre! —añadió interesado y casi llorando el terrible Tabardillo. Me alegraria conocerle pa darle un abrazo.

—Pues aquí lo tiene V., —exclamó sonriendo Tiburon, Abrácele V. ¡Yo mismo soy en persona! (1).

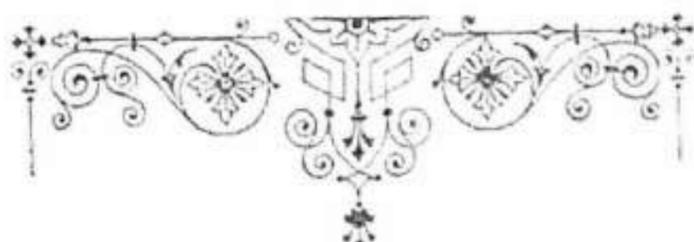
Inútil es decir la alegría que se apoderó del carretero y de los circunstantes. El marino contó detalladamente, para satisfacer la curiosidad de sus oyentes, cómo habia triunfado de su maldita costumbre, y añadió que sabia por experiencia que á los blasfemos no conviene en general humillarlos cuando están acalorados, porque suelen desmandarse. Lo mejor es hacerles ver en frio la fealdad y enormidad de su vicio. Tabardillo aplaudió conmovido, pagó otra ronda en obsequio de Tiburon, suplicó á éste le dispensara si le habia faltado, y le pro-

---

(1) El Padre, que se avalanzó al maldiciente para impedir nuevas y horribles blasfemias, era el P. Rey, ya difunto. El que le acompañaba es quien nos ha referido este episodio, puramente histórico. El pescador, á quien llamamos *Mala-lengua*, vive todavía en una de nuestras poblaciones marítimas, y como se deduce del texto, hace vida de excelente cristiano.

---

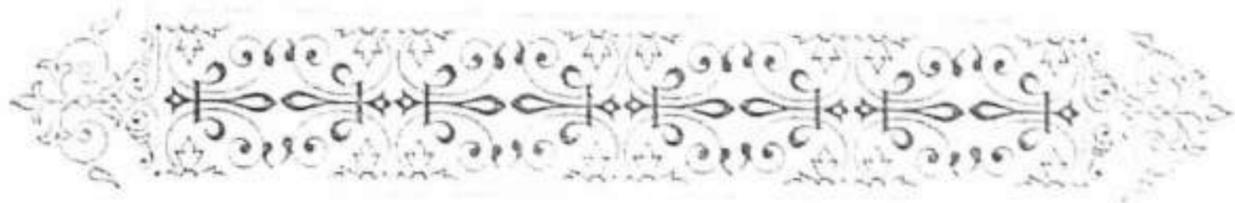
metió tener más cuidado en adelante con la sin hueso, porque, como él decía, el ejemplo del marino le había calao, y le había hecho más efecto que el sermón de cualesquiera pedricador.





# EL FAROLON





I



RA en el mes poético de la vendimia, en la feracísima T., que el Ebro baña, á la hora misteriosa de anochecido, cuando las tiendas se cierran y las ventanas se abren, y los niños se acuestan, y las vecinas siéntanse á la puerta á tomar el fresco, y los pianos preludian, y los mozos en grupos recorren cantando las calles, y suenan los cascabeles de los varios coches que á todo correr llegan de los baños de Tiermas, Grávalos, Fitero y Cervera de Alhama, á enlazar con los trenes de Pamplona y Zaragoza.

Los balcones de la señora de Montesa estaban de par en par, y en lugar del piano, oíase un diálogo animado, risas y gritos tales, que la

tertulia parecía cotarro alborotado. No lo extrañaban los vecinos, porque la señora en cuestión era persona de mucho trato, y recibía numerosos forasteros, sobre todo en verano.

—En Madrid, peor todavía que en provincias,—decía una voz femenina. Yo ya me despedido de los pollos hasta la temporada que viene... si papá me lleva á baños.

—¡Claro! Como sus altezas no se dignan dejarse ver en las tertulias, y viven en los clubs, garitos, ateneos y casinos...

—¡Que malditos sean!—dijo otra voz atiplada.

—¡Amen!—gritó el coro. Y una rueda de carcajadas sucedió.

—Por mí malditos también,—profirió una voz de tenor. Cuando soltero iba y los aborreía, porque me costaban un ojo; ahora de casado los detesto más aún, pero voy á menudo por no quedarme en casa.

—¡Es usted muy galante!

—En todo el pasado invierno hemos podido bailar en casa de la Condesa el cotillon á falta de hombres,—alegó una niña.

—¡Estarían en el café! ¡Mal año para los cafés, que nos roban á nuestros hijos y maridos!

—Por mí malditos también los teatros grandes y chicos, donde un oficial no puede pasar

honradamente la velada sin pagar lo que no tiene.

—Bien dicho, capitán.

—Señores (dijo á esta sazón una voz de barítono reposada y dulce, que todos parecían escuchar con atención), no todo el daño está en los cafés: también la mayor parte de las recepciones son bazares de mujeres falsificadas, lonjas de pavos reales, exposición de exorbitante lujo, seminario de rivalidades, emulaciones y otros vicios de mayor cuantía, y en suma, bancarrota de padres y maridos.

Una salva de aplausos en que los hombres parecían tomar más parte que las señoras, vino á aprobar la anterior declaración.

—Bien ha dicho usted, amigo mío,—exclamó otra voz, andaluza por las señas. Yo me maridigo del señorío con que hoy se crían las jóvenes, á lo surtanas, cargadas de arracadas y de abanicos como buñoleras, caras y ociosas como hijas de reyes; incapaces, cuando el marido viene á menos, de peinarse sin *coiffeur* ni de guisar una chuleta!...

El coro femenino lanzó aquí un grito de protesta y de horror.

—Pues malditos nuestros galanes,—clamó una garganta juvenil con estridente indignación, tan virtuosos, que cuando llega el matri-

monio necesitan más que mujer una hermana de Caridad, y tan desinteresados, que llevan un rey en el cuerpo, y no dan su morena mano sino á cambio de sendos miles de duros. ¡Y luégo hablarán de amor!

Una tempestad de risas y aplausos acogió tan intrépida salida.

—¡La buena sociedad está mala!—dijo una voz cascada y bondadosa, que hasta entónces no se habia oido.

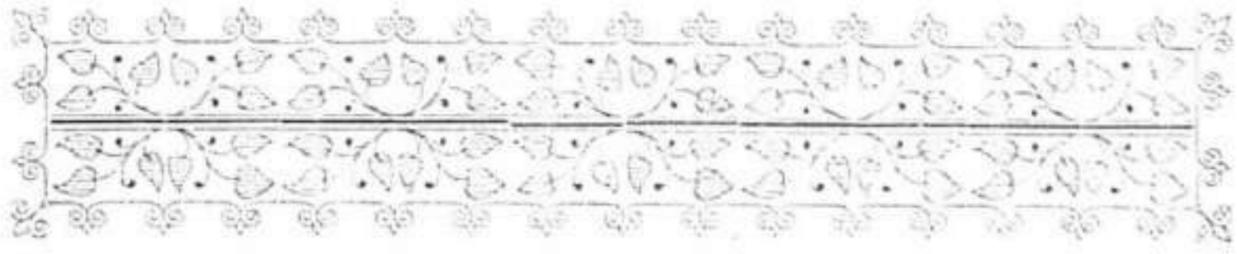
—¿Y qué remedio, padre Cura?—dijo el andaluz.

—Ahí lo tienen ustedes,—respondió el Sacerdote.

El silencio de la tertulia en aquel momento fué tan profundo, que sólo se oia en toda la calle el eco argentino de una campanilla, que dos ó tres chiquillos se disputaban y agitaban con infantil solicitud.

Aquel tañido advertia á los devotos labradores que era la hora del Santo Rosario.





## II



QUE diversos intereses mueven y agitan los distintos corazones! Apenas se reunieron media docena de hortelanos y *mocetes* en el Portal de la Catedral, empezó el diálogo siguiente:

—¡ Buenas noches nos dé Dios!

—¡ Santas y buenas, señores!

—¿ No ha venido todavía Perejiles?

—No, pero ahí tienes á Menea-Colas.

Es de advertir que esos dos mozos así nombrados habian hecho una apuesta, á cuál de los dos recogeria más dinero para cierto farol, que habia de estrenarse el dia de la Virgen del Rosario.

—Valiente *sin provecho* es ese Menea-Colas,

decía el primero; más lagotero no le hay, pero tampoco más ababol. Se les olvidó echarle sal al bautizarle, y cuando habla se le cae la baba.

—Perejiles es todo fachenda: á fanfarron y á pinturero no le gana nadie, pero ya veréis cómo no recoge ni pa el mango, decía el segundo.

Cada noche se hacía el arqueo de lo que recogían ambos, y el resultado daba lugar á risas y bromas sin cuento. La apuesta consistía en una merienda de cordero para todos los músicos, tocantes y cantantes, el domingo despues del Rosario.

—¿Qué ha dicho el hojalatero?

—Que ménos de media onza no hace el farolon.

—¿Media onza? Por media onza compro yo la estacion del carro-cerril con las linternas coloradas y todo.

—Pues que no es ménos... que él no roba los cristales.

—Y tú ¿cuánto llevas recogido?

—Ventisiete riales, y cuatro *maises*.

—Con cuarenta que le di yo al tio Bendito no llegan ni á la *metá*. Y los de San Nicolás dice que tienen hecho ya su farolon.

—Y bien majo, que mi padre lo ha visto.

—Ya podia tambien la Vírgen Santísima arrimar el hombro, que para Ella es.

—Si sabrás tú mejor que Ella lo que ha de hacer.

—Es un decir. El Caloyo ofreció dar dos duros para *dempues* de la *vendema*; pero de aquí á entónces...

—Antes llega la fiesta del Rosario. Y despues de muerto Pascual...

Ya habrá comprendido el lector la congoja de estos excelentes devotos de María. Llegaba la fiesta de la Vírgen, ansiaban estrenar su farolon mónstruo para el centro del Rosario, faltaba el dinero, y el farolon estaba por hacer. Otros pasaban el dia en la ociosidad, para desquitarse por la noche jugando ó bailando, ó murmurando, ó derrochando. Estos infelices remaban de dia como negros, y su deleite por la noche era asistir al Rosario, y recoger para el farolon.

Mientras la gente llegaba, los *mocetes* fueron sacando estandartes y faroles, no sin disputar quién de ellos habia de llevar *la capa*. Ya veremos despues qué *capa* es esta.

Uno de los devotos más antiguos, el tio Benedito (que en realidad se llamaba Benito), se postró de rodillas ante la imágen de la Vírgen, y allá al aire libre todos los devotos, arrodillados en dos filas, contestaron á las primeras jaculatorias. En seguida púsose en marcha el Ro-

sario por las calles de la parroquia, llevando un estandarte con dos faroles delante, luego un farol en medio, y, en fin, otro estandarte con otros dos faroles detrás.

Es un espectáculo hermosísimo, indescriptible, digno de un país de patriarcas y de un siglo mejor que el nuestro, el que ofrecen aquellos honradísimos labradores, (pues el Rosario de cada parroquia se compone de hombres solos), cantando á voz herida las alabanzas de la Madre de Dios. A medida que el Rosario entra por las calles, éstas se iluminan como por encanto. Son las piadosas mujeres, que después de haber acostado á la familia menuda, salen con el candil ó el velon á las ventanas y ventanillos para asociarse á la tierna devoción de sus maridos.

¡Cuánto debe agradecer la Reina del cielo tan cariñosa devoción! Va el marido deshecho de trabajar, sin encogimiento ni jactancia, sencillamente gritando por esas calles las grandezas de María; y la esposa, que no es menos cristiana, se asoma al balcon, y publica á su modo que en aquella casa reina la fe entrañable en la Virgen del Rosario, y que si rezando se empieza la jornada (1), rezando tambien se concluye.

---

(1) Es de advertir que la mayor parte de los labradores oyen todos los días una ó varias misas antes de partir para las faenas del campo.

¡Cómo no han de vivir y morir felices y resignados en su pobreza esos benditos hijos de la religiosa España!

Apenas pasaba el devoto cortejo, oíase de las ventanas tal cual, *chist!* misterioso, que era generoso llamamiento al *mocete* de la capa. ¡Con capa y en verano, cuando se asaban en el aire los pajarillos!—exclamará alguno. La explicación es, sin embargo, tan ingeniosa como sencilla. Para sostener el modesto gasto de luces y demás á que esta devoción da lugar, se necesita alguna limosna. Es preciso, pues, pedir, como dice el muchacho *¡para la luminaria del Santísimo Rosario!*

Mas si pedir es fácil, ¿cómo recoger de noche las dádivas de gentes, que arrojan el dinero desde los balcones y ventanas? Aquí la aguda invención de la capa, que hace la felicidad de los rapaces. El que logra armarse con la capa susodicha (que entre paréntesis tiene más agujeros y remiendos que la famosa del estudiante), se la planta, y de seguro le arrastra un palmo, porque para chicos es *crecedera*. Bien arropado en ella nuestro *mocete*, siempre corriendo de un lado á otro del Rosario, metiéndose por las tiendas y callejuélas, con el ojo listo para mirar abajo y arriba, con un palmo de orejas para divisar cuándo la moneda cae fuera de la capa,

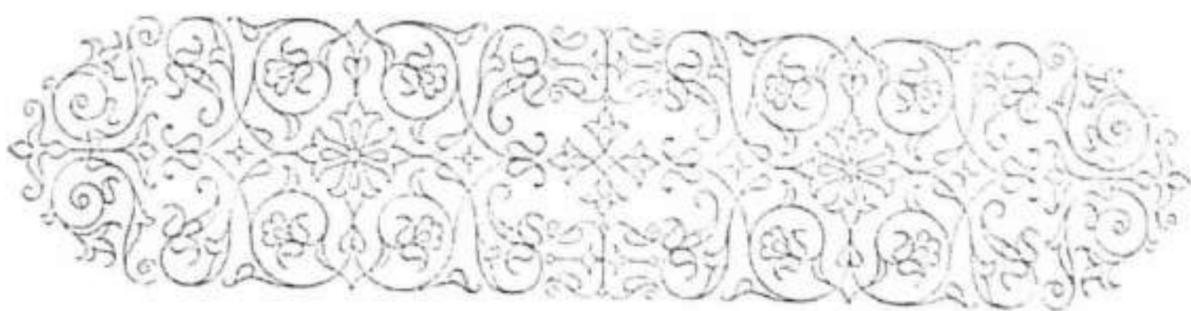
y con dos metros de brazos para extender bien ésta, el *mocete* pedigüeño constituye allá un tipo, y es objeto de la envidia de todos los devotos de pocos años.

A veces la piadosa comitiva se detiene delante de una casa, interrúmpese la decena comenzada, y el que lo dirige se pone á rezar en voz alta, *por una necesidad*, un Padre Nuestro, que todos contestan. Generalmente se trata de un enfermo grave, devoto las más veces, y en todo caso se pide á Dios le dé la salud, *si le conviene*.

Llegado el Rosario á su punto de partida, todos se arrodillan bajo la celeste bóveda, y rezan las letanías con las demás oraciones que se usan entre gentes de buena conciencia. Por cierto, que al acabarlo, aquellos sencillos hijos de la Iglesia recitan una plegaria, modelo en su género, que todos repiten palabra por palabra, y que pone digno remate á su cristiana manifestacion. Hela aquí en toda su breve sublimidad, con la puntuacion que la dan los buenos devotos:

*Hágase, cúmplase, sea alabada, y eternamente ensalzada, la justísima y amabilísima voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amen Jesus.*





### III



VE María Purísima!—fué la jaculatoria final, despues de la cual todos se levantaron y pusieron las boinas.

—¡Santas y buenas noches!—exclamaron veinte voces á la vez.

—¿En qué está el farol?—preguntaron otras tantas.

Pero al ver que D. Zacarías, que era un Sacerdote muy amigo de los devotos, y que á la sazón iba acompañado de dos forasteros, se paraba á hablar con los labradores, todos callaron, y le rodearon con esa deferencia y respeto, que la gente llana no olvida jamás en aquel país ante los ministros del altar.

—Aquí tienen ustedes, por ejemplo, al tío Bendito,—dijo D. Zacarías para buscarle la boca, que es el más viejo de todos, y que más que por devoción viene al rosario por rutina.

—Como caballico que aprende el camino.

—Vamos, Sr. D. Zacarías, que valiente ramalazo me dió la Virgen Santísima, una vez que dejé yo de venir, pa que no me acuerde.

—¿Por qué le llaman á V. el Bendito?

—Porque cuando yo era mozo tenía una voz como una calandria, y en una *Ave María* solemne que cantábamos, echaba yo un solo donde repetía diez y siete veces *y bendito...* Y de ahí vino el llamármelo.

—A ver cómo fué eso del ramalazo...—dijo D. Zacarías.

—Bien decía dende el púrbito Fray Juanico, aquel frailecico del convento de Olite, que lo mismo que el cuerpo, el alma necesita también cada día su ración. Deja al cuerpo á dieta, y te quedarás como la muerte Calaña, y por igual comparanza, no le des al alma su *piensico* y...

—Y ¿qué *pienso* toma el alma?

—Pues á eso iba, la oración, vamos, la misa y demás que reza todo fiel cristiano. Frio de terciaria me entra cada vez que recuerdo la tempestá que pasé por una imprudencia...

—Al grano, al grano, tío Bendito.

—Al grano voy, que á mí no me gusta la paja. Hasta mi tiempo no habia habido esas botillerías, y esos *cafeses*, y esos casinos, que antaño no eran más que pa los señoritos, y ahora hasta pa los artesanos y labradores hay.

—¡Valiente alcahuetería!

—No diré yo tanto, pero lo que es á rezar no se va allá, y ninguno sale sin haber gastado medio jornal. Yo, que me casé sin haber levantado la voz delante de mi señor padre, (que de Dios goce), sentí á luégo de casado ganas de retozar, y hoy dejo la misa, mañana el Rosario, me di á bromear con los amigos, y á divertirme, sin acordarme de Su Divina Majestá más que el asno que está atado en el pesebre. A poco de esto, me entró una murria... La saliva me sabia á soliman, el aguardiente á abadejo, y las guindillas de la Mejana más *jaudas* (1), que ci-ruelas purgaderas.

—¡Saber es!

—Un dia, estando sólo trabajando en el campo, oí como una voz interior y burlona, que me decia, á cada golpe que daba con la *ajada*: Benito, trabaja, trabaja, echa el hígado, pobre hombre; si caes enfermo, irás al hospital, y se morirán de hambre tu mujer y tus hijos.

---

(1) Sosas.

—¡Satanas debía ser!

—De fijo, porque yo, que en aquel tiempo paraba con la mano un carro-mato, empecé á darle vueltas al asunto, echando el alma por la boca y con los ojos como capazos, como si me hubiera caído encima la torre de Santa María. Volví á casa sin haber probado la merienda, y con la cara más blanca que el papel. La Virgen bendita hizo que me encontrase de manos á boca con Fray Juanico.—Benito, tú estás malo.—No, señor.—¿Se te ha helado la planta de pimiento?—¡Si no fuera más que eso!—En fin, que le conté lo que me pasaba. Mil años que viviera recordaría letra por letra lo que me dijo. «Benito, tú padeces un resfriado en el alma, así me dijo. Si esto siguiera, creo que morirías... en la horca, con el genio que tú tienes. Afortunadamente este encuentro es la primera amonestacion que te envía la Virgen Santísima. Ve esta noche al Rosario, y no vuelvas á olvidar la misa de las mañanas.» Cristianos, cuando me separé del frailecico, ya era yo otro hombre; cuando volví del Rosario á mi casa, hasta el perro Palomo me adivinó la satisfaccion, y se puso á bailar.

Como las mujeres todo lo arreglan con *glárimas*, la mia rompió á llorar, y al lado de la lámpara de Santa Ana, que tenia encendida,

puso otra á la Virgencica que está dando lición, por haberme librado del enemigo malo.

—Y ¿no volvió?

—¿Cómo si volvió? Aquella noche mismo, al dia siguiente y mil veces despues me vino á inquietar con la idea del *hospital*, y de qué sería de mi probe mujer é hijos si yo cayera malo. Pero pa entónces ya tenia el alma templada y *con racion*, como decia Fray Juanico, y á Dios y á su Madre por amigos. Y con mucha tranquilidad me puse á reflexionar que nada me habia faltado todavía en treinta años; que Dios da el pan nuestro á quien se lo pide cada dia, y que habia oido muchas veces en el sermon que el negocio está en buscar el reino de Dios, porque lo demás lo da el Señor *por añadidura*. Sí, señores, Dios da añadidura á los que hacen su santísima voluntad.

—¡Como en los baratillos!

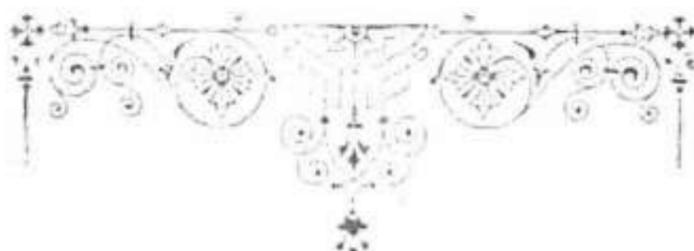
—¡El cielo gratis y la costa de añadidura! ¡Qué generosidad! ¡Y aún nos parece mucho asistir á una misica por la mañana y al Rosario por la noche! Si supieran los que van al Casino qué bien se duerme despues del Rosario, no irian tanto allá.

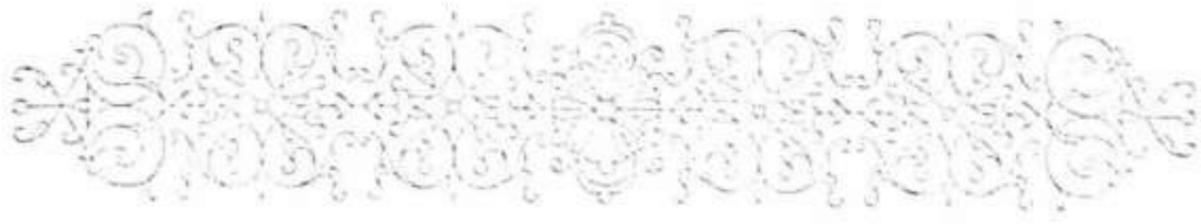
—Sin duda, asintió D. Zacarías, y nuestros abuelos solian decir: «La conciencia limpia, oír misa todos los dias y rezar el Rosario. De lo

---

demás Dios cuidará.» Que es exactamente lo que usted acaba de confirmar con su experiencia.

—Por el café se han visto muchos en presidio, que no por venir aquí.





#### IV



ABIENDO tio Bendito acabado su retahila, todos á una voz gritaron:

—Ahora Chaleco, que hable el señor Chaleco. Y algunos se reían de lo que iba á decir.

El llamado Chaleco, que era un sastre, más serio que un ajo, se rascó la oreja, tosió y dijo:

—No está la ciencia en mover una carga de trigo, que eso con un *empujoncico* una criatura lo hace, sino en llevarla largo camino, y eso sólo lo hacen los guapos.

—Los guapos están en la cuadra.

—Ustedes me entienden, que quiero decir que no gana la pelota el que la saca, sino el que la acaba, ni ascienden al militar que acomete sino al que pega leña, ni Nuestro Señor

da la gloria al que empieza bien, sino al que *presevera*.

—¡Has dicho el Evangelio según Chaleco!— observó un burlón.

—Ya ustedes saben lo que es la tía Matea, mi parienta. Más santa no la hay, pero más agarrada tampoco: cada ochavo que coge lo empapela y lo envuelve en la punta del moquero, y después de echarle cuatro nudos lo alza (1), bajo cinco llaves. Y eso que para fumar ya me solía dar de cuándo en cuándo un par de *treseñas* (2), pero en teniendo que pagar el escote de las meriendas los domingos, había una novillada en mi casa.

Yo, por no oírla hablar, empecé á hacerme el *guiton*, como ella dice, y á no mentar ya las meriendas, aunque seguía merendando todos los domingos.

—Y ¿de dónde salían aquellas misas?

--Pues... del chaleco. Recuerdo que el primer dinero que le sisé yo á mi mujer fué una *monedica* de oro de á veintiun riales. No sabiendo donde esconderla, arranqué un botón de los de mi justillo (3) de boda, puse la monedica en vez de la roncha de madera, y cosí el botón.

(1) Guarda.

(2) Moneda navarra, ya recogida desde 1850.

(3) Chaleco.

Así llegué á tener casi todo el chaleco con botones de oro!

—¡Si lo hubiera sabido la tia Matea!

—Estaba yo muy contento de mi talentazo, cuando hete aquí que á la mujer se le ocurre vender como deshecho mi justillo á la vendedora de viejo que se pone en la reja de Santa Ana. Siete sueldos le pagó la mujer, y ella me lo vino á contar tan contenta. Señores, comiendo estábamos, y casi me ahogué con una alubia.

—Y V. ¿qué hizo?

—Fué la primera vez que solté un terno delante de mi mujer, que se puso á temblar al verme verde de coraje. La dije que, si no se quitaba de delante, hacia un *chandrió* (1), que al chaleco le tenia yo mucha ley, por ser reliquia de familia, y que si no lo encontraba para la hora de cenar, aunque fuese pagando doble, se habia de acordar del santo de aquel dia.

—¿Y lo encontró?

—Ni que el infierno se lo hubiera tragado no podia estar más perdido. La vendedora lo habia vendido, y no se acordaba á quién. Mi mujer lloraba y me pedia perdon, y alegaba que el chaleco estaba muy raído y no valia nada. Pero, cristianos, y ahora se puede decir, como

(1) Desastre.

yo sabia que valia trece duros como trece soles que le habia cosido yo *drento*, se me llevaba Pateta cada vez que la oia repetir aquella jaculatoria. Yo paseaba sin gana, y miraba en la iglesia y en todas partes, y creí que me quedaba corto de vista, buscando mi chaleco de boda. Yo rezaba á San Antonio, y á todos daba las señas de mi chaleco de seda con ramos, por si alguno lo veia... y nada.

—Haberlo anunciado con el pregonero, ofreciendo un buen hallazgo.

—¿*Pa* qué? ¿*Pa* que me hubieran traído veinte chalecos con botones de *macra*! El hijo de Caracoles fué el que me dió el mejor consejo: me dijo, dice, si arguno lo ha mercao es pa sacarlo en la procesion de la Vírgen del Rosario; ya falta *poquico* pa la fiesta. Vete á la procesion, y mucho marrará si no lo hallas. Aquel dia á todos nos gusta pintarla con nuestros justillos de seda.

—¡No decia mal... Caracoles!

—Más me dijo, y con esto, sin saberlo él, me daba una puñalada. Tú fíjate bien aquel dia, porque, si á mano viene, lo habrán remendado algo ó cambiado los botones. En el entretanto, yo que tú, iria todos los dias al Rosario y preguntaria; de seguro que algun devoto lo ha debido comprar.

—¿Y fué V.?

—Como dice el refran: «que el que algo quiere, algo le cuesta,» yo comencé á venir. Cuando vine ocho dias seguidos, ya no me se hacia cuesta arriba seguir viniendo. Pero yo queria mi chaleco, y la Vírgen me queria á mí. Yo no sé cómo me lo barrunté, que un dia le dije á la Vírgen, durante el Rosario: Vírgen Santísima, si me quereis para devoto, que parezca mi chaleco; y si no, hasta el dia del Rosario vendré, y de allá no paso.

—¿Y pareció?

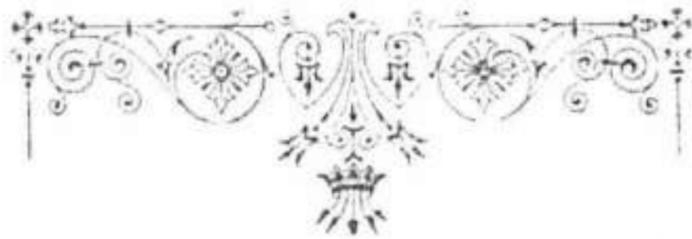
—Aquella noche, al acabar, me dijeron aquí mismo que lo debia tener Pimentones. Fui al dia siguiente, y efectivamente, lo tenia; miré los botones, que seguian *sin novedá*; le pagué el doble, y cáteme V. con mi justillo más contento que una Pascua. Desde entónces no dejo yo el Rosario, así caigan capuchinos de bronce.

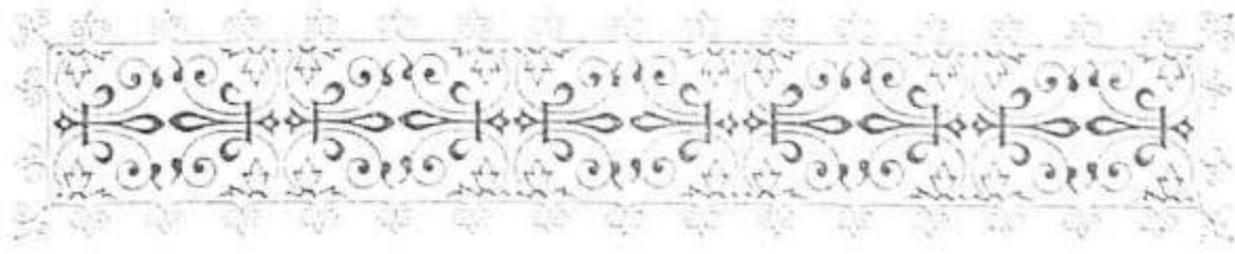
Pero lo que no dijo el honrado Chaleco, y nosotros sabemos de buena tinta, es que la mitad del tesoro, envuelto en aquella prenda de vestir, se lo dió reservadamente al tio Bendito para la luminaria del Santo Rosario.

Despidiéronse D. Zacarías y los dos caballeros que le acompañaban, y miéntras ellos marchaban haciendo comentarios sobre la devocion de aquellos honradísimos labradores, la admi-

rable confianza de tío Bendito, y la graciosa perseverancia de Chaleco, los devotos indagaban lo que había recogido ya para el farol Menea-Colas (á quien por su carácter complaciente y servicial le habían puesto este mote, por analogía con el perro), y se entristecían de ver que el tiempo pasaba, y el farolón proyectado no iba á lucir, pues, como decía el oficial encargado de su construcción:

En Pamplona lo canta  
Un alpargatero:  
El que quiera alpargatas  
Traiga el dinero.





V



A habrá adivinado el lector que D. Zacarías y sus dos acompañantes pertenecían á la tertulia de la señora de Montesa.

—¡Se habrán aburrido!—dijo una voz al verlos llegar.

—¡Al contrario, vendrán convertidos!—opinó una jóven.

—Van ustedes á reirse de lo que voy á decir,—exclamó el caballero andaluz. Cerca está el tiempo en que los patanes de la dehesa han de venir á enseñar á la gente fina á ser racionales.

—Diga V. *razonables*.

—Para el caso es lo mismo.

Y á continuacion refirieron ambos caballeros á la tertulia cuanto habian visto y oido, sin olvidar al tio Bendito y á Chaleco.

—Ya les decia yo á ustedes,—alegó D. Zacarías, que la cosa merecia verse.

—Para mí ha sido una revelacion,—dijo el otro caballero. He viajado bastante, y me preciaba hasta hoy de haber visitado y estudiado las costumbres de los bandidos de Calabria, de las *Cascarotas* de San Juan de Luz, y de los beduinos del Riff, pero ignoraba la fe, que hace tan felices á mis compatriotas.

—Yo me he dejado cien veces decir la buena ventura de una jitana, he soportado las fanfarronadas de un matarife, que estudiaba para torero, y oido á un gandul el *soi disant* cante flamenco, por buenos duros, pero no habia oido cantar el Rosario.

—Hay que reconocer que esos hortelanos tienen una fe admirable.

—Señora, aquello no es fe, que es dinamita. Y peroran como Santos Padres.

—Pues suele ir al Rosario cierto caballero,—añadió D. Zacarías, muy notado, porque es casi el único de su traje. Es médico, y le entró la devocion de un modo muy singular. Vió morir á una señora muy santa, y como él y otro facultativo se pasmasen de verla, no sólo resigna-

da, sino alegre en sus últimos momentos, no pudieron ménos de decirle la causa de su asombro. «¡Ay! contestó ella, si en lugar de pasar las noches en el casino rezaran ustedes el Santo Rosario, como yo lo he rezado toda mi vida, verian ustedes la confianza con que se ve llegar este trance. ¡Cuántas veces habré dicho yo el *ahora y en la hora!* y la Virgen Santísima no falta á la cita!» Y murió como un ángel.

—¿Pero eso es verdad, D. Zacarías?

—Puedo nombrar á V. la persona (1).

—La vida tiene su lado serio, muy serio,— continuó el Sacerdote, y por nuestra miserable flaqueza pensamos harto más á menudo en jugar y bailar que...

—Hace V. buen misionero, D. Zacarías.

—Y pide para su ermita,—dijo una señora.

—¡Pido la palabra!—exclamó la señora de la casa, que hacia rato guardaba silencio.

Un rumor de satisfaccion recorrió las filas de la tertulia.

—Anoche mismo se apuraban ustedes por no saber qué destino dar al dinero de la hucha...

—La de las ganancias del tresillo, es verdad.

—Pues bien: propongo á la respetable asamblea, que la suma recogida sea entregada á los devotos del Santo Rosario.

(1) Este episodio es histórico.

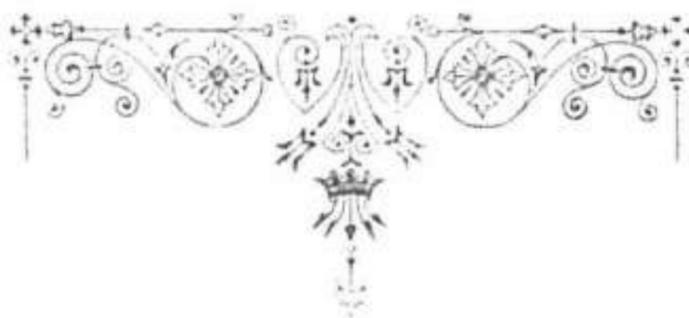
—¡Bravísimo! ¡Votado por aclamacion!

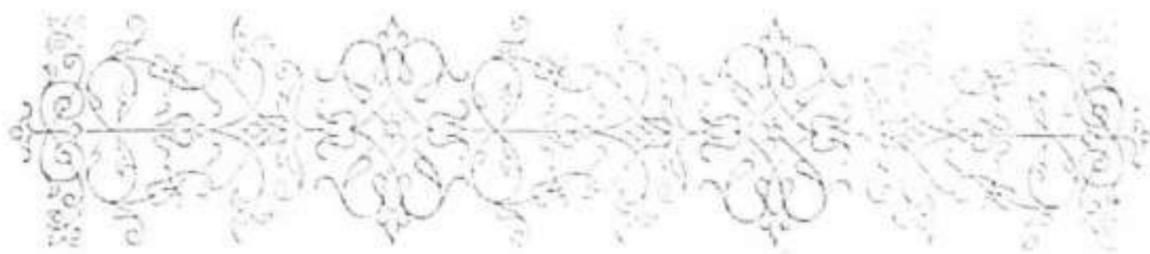
—El Sr. D. Zacarías,—continuó aquella, queda encargado del cumplimiento de este decreto.

—Añada cinco duros por mí,—dijo el andaluz, que es lo que pensaba perder en el casino, á no haber ido al Rosario.

—¡Lo mismo digo!—prorrumpieron varias voces.

—¡Más, mucho más valen las revelaciones preciosísimas de los honrados Bendito y Chalco!—opinó uno.





## VI



UÁNTO has recogido, Menea-Colas!  
—preguntaba al día siguiente Perejiles.

—¡Aquí hay una onza de oro!—  
dijo aquél.

A la aparición de la moneda, Perejiles y todos los circunstantes hicieron un gesto estupendo de admiración. Perejiles creía soñar.

—¡Aquí hay otra onza de oro!—gritó éste más fuerte.

—¿Tienes más?—preguntó Menea-Colas.

—¿Te parece poco?—contestó Perejiles.

—¡Pues aquí hay otros ocho duros como ocho soles!—añadió triunfante Menea Colas. Y ganó la partida.

La emoción de los devotos era grande; quién

discutía el modelo del futuro y magnífico farolón; quién optaba por encargarlo fuera; quién daba cordelejo á Perejiles, recomendándole que la merienda fuera buena, y no faltase el vino de Peralta.

Cuando la oleada se calmó, dijo Perejiles:

—¡Allá va media onza más!

Los devotos creían soñar.

—Pero esa,—exclamó, dejándose ver, D. Zacarías, que como se comprenderá había estado jugando con los jugadores, no es para el farol, sino para que Perejiles os dé una buena merienda.

—¡Viva la gente de...bota!

—¡Viva la devota... gente!

—¡Viva el farolón!

—¡Viva la Virgen del Rosario!



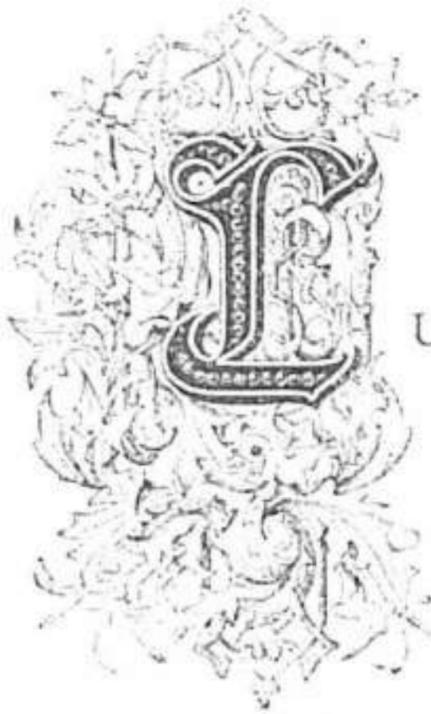
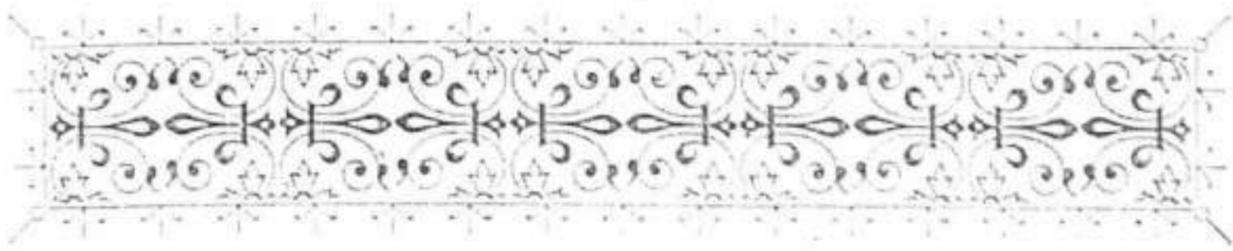
# DOBLE CONQUISTA

## DIÁLOGO EDIFICANTE

Un misionero decía: No entrará en el reino de los cielos, la mujer que no lleve alguno de la mano.

*(Paillettes d'or.)*





UISILLO! ¿No me engañan los ojos? ¡Venga un abrazo, bribon!

—Adios, Toñete de mis entretelas, matasanos inolvidable, que me desuellas. ¡No tan fuerte!

—Yo no sé abrazar más que á la española, sistema de percusion. ¡Ingrato! ¿Qué es de ti, Luisillo? ¿Has sentado la cabeza? ¿Cómo has engordado!

—¡Vamos, que tú tampoco estás de mal año, y te encuentro hasta guapo, inclusive! Decididamente, chico, aquella Doña Estefanía, más que ama de huéspedes, era nuestro *Saca-mantecas*, mientras estudiamos en Madrid.

—Pero ¡rayos y centellas! como decias tú cuando ambos corríamos la tuna y leíamos novelas, ¿qué vienes tú á buscar por las iglesias? ¡Ah, tronera, calaveron! ¡En cualquiera rincon hubiera yo buscado á Luisillo Benavides menos al pie de los altares!

—¡Miren quién habla! El inventor del Darwinismo perfeccionado, que defendia que el hombre no procedia, como aseguraba locamente Darwin, de un mono, sino de una mona.

—Tesis que tú, implacable sostenedor de paradojas, sostenias á tu modo, diciendo que, puesto que á todo mortal le parece su madre hermosa, y una mujer hermosa no puede menos de ser *mona*, todos infaliblemente procedíamos de una *idem*.

—¿Te acuerdas, Antonio, de aquel dia que tú, el Doctor Chufas, como te llamábamos á causa de tu pachorra y frialdad constitutivas, le arrojaste en el café de la Luna una botella, á aquel quidam que osó atentar con palabras al honor de una amazona ó *écuyère* del Circo de Price, á quien tú quijotesicamente defendias?

—Calla, descocado, más bajo, que te oye la gente.

Por cierto que ella tiene abierto ahora en la era del Mico un establecimiento bastante acreditado de callos y caracoles.

—¡Caracoles! ¿Y tú recuerdas cuando para vengarte del profesor de Economía que te dió calabazas, te mandaste hacer en cinco sombrerías de Madrid otros tantos sombreros de copa alta, dando el nombre y señas del catedrático, y luégo se encontró mi buen hombre, que le llevaban cinco chisteras en un solo día, y cinco veces cinco duros que pagar?

—Me acuerdo que se llamó Andana cuando se presentó el primer porta-sombreros; que disputó acaloradamente con el segundo; que echó por las escaleras al tercero, y que quiso matar á los otros dos.

—Pero le armaron la gran camorra los cinco industriales, y tuvo que soltar la mosca...

—Con mengua de la economía que profesaba.

—A todo esto, Luis, no me dices lo que rabio por saber: quién ha sido el San Juan Crisóstomo que te ha atado corto, y á quién debo agradecer el hecho asombroso de hallarte en el templo despues de tantos años de *perdido* (¡y Dios sabe si lo fuiste toda la vida!). Porque te certifico, que hace un instante, cuando vi acercarse á comulgar á un caballero que edificaba por su compostura y te reconocí, tuve que tocarme los ojos para cerciorarme de que me hallaba despierto.

—Chico, es una preciosa novela, que podría titularse: *Lo que puede una mujer*.

—Toma, pues justamente es el mismo título que le quería yo dar á mi historia.

—Ea, pues; ya me picas la curiosidad, y no cuento la mía hasta que me reveles tu interesante folletín.

—Sea. Ya conoces, Luis, aquella sentencia del autor favorito de nuestros malos tiempos, según la cual, las mujeres son como las viruelas...

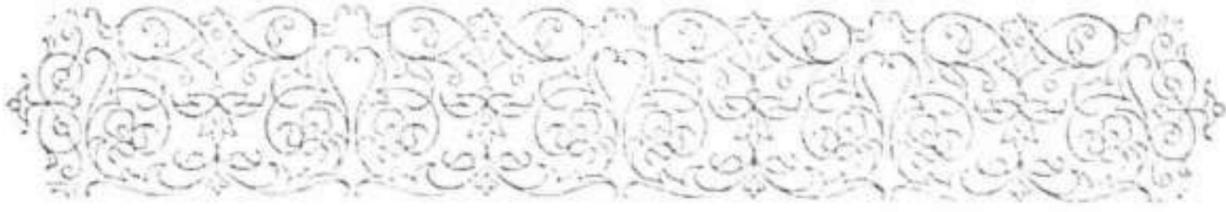
—¡Magnífico! Lo recuerdo perfectamente. Porque hay que tomar una para librarse de las demás.

—Precisamente: por fortuna mía vine a conocer una beldad que...

—¡Adelante! ¡Me la figuro! ¡Un portento!

—Más, mucho más. Era un serafín. Yo, como no ignoras, había perdido la fe estudiando medicina, y bastante parte fueron nuestros profesores, y entre ellos alguno de quien un compañero bastante reaccionario decía que, al explicarnos Toxicología, nos *intoxicaba* el alma. Pero sin tener el fanatismo de sectario, y reverente en el fondo con la religión de mis padres, venía á ser un excéptico inofensivo, un hijo pródigo de la Iglesia.

—Te veo *devenir*. ¿Pero cuándo llega ese portento de belleza metido á predicador?



## II



E casé, y *ella*, sin hablarme una sola palabra de Dios ni de religion, me cambió...

—¿Conque sin hablar? De esa misma tela tengo yo un gaban.

—Era tal el contraste que formábamos, ella tan piadosa y yo tan *hereje*, ella mansa y alegre, yo impaciente y bilioso, que no á mí, sino á un hotentote hubiera convertido. Su silencio me imponía, su bondad me avergonzaba, su buen ejemplo me daba en rostro. A veces se me escapaba una blasfemia: ella luchaba por contener una lágrima, y al momento componía el semblante y reaparecía, indulgente, solícita, cariñosa, sin proferir jamás una queja.

—En fin, un ángel...

—Un ángel, á la verdad. La curiosidad me llevó á indagar de dónde sacaba tan heróica paciencia, y tan jovial sumision para cumplir sus deberes de esposa, y humor tan igual en todas las contrariedades de la vida. Y como noté que cada vez que venia de comulgar traia como un nuevo aroma de suavidad y de inefable alegría, empecé á sospechar dónde debia hallarse el manantial de tanto bien.

—Veo que es una historia más bonita todavía que la *Cruz del Matrimonio* de Eguilaz.

—Y sobre todo, más verdadera y más moral. Tú que me conoces, adivinarás que entre las extravagancias de marido independiente, autónomo y libre-pensador, nunca di en la ridiculez de oprimir la libertad de aquella santa en sus ejercicios de piedad.

—¡Ese es género melodramático, brutal y por contera *cursi!*...

—Completamente. Mi mujer, que me agradecia en el fondo esta deferencia á su libertad, me pedia, no obstante, permiso para todo. Un dia me preguntó, si tendria inconveniente en que pusiese pegado á la puerta de la escalera un papel impreso con el nombre de Jesus y el lema: *Detente, enemigo*, etc. Ninguno, le dije, que en todo caso, mi política anti-católica, como

decia Mr. Gambetta al Arzobispo de Argelia, no está destinada á la exportacion.

—Eso es lo que se llama ser un *bon prince*.

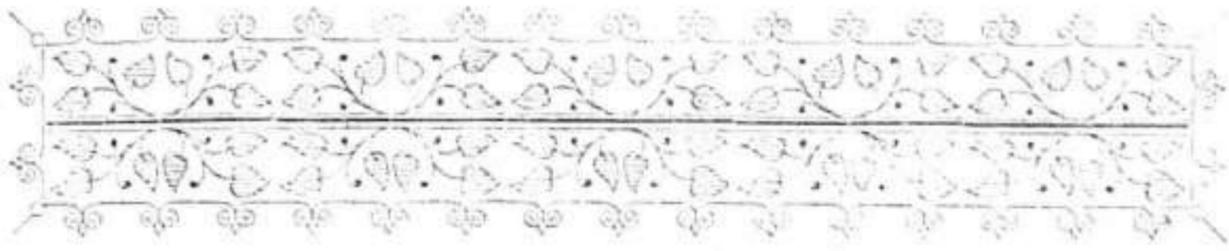
—Pues para abreviar, llevado un poco de mi curiosidad, me presté tambien á acompañarla algunas veces á la iglesia, cuando á confesar y á comulgar iba. Si he de decirte la verdad, el aburrimiento que al principio pasaba sentado en un banco, mientras ella hacia sus devociones, lo encontraba luégo por demás compensado con los tesoros de mansedumbre y de complacencia que echaba de ver en ella. Un dia, en fin, despues de cuatro años de luchar con el hollin que tiznaba mi alma, enternecido, amansado, domesticado por aquella singular criatura (¡era víspera de su santo! ¡15 de julio!), me entregué á discrecion, y la dije: ¡Cármén, llévame á tu confesor!

—¡Sublime, chico!

—¿Crees que se sorprendió? *Lo sabia*, me respondió sencillamente. Y con una sonrisa celestial, y bajando más la voz: «¡Y lo esperaba, que no habian de mentir las promesas del divino Corazon, á quien he consagrado nuestra familia!»







### III



DES oye ahora, Toñete, un idilio que no le va en zaga. Tambien yo me he casado.

—¿Con otro ángel?

—Con otro, y como si dijéramos, el *pendant* de tu *Cármén*.

—¡Dios es grande!

—¡Y sobre todo, misericordioso! Ya verás. Tú sabes que aunque siempre fuí un tronera, nunca renegué del todo de mi respetable familia, que es una dinastía de neos y devotos...

—Recuerdo todavía los chascos que te llevabas con tus cartas, que siempre creías traían libranzas ó billetes de Banco, é infaliblemente encerraban estampas y cédulas de la Corte de María.

—Y te acordarás tambien de aquel corazon-

cito bordado de mi hermanita Josefina en el forro del chaleco.

—Mucho, mucho.

—Pero yo hice más que tú. No sólo fui librevividor, pues eso, que disculpaba la edad, entre Dios y mi confesor se hubiera quedado, sino que, como un energúmeno, hostigado por una vanidad, una impaciencia y una ferocidad de sectario, me lancé á la lucha política, y á romper lanzas en *La Jarana*, periódico reformador y descamisado, en favor del matrimonio civil, del protestantismo, de la masonería, y de cien abominaciones más.

—¡Siempre fuiste exagerado!...

—Como á Saulo, y como á ti, el Señor me envió misericordiosamente quien me detuviese al borde del precipicio...

—¡Tu pobre madre!...

—No.

—¿Tu hermanita Josefina?

—Tampoco.

—¿Tu mujer?

—Estaba soltero.

—¿Una enfermedad?

—Méenos. ¡Una divinidad!...

—¡Tú, tú, tú, tú! Adelante, adelante, como decias hace poco. ¡Me la figuro!

—Una Raquel maravillosa, en comparacion

de quien todas las mujeres me parecían legañosas Lías, clavó mi turbulenta é inconstante voluntad, en términos, que mudé de vida, dejé de fumar, perdí el apetito, caí malo, y sentí que aquella vez iba serio.

—¡Diplomática sería!

—Todo lo contrario. No había logrado hablarla nunca.

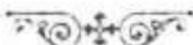
—¿Usábais de telégrafos?

—Año y medio había pasado, y todavía no se había dignado oirme una sola vez ni recibir una sola carta.

—¡Conducta propia de una gran reina!

—¡O de una gran mujer! A la señora, conocida de ambos, á quien yo había encomendado dar el primer paso en nuestras relaciones (porque yo quemé las naves y hablé de matrimonio), la declaró que «huérfana de madre, no pensaba en casarse por entónces; pero que de hacerlo alguna vez, su resolución era irrevocable, había de hacerlo con un buen cristiano (como lo era ella y como lo habían sido sus padres), ó con nadie. Que siendo mis ideas y conducta las que se decían, me suplicaba no insistiese y la dejase en paz.»

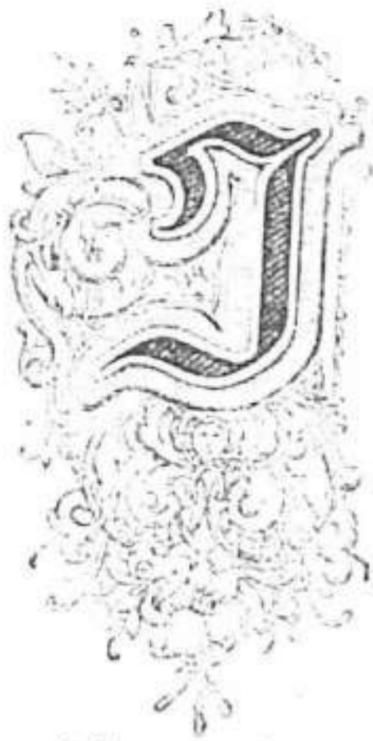
—¡Qué bien vengaba á las demás hijas de Eva!...







#### IV



NSISTÍ, sin embargo, escribí, quise ser presentado en su casa... Insistencia inútil, las cartas volvieron cerradas, tan cerradas como las puertas de su casa. Busqué cien arbitrios, me proporcioné buenas influencias, llegué hasta interesar al Cura Párroco, quien habló al padre de mi Dulcinea, un venerable magistrado. ¡Todo en vano! chico.

- ¡Soberbio! Eras tal para cual.
- Merceditas era hija sola y decia que nones.
- ¿Mercedes se llamaba? ¡Qué bonito nombre!
- Ella no se fiaba ni de cartas, ni de palabras, ni de promesas, ni de visitas... Ella no queria sino que pasara tiempo, para ver si yo la dejaba en paz. Yo probé á dejarla, en efecto, hice por olvidarla. ¡Imposible! ¡Chico, perdí el

sueño, me volvía loco... y las lágrimas llegaron á rodar por mis patillas!

—¡Bonita facha estarías!

—Ella no salía apenas más que á la iglesia, y siempre con su padre, y yo á falta de otro consuelo, ¡Dios me lo habrá perdonado! frecuentaba también las iglesias, y en verdad que me hacía falta. Abominando las causas que me alejaban de ella, tomé tirria al casino, odié los cafés, dejé los clubs y las reuniones; rompí mi péñola pecadora, y con el frenesí de un niño mimado que nunca ha encontrado obstáculos, prometí triunfar ó morir en la demanda. Ella, cuando lo supo, siempre desabrida, exclamó: «¡ya se cansará!» Yo me emperré con más coraje, porque en medio de mis amarguras sentía un raro secreto placer en perseguir aquella aventura, que era mi expiación y mi salvación, pues hartó conocía yo, que inconstante, coqueto, y ya casi excéptico por relajación, era indispensable para que el cielo de mi hogar fuese sin nubes, casarme con aquella mujer excepcional y casi absurda, ó con ninguna.

—¡Bravo!

—Decirte las novenas y trisagios á que yo asistí durante año y medio, las misas que oí, los sermones que escuché, sería punto ménos que imposible. Mi vida era un ejercicio espiritual

continuo. Aquel era mi castigo: antes habia corrido de capullo en capullo, y ahora corria de funcion en funcion.

—Pero ella, ¿te veia?

—No sé, porque jamás miraba ni en la iglesia, ni en la calle del lado donde yo estaba. Su actitud en el templo era la de un arcángel ante el Señor. Era menester tener un alma de demonio para resistir la influencia de su ejemplo, y la del chaparron de pláticas y lecturas piadosas que yo soportaba. Una mision, sobre todo, me despampanó.

—¡Já, já, já!

—Hicela colada despues de nueve años, y me confesé. Inmediatamente sentí un júbilo desconocido, y un asombro de lo poco que me habia costado. *¿No era más que esto?*—decia yo, echándome en cara el haber emperezado tanto. Aquel dia *me miró ella por primera vez.*

—¡Algo es algo!

—Pero con una mirada, entre sorprendida y severa que parecia decir: ¿Será capaz de llegar este calavera hasta la hipocresía y el sacrilegio? Sin embargo, aquella mirada me regeneró, y fué una espuela, más aún, chico, fué un empujon, y una voz que me gritaba: ¡Adelante!

—¡Aragonés habias de ser!

—Es de advertir que el misionero que me

confesó me hizo un argumento que no tenia réplica. «*Casi* sin querer es V. *casi* hombre de bien, desde hace un año: hace V. públicamente la vida de un cristiano fervoroso, ejemplar. Esa mujer me parece un instrumento providencial en la vida de V., y creo firmemente que será tambien su felicidad. Las dificultades de abandonar el mal y enmendar la vida las tiene usted superadas. Y puesto que sus fines son tan honrados, respecto á Dios y á ella, como V. dice, no queda más que perseverar, pues de los que perseveran es la victoria aquí y en el reino de los cielos.»

—¡Discreto razonar!

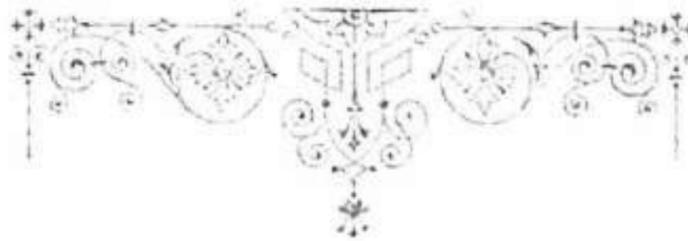
—Faltaba que ella se persuadiese de mi sinceridad, y consintiese en retirar aquel *¡no!* fatídico, con que respondia irrevocablemente á cuantos emisarios se atrevian á insinuarle el asunto. Grandes congojas devoré todavía, porque en la misma mision que á mí me habia convertido, ella, segun supe, empezó á sentir asomos de vocacion religiosa.

—¡Ya escampa!

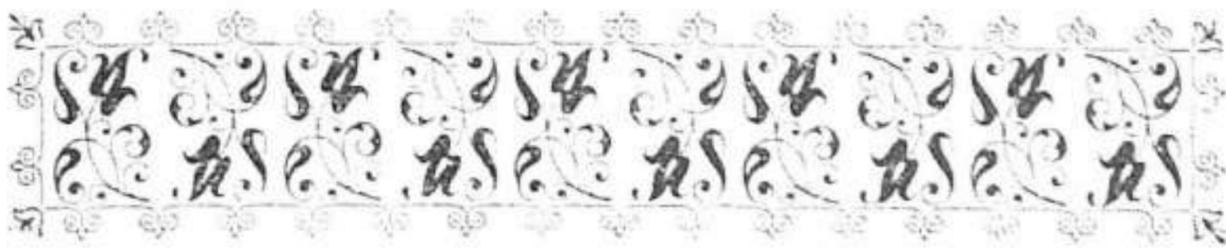
—Por otra parte, ella no decia nunca nada que fuese ofensivo para mí, sino que no queria casarse por entónces, aunque confesaba, que de hacerlo alguna vez, ó pensar en hacerlo, sólo exigiria en su prometido que fuese buen cris-

tiano, probado y á carta cabal, pues así se lo habia recomendado su madre al morir, añadiendo que, por transigir en esto, arrojan su felicidad por la ventana tantas mujeres, que son luego en el matrimonio desgraciadísimas.

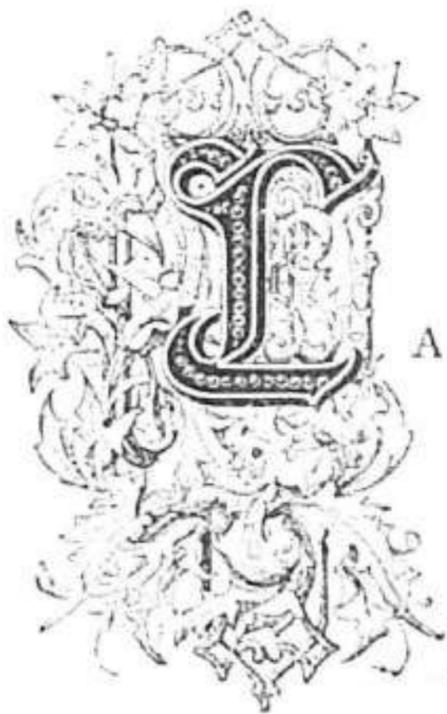
—¡Vaya que la niña no tenia pelo de tonta!







V



A casualidad acudió afortunadamente á adelantar mis asuntos. Vinieron por aquella sazón mi mamá y mi hermanita Josefina á verme, y segun *ella* me contó más tarde, el verlas tan piadosas y *distinguidas*, la tranquilizó, porque temia que yo fuese de familia de herejes, y dudaba de todos los informes que le daban. Cuando en cierta reunion oyó contar á Josefina los fervores de mi primera comunión, sonreia deliciosamente, como si se le hubiera quitado una montaña de encima.

—Habria oido hablar de las atrocidades que escribias tú en favor del matrimonio civil y del divorcio.

—Sin duda. En fin, desde que la traté me sentí subyugado, como el pajarito por el águila; y en tal manera reconocí la superioridad de su virtud inquebrantable, y de su excelente buen sentido, sobre mis miserables defectos y rutinarias preocupaciones, que me entregué á discrecion, y la hice realmente señora de mi corazon y de mi casa. Chico, no tengo empacho en decirlo, ella me domina en la noble acepcion de la palabra, ella manda en casa con una disposicion admirable, ella hace de mi hogar un paraiso. Cuando me insinúa una cosa lo hace con un tacto y tal arte, que no sé resistir. Por ella pertenezco á las Conferencias de San Vicente de Paul, comulgo todas las semanas, y soy Celador...

—¿Celador del Sagrado Corazon de Jesus?

—Ni más ni menos.

—Lo mismo digo. Echa esos cinco.

—Y mi mujer Celadora.

—Como la mía. ¿La mujer del quesero *que será?*

—¡Qué lástima, hombre! Y yo que estaba todo el rato pensando en echarte el gancho para mi coro. Ea, te presentaré á mi Cármen.

—Y yo á mi Mercedes.

—Y vendreis á nuestra tertulia.

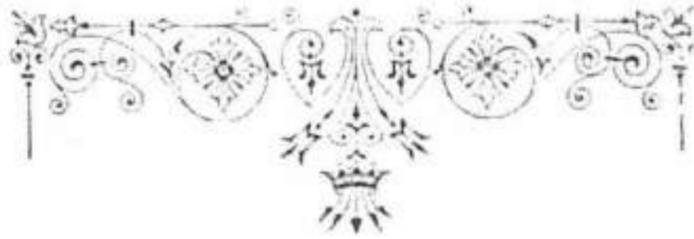
—Sí, y rezaremos juntos el rosario.

—Y repartiremos juntos las intenciones.

—Y al que le parezca mal que le ponga cintas.

—Mira, chico, harto tiempo hemos hecho los majaderos é ingratos con Dios.

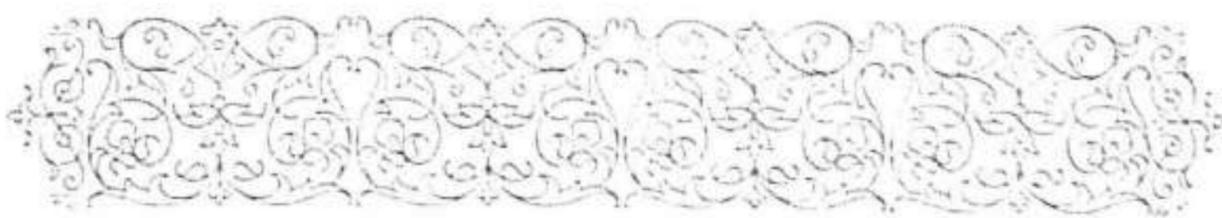
—Y si nosotros, que conocemos el mal y hemos vivido en él, no damos buen ejemplo en agradecimiento de haber sido salvados, ¿quién dará la cara por Cristo?





LA NIÑA PENITENTE





I



OR Dios, señá Juliana, cuéntelo  
V que es precioso, y quiero  
que mi comadre lo escuche de  
su boca, no crea que yo exa-  
gero.

—Señora, no es falta de vo-  
luntad, sino que al fin se trata de mi parien-  
te, y aunque él es ahora una malva y está muy  
cambiado,... no hay que despertar al leon que  
duerme.

—Nadie lo conoce. ¡Quien lo ha visto y quien  
lo vé! ¡Es un santo!

—Pues *velay*, por lo mismo no me gusta mo-  
lerle los huesos sin motivo, y sacar á relucir  
achagues que, si á mano viene, encubre y tapa  
todo el que los padece...

—No digo que no, pero aquí nadie nos escu-  
cha... Y además por ese ángel de Dios...

—Pues han de saber ustedes que la niña que acaban ustedes de ver...

—Sí, la Marujita.

—Tiene un sentido que espanta. Vamos, ni una persona mayor. Es de advertir, que mi marido á luégo de casarse, por juntarse con malas compañías, se dió á la bebida, y el infeliz tenia tan mal vino, que luégo la tomaba conmigo, y ántes de acostarse, todas las noches me arrimaba una paliza que me doblaba.

—¡Válganos Dios! Y usted ¿qué hacia?

—Lo que debe hacer una mujer de bien, llorar, aguantar y encubrir todo lo posible, que al fin la honra de mi pariente era la mia.

—¡Bien dicho, señora! ¡Si todas hicieran como usted, no habria tanto infierno en los matrimonios!

—Pues señor, es el caso que esa criaturita fué un dia á la iglesia al Catecismo y oyó decir al señor Cura que el mundo anda perdido por falta de oracion y penitencia, y que si ofreciéramos á Dios, padre nuestros y sufrimientos por conseguir tal cosa ó por convertir tal persona, no tardaríamos en lograrlo. Mi niña, que como digo, penetra como una persona mayor, se guardó aquello y se acostó sin querer cenar.

—¡Pobrecita!

—A mí no me chocó porque ella es de poco

comer. Pero al día siguiente, se sienta á la mesa, toma un poco de sopa, y pare usted de contar. Entónces yo, alarmada, le pregunté si estaba mala, y como respondió que nó, su padre con mal modo la dijo que comiera. Yo, por evitar cuestiones, figurándome que serian *mañas* y contando darle luégo alguna friolera, la mandé quitarse de en medio. Por la noche, la misma canción...

—Tampoco quiso comer.

—Un poco de sopa, tambien, para no mentir. Se fué á la cama, y al día siguiente el mismo tema. Entónces ya, yo me puse seria y su padre se enfadó.

—¡Por vida de la mocosa! ¿Estás mala, sí ó no?

—¡No, señor, no estoy mala (dijo la criatura con un teson que á mí me dejó pasmada). ¡Pero el señor Cura dice que para que los malos se vuelvan buenos hay que rezar y hacer penitencia, y yo he ofrecido á la Virgen ayunar hasta que mi señor padre deje de pegarle por las noches á mi madre de mi alma!

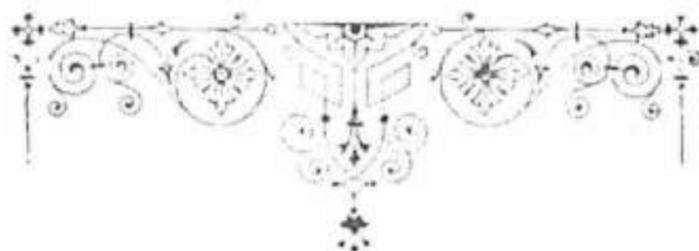
—¡María Santísima! ¿Eso dijo?

—Eso, como lo acababan ustedes de oír. Su padre, con la cara blanca como el mantel me miró á mí y bajó la cabeza. Luégo se le saltaron dos lagrimones como dos avellanas, y se levantó sin decir una palabra. Yo, llorando si te-

nia qué, me agarré á ese serafin y me lo comia á besos.

—¡Pero vamos, habria enmienda en el padre!

—La mala costumbre venció todavía aquella noche, que no era el pobre el que pegaba, sino el enemigo que llevaba dentro. Pero cuando al dia siguiente vió que la niña se quedaba otra vez sin comer, rompimos los tres á llorar, y él levantándose y cogiendo á su hija en los brazos, dijo estas benditas palabras que jamás olvidaré! «¡Hija de mi corazon! ¡Perdonadme tú y tu pobre madre! ¡que ahora es cuando ofrezco yo no arrimarme á una taberna y hacer felices á este par de santas que Dios me ha dado para vergüenza y fortuna mia!» Y como lo ofreció lo ha cumplido.

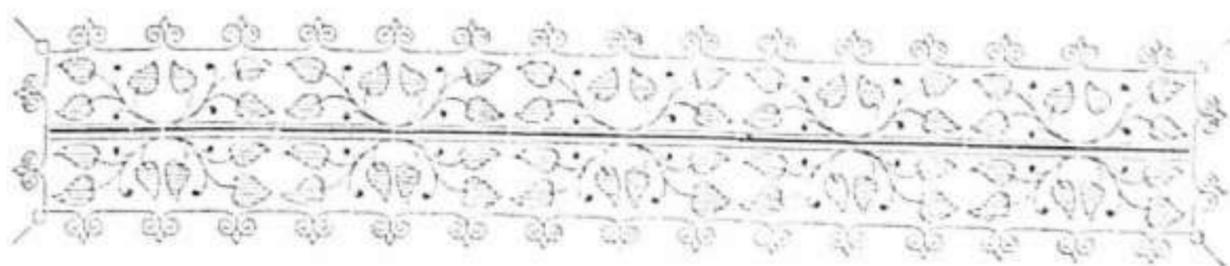


# CORAZON DE ORO

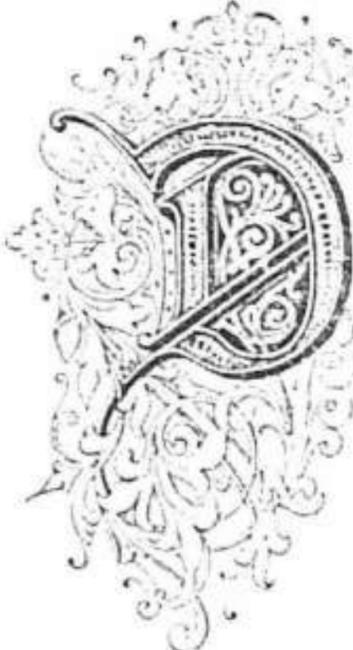
## LEYENDA

Sufre, si quieres gozar,  
Baja, si quieres subir,  
Pierde, si quieres ganar,  
Muere, si quieres vivir.





I

 **D**ISTRÁIDAMENTE recorriamos un vetusto empolvado cronicón de carcomidos fólíos, tapas de madera, férreos broches y góticos caracteres, cuando repentinamente los soñolientos ojos paráronse sorprendidos ante los siguientes epígrafes, en tipos mayúsculos y roja tinta:

¡CORAZON HUERO! ¡CORAZON DE ORO!

Movidos de la curiosidad, inquirimos el asunto, buscamos la portada, y afortunadamente la tenia. La cual decia así:

*Eterna Piedra filosofal ó Camino angélico,  
Filon celestial y Desengaño de mundanos.*

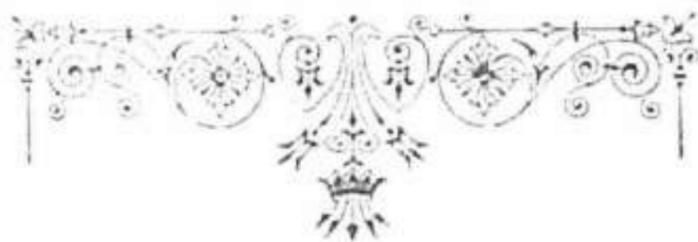
Y luégo, en segundo, ó más bien, en quinto título, venia:

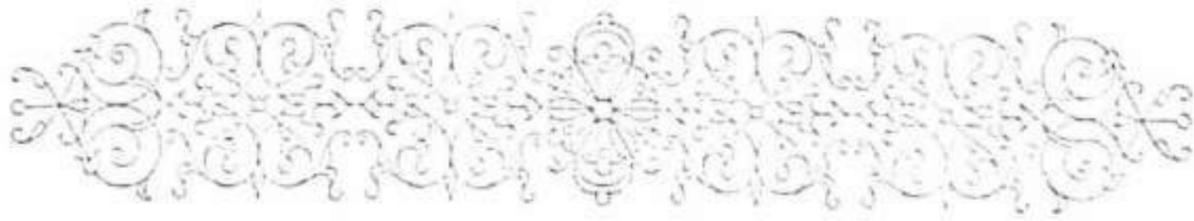
*De los anales de la esclarecida cuanto nobilísima y ya extinguida casa de los señores de Corcuera y Carvallo.*

Confesamos que el título había aguijoneado en tales términos nuestra curiosidad, que temíamos dar más pronto con el desengaño que con el filon. No sucedió así por fortuna, ántes al contrario, las primeras líneas inflamaron nuestra ánsia de llegar al fin.

A la verdad, la historia resultaba patética y trascendental, y tan interesante, que el filon celestial nos pareció digno de explotación, y al punto acometimos la tarea de trasladarlo y acomodarlo, con la salsa y condimentos convenientes,

en roman paladino,  
en el cual suele el pueblo hablar á su vecino.





## II



COMO el árbol padece su carcoma, las plantas su oruga, los granos su gorgojo, las frutas su gusano, las flores su insecto, el leon su calentura, así la insigne y esclarecida descendencia de los Corcueras y Carvallos era aniquilada en la aurora de la vida por una siniestra congénita enfermedad: murria, esplin, hastío, nostalgia ó consuncion mortal, que arrebatava en flor, tanto los mancebos apuestos, diestros jugadores, aventajados ginetes, grandes monteros y valentisimos soldados de la familia, como las damas, de todos celebradas por su discrecion, piedad, gracia y hermosura sin rival.

Aquel violento y corrosivo mal se manifestaba desde la juventud por un síntoma singu-

lar. Cada vez que un individuo de la familia gustaba un placer apetecido, como si la alegría de un momento hubiese sido un activo veneno, el rosicler de las mejillas desaparecía, una cadavérica palidez asomaba, y á la sonrisa, á la carcajada, al pasajero deleite, sucedían una tristeza devoradora, una postración de agonizante, una misantropía mortal. Entre la familia se solía llamar al accidente, la congoja ó la desazon. É infaliblemente era precursora en corto plazo de una tristísima muerte.

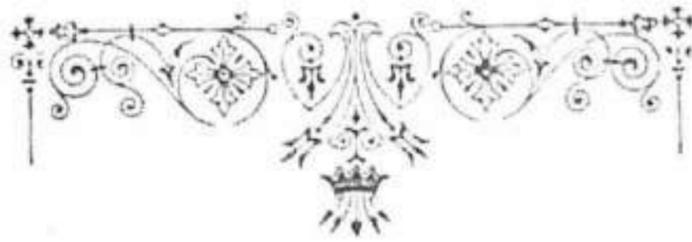
Médicos, saludadores, alquimistas, astrólogos y nigrománticos enmudecían ante la misteriosa enfermedad: y en la jerga de su tiempo decían los más presumidos de ellos, que la familia de Corcuera padecía una fiebre pestilente y maligna, y que los humores acres, salinos, proclives y melancólicos, de tal manera tenían ya emponzoñado el corazón, que éste yacía hueco, horadado, y con un agujero tal, que debía caber el puño de la mano.

A esta sentencia se adherían los genealogistas, que demostraban, como tres y dos son cinco, que siendo los Corcueras por línea recta, descendientes del célebre D. Alvaro de Luna, ó del famoso D. Gomez Luna, aquél ajusticiado trágicamente, y éste alevosamente asesinado en el Perú, por las venas de los Corcueras.

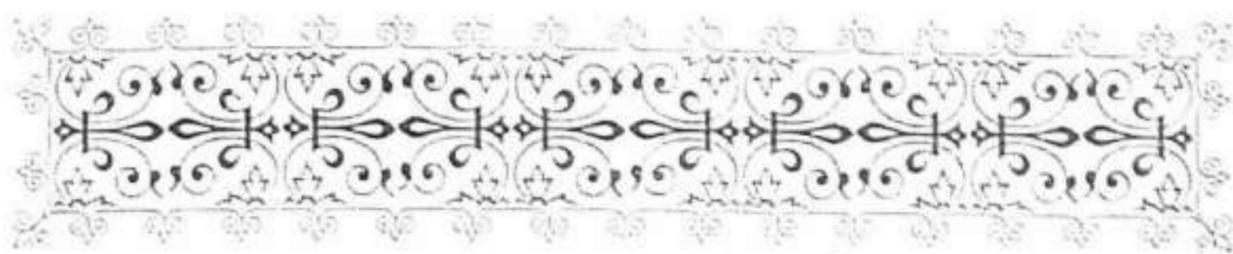
debían correr la hipocondria, la murria y el esplin.

Y para más remachar el clavo de tan autorizada opinion, no faltó un anticuario arqueólogo ó dómine, que revolviendo los archivos de la familia, descubrió que Corcuera era corrupcion de *Cor-huero*, corazon huero y sin meollo, y Carvallo, traduccion estropeada de *Cor-va-cuum*, corazon cóncavo y vacío.

De tan sábias explicaciones la gente llana sólo sacó en limpio que los Corcueras tenían el corazon tan hueco como una nuez vana ó una calabaza de peregrino, y desde entónces los llamó, de padres á hijos, los *Corazones-hueros*.







### III



SPANTADO de ver morir á los suyos de aquella traidora dolencia, y ya próximo á fallecer, uno de los señores de Corcuera, arrojando, por encima de la muerte que le apretaba, el anillo que traia puesto al dedo (como en prenda de su última voluntad que iba á pronunciar), prometió por los cuatro Evangelios del misal, ante su familia consternada, un premio de 200.000 maravedises al que encontrase el remedio cierto contra aquel violento y corrosivo mal, que agostaba y sofocaba en flor los nobles vástagos de la casa de Corcuera.

Los médicos de aquel tiempo, muy *cobdiciosos*, como dice el texto, acudieron, como

moscas á la miel, al palacio de los señores de Corcuera; pero su intervencion no hizo otra cosa que agravar el negro daño. El primer remedio que intentaron, traducido de los libros árabes, era asaz peregrino, y consistia en alimentar á los pacientes de piedras preciosas, como jacin- tos y esmeraldas, que, segun sabios conspicuos, contienen virtud alexipharmaca y cordial, y dan sabiduría á los que las toman, haciéndolos además ricos y felices. El remedio era caro pero inútil.

El segundo, más divertido, y atribuido por Galeno á Esculapio, fué provocar el buen humor en los dolientes, excitarlos á reir y distraerlos con canciones, músicas y otras jugle- rías y divertimientos. Pero como ni la piedras preciosas, ni los alegres trovadores lograsen vencer la melancolía, los facultativos recurrie- ron al tercer *emplasto caliente* (así lo llama el Cronicon), y este tercer remedio era, en ver- dad, trágico, alevoso y descomunal.

Consistia en aporrear al paciente, contrariar sus deseos, provocar su enojo, excitar su rabia, agobiarle y desesperarle hasta hacerle casi re- ventar de cólera, á fin de que expeliese el mal. Así curó de gravísima dolencia el Emperador Paleólogo, cuya esposa, amigos y criados, si- guiendo ajeno consejo, en tal guisa desconten-

taron y achicharraron la sangre al enfermo, que cuando el muy cuitado se hallaba ya al borde de la desesperacion y de la agonía, la cura se logró, y el Emperador recobró la salud, muy agradecido á cuantos le hicieran desbarrar.

Pero tampoco este bárbaro remedio produjo otro resultado que convertir la morada de los señores de Corcuera en un espantoso campo de Agramante, que hacia temblar á la vecindad. Y aconteció que, desde aquella fecha en adelante, médicos y saludadores, fueron para siempre excluidos del palacio, como vampiros terribles y verdugos carniceros. Y puesto caso que, ni las piedras preciosas brillantes, ni las músicas acordadas y sonoras, ni los dados, ni la poesía, ni los torneos, ni las danzas, ni la caza de cetrería, ni la medicina, ni los placeres, eran poderosos á calmar el vacío corazon de aquella ínclita familia, convínose juiciosamente en no darla en lo sucesivo más pesadumbre, y en evitar que, con achaque de curar el corazon, no vaciasen los médicos juntamente el meollo de la cabeza.







#### IV



ASARON años y años. En tierra de Castilla alzábase un Monasterio consagrado á Santa María la Blanca, y en el cual,

Habia un Abad santo, siervo del Criador.

No léjos del Monasterio se veia la morada de los *Corazones hueros*. El gótico escudo, en que figuraba sombría mano sosteniendo un corazon abierto como una granada, hallábase á la sazón de negro crespon velado, en señal de luto.

Era una noche desapacible de invierno. En el gran salon del palacio, colgado de ricos tapices, chasqueaba una pira de leña encendida en inmensa chimenea. La noble viuda, sentada en

un sillón de roble tallado, bordaba un manto para Nuestra Señora la Blanca; y ¡escena extraña! un niño y una niña de cinco y tres años respectivamente, de espaldas á la lumbre, y arrodillados junto á su madre, miraban con ojos inquietos y curiosidad creciente al Abad, *de bondad amador*, que en hábito de benedictino leía con pausada y solemne entonación en un manuscrito, la historia del último *Corazon hue-ro*, tío carnal de Manolin y Blanquita; que así se llamaban los niños, en memoria de los sagrados nombres de Jesús y María.

«¡Mi ilustre familia se muere de tonta (leía el Abad), y mis nobles abuelos reventaron de memos!—exclamó un día D. Diego de Corcuera, levantándose de repente de un sillón de cordobán, donde había pasado el primer ataque de la congoja, esplin ó desazon que le sobrevino á los diez y ocho años, más pronto que á ninguno de sus antepasados.

»No es el corazón lo que tenemos hue-ro, ¡por San Roque y su calabaza! continuó, sino la calavera, y hartó lo muestra la locura de mis rancios y atrasados tatarabuelos, en no haber probado á correr fortuna y á desertar de un país que tales bromas gasta. ¡Por Santiago y su caballo! D. Diego de Corcuera no ha de dejar sus huesos en la tierra de los garbanzos.

»Y se embarcó en el primer bergantín que hizo rumbo á las Indias. Anda, anda, anda, á los ocho meses llegó á Veracruz. Poco despues de arribar á América, la tierra no le pareció ya tan bonita como al principio, y le dió el primer ataque, vértigo ó desazon. Se le pasó y presentó sus cartas de recomendacion al Virrey, que le nombró capitán. Como lo que él buscaba era riquezas, no paró ni armó hasta que en una atrevida sorpresa hizo prisionero al cacique indio Tapatapa, por cuyo rescate obtuvo del primer golpe diez mil libras de plata.

»Cuando vió tanto caudal reunido, se puso á bailar de alegría, pero en seguida, como de costumbre, sintió la impresion del agujero, y vino la desazon, que lo hundió en la congoja por muchos días.

»Corrió entónces en busca de más riquezas, y como era valiente y entendido, se lanzó con su hueste á la conquista de una provincia llena de minas, y á costa de hazañas homéricas se enseñoreó de ella, y en su casa se amontonaban con pala los tesoros de plata, oro, perlas, esmeraldas y piedras preciosas.

»Y dió un convite á sus tropas, y poseía leguas y leguas de jardines y magníficos cortijos, y tenia para su servicio indios que le abanicaban y llevaban la sombrilla y conducian en lite-

ra. Pero tambien esto le cansó pronto, y sintió otro ataque más fuerte que el anterior, que le tuvo entre la vida y la muerte.

»Visto que las riquezas no le satisfacian, lanzóse á la conquista de honores, y como era leal caballero, y discreto y cortesano, no tardó en lograr del Rey el título de gobernador de un Estado. Como militar á quien conceden un ascenso, celebró tan gran honor con sus amigos, pero al dia siguiente del convite sintió la impresion del agujero en el pecho y tan furiosa congoja, que le puso á las puertas del sepulcro.

»Recibió nuevos títulos y favores de S. M., pero cada vez que recibia un ascenso, tenia un momento de júbilo, y en seguida se repetia el ataque de murria. Entónces torció el rumbo, y no quiso más riquezas ni honores, que unas y otros los pueden ganar los necios, pues la fortuna es ciega.

»Puso, pues, todo su conato en conquistar gloria, que sólo el verdadero mérito puede obtener. Y pareciéndole digna de su nombre y de la inmortalidad, la gloria de conquistador, pidió como tan diestro en sojuzgar países, ser mandado á la reduccion de varias provincias de indios que se habian rebelado. Logró los laureles de la victoria, y el título de Capitan general de los ejércitos reales, á más del prestigio de la

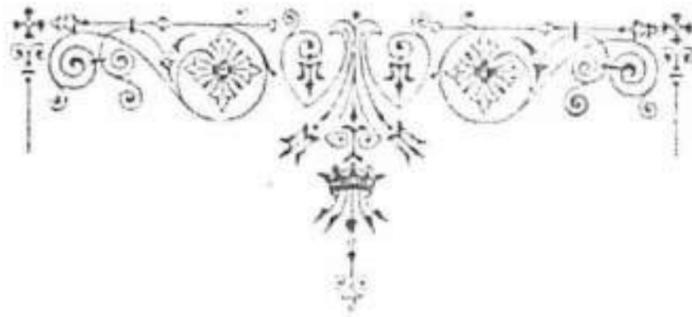
popularidad y el agradecimiento de su patria. Pero apenas gustó un momento tanta satisfacción, sintió abrírsele el agujero cordial todo lo ancho, y sobrevinole el ataque más vehemente que nunca. A las pocas horas murió en el colmo del hastío y la melancolía, pero muy cristianamente, y dejando escrita en su testamento esta grave sentencia en jerigonza:

*Tout lasse, tout passe, tout casse.*

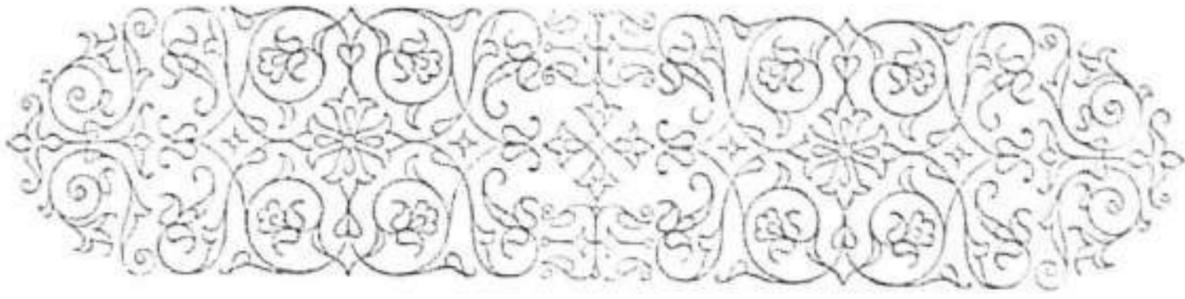
Es decir:

«Todo cansa, todo pasa, todo perece.»

Acabada la historia, Manolin y Blanquita, que no habían perdido ni una palabra, rompieron á llorar.







V



ABIAN pasado algunos años.

Manolin era suave como la gamuza, dulce como la miel, sonriente como la primavera, modesto como la virtud, complaciente como el sacrificio, generoso como la caridad.

Al ver pasar á Manolin, los vecinos de su dichoso pueblo, exclamaban en coro:

- Ya viene esa paloma sin hiel.
- ¡De raza le viene la nobleza!
- No tiene un enemigo, ni lo tendrá.
- ¡Qué ángel de criatura!
- ¡Génio más bonachon está por nacer!
- ¡Es un terron de azúcar!
- ¡Lástima de Corazon huero!

—Señora, está V. muy atrasada de noticias. Ese no se llama ya *Corazon huero*, aunque es de la familia.

—Pues ¿cómo se llama?

—Corazon de Oro.

—Y dígalo, señora. Mejor natural no se ha visto.

Y la verdad es, que Manolin desde chiquito habia sacado tan buen corazon, que se quitaba las cosas de la boca por complacer al prójimo.

A su respetable madre se le caia la baba de gozo, contando la primera hazaña de su compasivo Manolin. Volviendo del Monasterio donde tenia la escuela, encontró á un pobre chico de su misma edad, que venia del bosque agobiado y lloroso bajo el peso de un saco de carbon.

—Chico, déjame que te lo lleve un poco, á ver si puedo con él,—exclamó alegremente Manolin.

El rapaz muy contento vino en ello, y Manolin, despues de haber llevado el saco largo trecho, volvió á casa con una sonrisa angelical, nublada por varios mascarones en la cara, y con la ropa tan tiznada que parecia un carbonerin.

La mamá de *Corazon de Oro*, que así le llamaban, no se hartaba de dar gracias á Nuestra

Señora la Blanca, á cuyo poderoso patrocinio habia consagrado al nacer á sus dos niños, Manolin y Blanquita, por consejo del Abad, que opinó que la Virgen Santísima seria para ellos la mejor medicina y remedio, si los habia para aquella misteriosa y tradicional enfermedad.

*Corazon de Oro*, que se acordaba mucho de la vida y hazañas de *Corazon-huero*, procuraba, para no morirse, hacer todo lo contrario que su difunto tío.

A la primera peseta que tuvo se hizo este razonamiento: bocado comido no gana amigo, y si guardo la peseta se me abrirá el agujero en el corazon como á *Corazon-huero*. El Abad dice que quien da al pobre, da á Dios, y quien presta á Dios gana ciento por uno. Voy á ver si sale verdad. ¡Tendria que ver que á mí me devolviese Dios ahora cien pesetas! ¡Estaria gracioso!

Y dió la peseta á un chico que lloraba en la calle porque habiendo roto un cántaro sin querer, temblaba de que su padre le rompiera las costillas. El chico quedó muy agradecido á *Corazon de Oro*, y habiendo cazado á los pocos dias un precioso ruiseñor se lo regaló á Manolin.

Pero el ruiseñor se le habia escapado cabalmente á la hija del Corregidor, y apenas lo supo *Corazon de Oro*, caritativo y galante como era, se presentó á devolvérselo en una primorosa

jaulita que le costó treinta y cuatro cuartos, y que tuvo la fortuna de caer muy en gracia á la niña de la digna autoridad. El Corregidor, á instancia de la chica, regaló á Corazon de Oro un *Agnus Dei*, que formaba el centro de un relicario de plata.

—¿Para qué lo quiero yo?—dijo al salir á la calle Manolin. Pero viendo que pasaba el Santo Viático para un enfermo, lo acompañó, y ¿qué mejor ocasion para probar el poder del relicario? Se lo dejó al enfermo, y ofreció además rezar por su curacion.

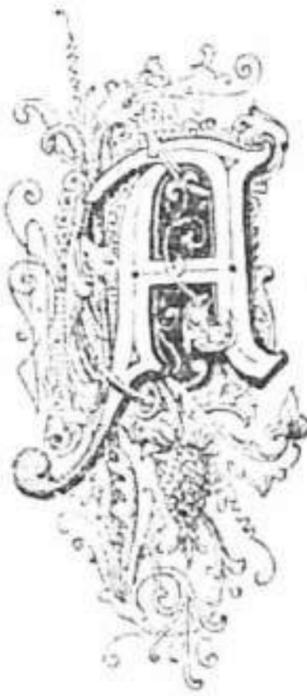
Casualmente al volver á casa advirtió que, saltando unos rapaces sobre una acequia, acababa de caerse uno en medio de ella. Sin vacilar, Corazon de Oro se arrojó en su ayuda, y sacó al zagalon, berreando y empapado como un perro de aguas. Llamábase el rapaz Pacorro, y sin duda con el susto del remojon no se acordó de dar las gracias á su bienhechor.

Corazon de Oro se durmió aquella noche pensando: si el Evangelista San Mateo no falla, el año que viene, tal dia como hoy, me debe Dios cien pesetas cabales. Mañana lo apuntaré para que no se olvide.





VI



El siguiente día apenas amaneció, Corazon de Oro saltó de la cama, rezó sus oraciones, y sacando un libro de memorias, escribió:

Cuenta de Su Divina Majestad con Manolin Corcuera:

<u>DEBE.</u>	<i>Pesetas.</i>
Por donativo á un prójimo que rompió un cántaro.....	1
Por una jaulita á una prójima para su rui señor.	1
Por un baño fresco que tomé: pongamos.....	1
	<hr/>
TOTAL PESETAS.....	3

que multiplicadas por 100, según San Mateo, hacen la suma de 300 pesetas.

Aún no había terminado de escribir la cláusula, cuando los criados invadieron con estrépito el aposento, llevando en la mano una caja

que contenia un magnífico baston de caña de Indias con puño de ágata y oro, regalo del enfermo de la víspera, que no era otro que el señor Alcalde mayor, el cual habia experimentado tan notable mejoría aquella misma noche, que no se hartaba de bendecir al relicario y al generoso Manolin. El baston valía más de cuatro onzas de oro.

No habia acabado de contemplarlo, cuando la criada penetró dando gritos con un jamon en la mano, y dos enormes morcillas, presente de la madre de Pacorro, que aunque pobre, era una mondonguera como Dios manda. Y como la víspera cabalmente habia hecho la matanza, la buena mujer no se hartaba de repetir á las vecinas que aquel dia de matanza, habia nacido providencialmente, en justa compensacion, su Parroco, por la generosidad de Corazon de Oro.

Una señora rumbosa y compasiva que desde su ventana habia presenciado el heróico rasgo de Manolin, mandó á poco una tarjeta de felicitacion y media docena de botellas de Jerez.

Cuando Corazon de Oro se vió solo, y maquinalmente, fué á acabar de escribir la deuda de Dios... se quedó tan estupefacto y corrido, de ver la generosidad de Su Divina Majestad, que pagaba los plazos con creces, aun ántes de cumplidos, que se echó á llorar.

Llorando le encontró su respetable madre que venia á comérselo á besos, y suponiendo que su hijo era ya víctima del primer ataque de la terrible enfermedad, exclamó:

—¡Ay Santa María la Blancal ¡Fortaleced su corazon!

—¡Madre y Señora mia!—respondió Manolin. Sepa vuestra merced que estas lágrimas no son de melancolía, sino de gozo puro y sólido. Con vuestra anuencia voy á seguir explotando el filon.

Y al punto dió las órdenes para que llevasen el jamon y morcillas á una pobre familia que parecia de miseria, las botellas á un desgraciado cesante que habia perdido el apetito al perder el empleo, y el relicario á otro enfermo de peligro, Consejero de la Sala de las Mi! y quinientas.

No estamos lejos de asentir, que el hacer bien viene á ser como el comer y el rascar, que solo quiere principio. La caridad tiene tambien sus *golosos*, y sus fanáticos: darse á hacer bien y despedazarse por su prójimo, es en ciertos héroes pasion tan avasalladora, como en los borrachos y rateros el beber ó robar.

Siendo el hombre naturalmente egoista, ¿qué les mueve é impulsa á esos héroes á sacrificarse? Tal es el misterioso licor que embriaga las al-

mas para quienes el placer es basura; y ese era tambien el que secretamente colmaba el corazon de Manolin, quien decia para sí, que no era mucho que tuviera vacío el corazon, aquel que se propone llenarlo de vaciedades. Por eso siguiendo su filon, y viendo que el Palacio se le llenaba de dones, miéntras tantos hermanos suyos morian á falta de lo preciso, informóse de las mayores necesidades.

Y habiéndose enterado de que en el pueblo habia un pobre zapatero corto de vista que apenas trabajaba, y un cochero que no enganchara porque se le habia descabalado el tiro, y un ciego que no tañia porque tenia rota la guitarra, y un vecino hablador que padecia sabañones en las orejas, y un oidor sordo que lamentaba su desdicha, y un estudiante resfriado por llevar agujeros en la capa, y una huérfana desconsolada porque no tenia amparo, y un barbero aburrido porque no sabia ni una noticia, y un labrador melancólico porque la sequía le agostaba la cosecha, y finalmente, un zagal afligido porque el lobo se le habia merendado cuatro ovejas de la majada;

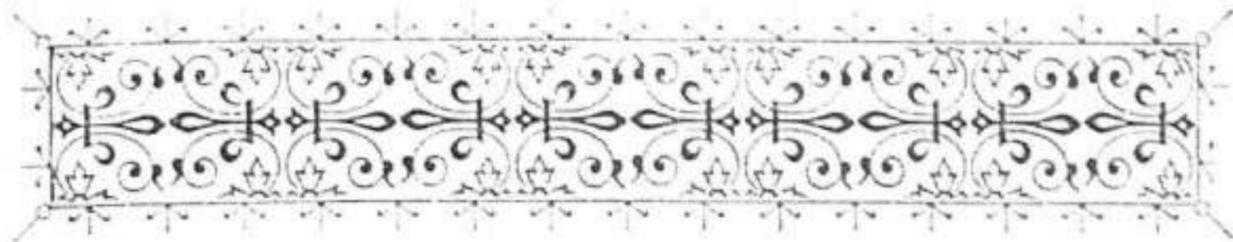
Al punto regaló unos anteojos al zapatero, un caballo al mayoral, un tapabocas al vecino, una guitarra al ciego, una trompetilla al oidor, una capa al estudiante, una dote á la huérfana,

una suscripcion á la *Gaceta* al barbero, una noria al labrador y seis ovejas al zagal majadero.

Y como Dios nunca se queda atrás en liberalidad, de allí á poco tiempo, el zapatero heredó de un tío de América y le regaló unas botas de montar, y el cochero ganó el oro y el moro y le regaló un caballo, y al ciego le cayó la lotería, en el último décimo que le quedaba, y le regaló un clavicordio, y el oidor ganó un pleito y le regaló un magnífico pupitre con incrustaciones, y el estudiante ganó á oposicion una prebenda y le regaló una librería, y la huérfana se casó con un Contador de Caminos y le regaló un coche, y al barbero le colocó el ministro de oficial de Mostrencos y le regaló un tocador, y el labrador logró gran cosecha y le regaló cuatro celemines de garbanzos, y al pastor le lució tanto su majada, que le regaló una vaca.







## VII



ASARON años.

Corazon de Oro, sonriente, benévolo, angelical, optimista, amigo de todo el mundo, pasaba constantemente victoreado por el nutrido coro de agradecidos que le colmaban de bendiciones. Una de las raras excepciones en este concierto habia sido Pacorro, pilluelo de índole malvada, que habia pagado con páfida ingratitud, desazones y bur-las, los repetidos favores de su bienhechor. Este, que le habia redimido de la suerte de soldado, llegó hasta admitirle en su Palacio como criado, pero Pacorro mordió la mano que le favorecia y acabó robando á su amo varias alha-jas, entre ellas el *Agnus Dei* que tenia aquél en gran aprecio. Una vez despedido, Pacorro se

vengó, yendo por la noche con varios baturros á dar una serenata bestial á su bienhechor.

A tu puerta hemos llegado  
Cuatrocientos en cuadrilla,  
Si quieres que te cantemos  
Saca cuatrocientas sillas.

Y á continuacion, haciendo más claramente alarde de su impudencia:

No canto porque me escuchen  
Ni tampoco porque sé,  
Canto porque me dá gana  
Y por fastidiar á usté.

Detrás de está, vino la siguiente copla alusiva al robo:

Yo tenia un *Agnus Dei*  
Al cuello, como es costumbre,  
Me lo quitaron diciendo  
*Qui tollis peccatta mundi.*

Finalmente, añadiendo la burla á la desvergüenza, acabó con esto:

Yo conocí á un don Manuel  
Que era un hombre muy cabal,  
Él se metió en el querer  
Y murió en un hospital.

Fuera de estas contradicciones, Corazon de Oro disfrutaba no sólo el aura popular, sino la

inmensa satisfaccion de haber sanado de la enfermedad hereditaria, pues su corazon, no sólo se sentia lleno, sino que rebosaba de satisfaccion y de amor á Dios y al prójimo por Dios.

Un dia llegó la noticia al pueblo de que Pacorro, que capitaneaba una partida de bandoleros en la sierra, acababa de ser copado y condenado á muerte. Corazon de Oro no paró ni descansó hasta que logró del Rey su indulto.

No quedó aquí la cosa. Pacorro, atacado del tifus, cayó gravemente enfermo en la cárcel, á consecuencia del susto, fatigas y mala vida pasada. Corazon de Oro pidió en seguida constituirse en enfermero suyo, y lo logró con tanta mayor facilidad, cuanto que en el hospital era superiora Blanca, que habia entrado Hermana de la Caridad.

El bandido se avergonzó un momento, pero su índole salvaje prevaleció, y con malos modos hacía, ó no hacía, lo que le suplicaba Manolin.

Al cabo de varias noches que éste pasó velando á su cabecera, Pacorro entró en convalecencia, pero con un humor tan perro y profiriendo tales blasfemias, que todos dejaron solo á Corazon de Oro. Un dia que éste afectuosamente le sirvió una taza de caldo:

—¡Mal rayo te parta, beato! —blasfemó aquél

facineroso. ¡Anda, so pillo! ¡De los perros merecias tú ser comío! ¡Arguna venera te corgarán á ti cuando lo haces! ¡Si no, no te mamarias tú tantas esazones! ¡Caldo me traes, ave frial! ¡Qué poco me traes peñascaró! ¡Si no te tiro la escudilla á la sesera!

Corazon de Oro soportó con una paz angelical tan fiera granizada, y aquel dia pareció más empeñado que nunca en hacer feliz á su enfermo. Le mudó la cama y la ropa, le aderezó y perfumó el cuarto, le agenció un buen cigarro, que Pacorro saboreaba con deleite, sirvióle la comida con más afán, esmero y habilidad que de costumbre, leyó un ratito, y rezó con él algunas oraciones.

Pacorro, que como sabemos tenia más puntas que un herizo, no pudo ménos de conmoverse al ver, ya muy entrada la noche, que su guardian rehusaba acostarse, por quedarse á velarle el sueño.

—Váyase usted á dormir, mi amo,—gruñó entre político y áspero.

—Estoy bien, *amigo mio*, gracias. Hoy ha pasado mal dia...

—Ca, no Señor, sino que yo soy *asina*. Vamos, váyase usté y no se moleste por mí...

—¡Ay! ¡no es oro todo lo que reluce, hermano!

—¿A que le hago yo á usted un favor con dejarme cuidar?

—Ha dicho el Evangelio, porque textualmente reza: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve enfermo y me visitasteis.» Con que ya ve, hermano, que quien se hace enfermero por Dios, se enriquece con las miserias de sus prójimos, y transforma la suciedad en agua de rosas, las llagas en diamantes, y los harapos en vestiduras de gloria.

—¡Lo que es si le dejan á V. hablar!

—No me agradezca nada, hermano, porque yo soy un desnaturalizado, egoista... Y tal vez no haria nada por el prójimo si no hubiera leído en la Escritura, que «al que es misericordioso, le libraré el Señor de la aflicción, le conservará, vivificará, hará feliz en la tierra, y no lo entregará en manos de sus enemigos; y además, hermano, que será su enfermero en el lecho del dolor, y que *el Señor mismo le mullirá la cama* (textualmente) *para que descanse dulcemente en sus enfermedades* (1).

—¡Usted sí que tiene *prójimo*, D. Manuel!...

—¡Lo que soy yo, es un hipocriton que na-

---

(1) Salmo. 40, 4.

die conoce bien... Ea, duerma, hermano, y haga por descansar.

Al despertarse al día siguiente, sintió Corazon de Oro llenársele el corazón de una dulzura y consuelo tan desconocidos y regalados, que no pudo menos de participárselo á la Hermana Blanca, que se perdía de vista en punto á santidad. La cual, le contestó en estos términos:

—Sabe, hermano mio, que las consolaciones celestiales que Dios suele conceder á los buenos, aunque infinitamente superiores á todos los deleites humanos, todavía no alcanzan á constituir la suprema felicidad. El mayor favor que el Señor concede á una alma, es el de desear sufrir por su amor. Sacrificarse por el prójimo es algo, sobrellevar humillaciones y oprobios es más, deleitarse en padecer por Dios es mucho más, y esto, esto es lo que llena: como hijos del cielo, somos demasiado grandes, y nuestro corazón, demasiado vasto: ¡Dios, y sólo Dios, puede llenar su inmensa capacidad!

Corazon de Oro repartió su hacienda entre los pobres, y no se cansó ya de sufrir ni de buscar trabajos por Dios: y lo gracioso es que cuanto más padecía por Su Divina Majestad, más lleno sentía el corazón. Pacorro se cansó de ser un animal, y acabó por convertirse al lado de aquel Santo.

Despues de su conversion cantaba esta copla:

Hasta la leña en el bosque  
Tiene su separacion,  
Una sirve para Santos  
Y otra para hacer carbon.

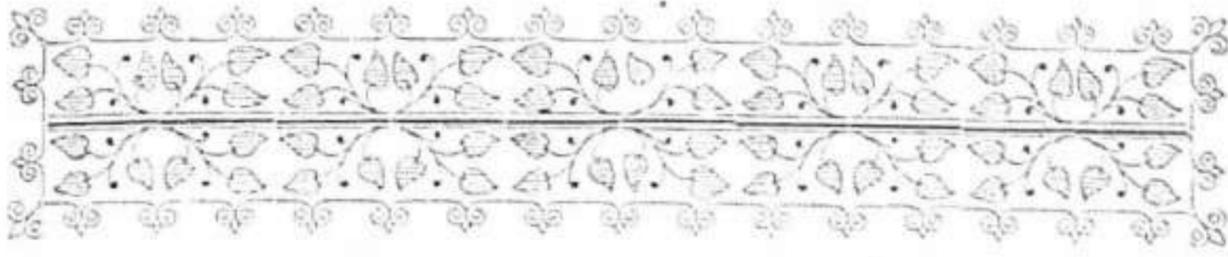
Blanca voló al cielo. Y el Monasterio de Santa María la Blanca, cobró el premio de 200.000 maravedís, legado por el Señor de Corcuera, en favor del que descubriera el remedio cierto para llenar los corazones vacíos de tan ilustre familia.





EL APRENDIZ DE SANTO





I



UES señor, este era un mozo de cordel de Roma, no mal cristiano, bastante infeliz, regular bebedor, y tan forzado, que podia tirar de un carro. Siempre de guardia en la esquina de la plaza, con su sportilla para lo que pudiera ocurrir á los parroquianos, la gente del barrio le conocia por el *Esportillero*.

No iba tan á menudo á la Iglesia quizás, como debiera, pero un dia entró, por ser la fiesta de Todos Santos, determinado á rezar por el alma de su madre, que le habia criado en el santo temor de Dios. Justamente un sacerdote subió al púlpito mientras él rezaba: aquel sacerdote era San Felipe de Neri.

El Santo habló de lo necesario que nos es la santidad, y repitió diez veces, que «para morir santamente, es preciso aprender á ser santo y vivir como santo.» El *Esportillero* se aprendió de memoria la frasecilla, salió repitiéndola de la Iglesia, y no pudo olvidarla en todo el día: le asaltaba en la esquina, cuando caminaba con la carga, en sueños, y hasta en el banco de la taberna. *Para morir como santo, hay que aprender á ser santo y vivir como santo.*

Y cansado de tanto cavilar, se resolvió á ponerse de aprendiz del nuevo oficio, creyendo que no le tendria nada que envidiar al oficio de esportillero, y se fué á casa del predicador, que vivia en la casa del Oratorio.

Cuando se vió delante del predicador consabido, exclamó con sencillez:

—Mi amo, aquí vengo á ver si su merced me quiere enseñar el oficio de santo.

—Le han engañado, amigo mio,—respondió aquél: todavía no lo soy, sino pobre pecador.

—¿Pues no es su merced D. Felipe de Neri?

—Eso sí es verdad, me llamo Felipe de Neri.

—Entónces es vuestra merced el hombre santo que yo digo. ¿Qué hay que hacer para serlo?

San Felipe meditó un instante, conmovido de tanto candor, consultó al Señor, y mirándole cariñosamente, le dijo:

—Díme, buen amigo: ¿sabes leer?

—De corrido, de corrido, no, señor, como aquel que dice, pero con algunos tropezones, ya calo lo que está escrito.

—Pues bien,—continuó el Santo, aquí tienes este libro: lee nada mas que cuatro renglones, trata de aprenderlos bien, y vuelve dentro de ocho dias.

—¿Y con eso saldré oficial?

—Si los practicas bien, creo que sí.

—Corriente. Hasta la vista y gracias.

A los ocho dias vuelve el *Esportillero*.

—¡Hola, amigo! ¿Aprendiste los cuatro renglones?—le pregunta el Santo.

—¡Aprenderlos, aprenderlos! La dificultad no está en aprenderlos, contestó el buen *Esportillero*.

—¿Pues en qué?

—Toma, en hacer lo que mandan. Por saberlos, bien de corrido que me los sé. Oiga su merced y verá: «Amarás á tu Dios, le adorarás con reverencia y perderás todas las cosas ántes que ofenderle. No jurarás en vano su Santo Nombre, ni blasfemarás. Santificarás las fiestas, oirás Misa entera...

—Está bien, hombre. Tienes buena memoria...

—Lo que es por memoria... «No harás daño al prójimo, ni te achisparás, ni...

—Basta, basta, y... al grano. ¿Has hecho lo que mandan esos cuatro renglones?

—¡Ay, señor! Me costaba cada día más que arrancarme una muela, pero al fin y al cabo, lo he hecho como lo reza el libro.

—Hombre, bueno. Para ser aprendiz bien empiezas; como sigas así, arremetiendo con lo que el libro dice, te armas y sales un buen oficial, Dios mediante.

—Lo que es por mí no quedará.

Ea, pues, échate al colete estos otros cuatro rengloncitos, y hasta dentro de ocho días. Vamos, valor y confianza en el Señor.

A los ocho días ya no vino el *Esportillero*. San Felipe empezó á inquietarse, y á rogar á Dios por aquel bendito y sencillo ganapan.

Pasaron ocho días más, y luégo quince, y el mozo de cordel no parecía. San Felipe, que le había cobrado afición, no esperaba volver á verlo más. «En medio de todo, pensaba el Santo, el pobre empezó bien, pero sin duda se ha acobardado, y echado á pasear el libro, los cuatro renglones y el oficio nuevo, que ya tiene cuatro bemoles.»

De repente escucha pasos estrepitosos en el corredor, como si pasara un carro, y oye que llaman á su puerta.

Era el *Esportillero*, pero el Santo no le conoció al principio. Arrastraba su cuerpo trabajosamente, apoyado en un palo, y llevaba debajo de la barba un pañuelo de yerbas anudado en lo alto del cogote. Sobre el pañuelo asomaban los carrillos amoratados, heridos, cicatrizados. En la nariz lucia dos ó tres chirlos, y su frente era toda un cónclave de cardenales.

—¿Qué te ha pasado, hijo mio?—exclamo San Felipe, asustado, y ¿quién te ha puesto así?

—¡Vaya! Vuestra merced, como el que dice: el caso es muy sencillo. Iba yo cargado con mi esportilla por la calle de Albano, cuando héte aquí que encuentro de frente un coche con dos caballos. Los animales, al ver mi esportilla cargada, se espantan, se encabritan y dan al traste con el carruaje. Un señorito que guiaba se levanta, se encara conmigo, y furioso, me derriba con carga y todo, me revuelca en el barro, y me apalea durante diez minutos. ¡Ah, señor! Aquel caballero era para mí un alfeñique, y si yo hubiera querido agarrarle por la pretina, le hubiera podido aplastar de un coscorron, como se quiebra un mal cacharro contra las piedras. Aquí están mis puños, que no me dejarán men-

tir, y que más de una vez han levantado en vilo una carga de cebada. ¿Tenia yo la culpa de que mi esportilla hubiese espantado á sus caballos? ¿No gano yo mi vida con la esportilla? Tentaciones me dieron de acogotarlo, pero acordéme de los cuatro renglones, que iba yo repitiendo: «No volverás mal por mal, haz bien á tus enemigos, pon la mejilla derecha si te pegan en la izquierda» y tragué saliva. No tuve que ponerle la mejilla, porque él me las buscó, y me las puso hinchadas como un pan. Calléme, señor, como un mudo, y recogí la carga cuando el otro se partió. ¿He cumplido con lo que el libro reza? Corrijame la plana, mi amo, si he faltado, que no he podido venir ántes, porque ahora mesmo salgo del Santo Hospital, donde me he estado curando tres semanas.»

San Felipe, enternecido, admirado de tanto heroísmo unido á tanta simplicidad, abrazó con lágrimas en los ojos al *Esportillero*, le ofreció curarle, y le propuso que se quedara en su compañía, para ser religioso como él, con lo cual acabaria de aprender el oficio de santo.

El *Esportillero*, lleno de agradecimiento se echó á llorar, y se arrodilló á los pies de San Felipe, espantado de aquella proposicion, de que se creia indigno. Aquellos dos hombres, el maestro y el aprendiz, no se separaron más.

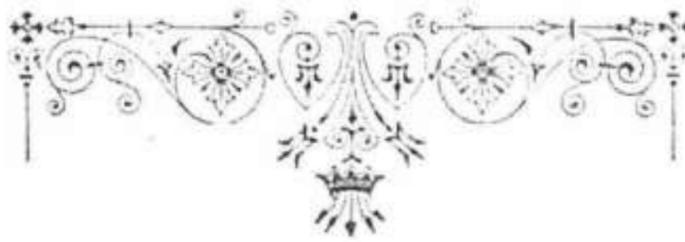
---

El *Esportillero* llegó á ser lego del Oratorio, y edificaba á todos por su humildad, su obediencia y su fervor.

Habia querido aprender el oficio de Santo, y Dios le habia facilitado el camino. A los veinte años de religion murió rico de obras buenas y en olor de santidad (1).

---

(1) La anterior relacion es adaptacion de un episodio publicado en francés de la vida de San Felipe de Neri.





NAVARRA POR SANTA MARIA

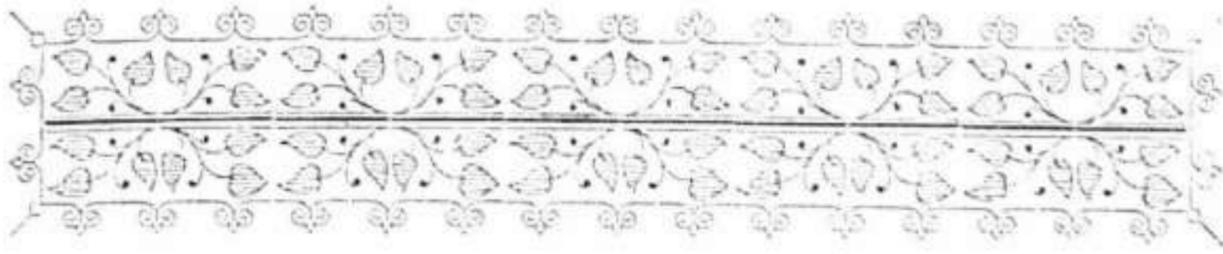
ó

APÓSTOLES Y CRUCEROS

---

TRADICIONES ESPAÑOLAS





# I



L animado coro de ruiñeños y jilgueros que hace el matinal servicio en las márgenes del río Zidaco, frente al antiguo casti- llo de los Reyes de Navarra, había suspendido momentánea- mente su arrebatadora sinfonía. Eran las cinco de la mañana deliciosísima del postrer domingo de abril, cuando los piadosos vecinos de Olite, á porfía con los ribereños del Arga, Ebro y Aragon, emprendian la tradicional romería al antiquísimo y popular Santuario de Nuestra Señora de Ujué.

Alegres y campechanos como lo son los habitantes de aquella rica comarca, su pláti- ca era tan expansiva y cordial, que las pinta- das cardelinas (1), callaban el pico y se guarda-

(1) Así llaman á los jilgueros en el país.

ban muy bien de meter su baza en el concierto.

Cruza el camino un feracísimo valle de tres leguas de largo próximamente, por dos de ancho, que separa la Montaña de la Ribera, y por entre huertas, viñas, sembrados, olivares y corralizas, sube serpenteando desde la ciudad de Olite por repechos y colinas, hasta unirse con el que, pasando por San Martín de Unx, lleva de Tafalla directamente á la Santa Montaña.

—¡Arre, burra, que vamos á Misa!—gritaba el tío Ramon el de Caparroso. ¡*Secretaria* te habias de llamar!

—¿Por qué se llama *Secretaria*?—preguntó el tío Mariano el de Falces.

—Al *mocete* (1) se le ocurrió ponerle ese mote, porque es al revés de la burra de Baláam: aquella hablaba y esta escucha. A mi burra le ha de pasar como al herrero de mi pueblo que de puro martillar se le olvidó el oficio. A la *Secretaria*, en oyendo conversacion, se le olvida el andar.

—No le pegue,—alegó dulcemente doña Dolores, señora ya entrada en años, que cabalgaba sobre la burra en artolas,—pues estos señores no nos podrán seguir.

—¡Quite V., señora,—contestaba el tío Mariano, aunque fuera usted en el cerro-carril le

(1) Muchacho.

seguiríamos mi mujer, el mocete y yo, con el hipo que llevamos *drento*.

—Pues ¿qué les trae á Ujué?—preguntó el señor Ramon.

—Una *sastifacion* mucho grande,—respondió la mujer del tío Mariano.

—Algun premio de la Lotería ú cosa así, opinó aquel.

—Mal puede ganar el que no juega,—dijo el tío Mariano.

—No cambio yo por ningun premio,—continuó la labradora, que el hijo de mi alma se quede en casa, mientras otros tienen que coger el chopo.

—¿Se ha librado de quintas?—preguntó afablemente Angela, hija de doña Dolores, que vestia hábito del Cármen, y valerosamente hacia á pie el camino.

—Ni más ni ménos, señora. Hoy hace seis semanas le tocaba meter mano en cántaro. Su padre y yo estábamos que nos ahogábamos en una gota de agua. A mí me ocurrió hacer un voto á la Virgen Santísima de Ujué. Y á tan buena hora, porque al ir á sacar el chico del garapitero (1) que extraia las bolas,

(1) *Garapitero* se llama en Navarra al que por un tanto alzado arrienda y cobra cierto derecho municipal, llamado *garapito*, sobre las transacciones de los vinos.

una para mi hijo, va y sale el número más alto.

—¡Feo linternazo que me arreó padre?— añadió el mozo llevándose la mano al brazo. ¡Aún me duele el hombro!

—No te quejes,—objetó el señor Ramon, que yo he oído que en otros pueblos de España, se estila en un caso semejante, sacudirse de lo lindo en familia, todo de pura alegría, por supuesto, y darse de sopapos y bofetadas entre padres é hijos para memoria de tan glorioso acontecimiento.

—Figúrense ustedes, si subiremos á gusto la cuesta con los pies descalzos,—exclamó la labradora.

—No hemos salido tan bien librados nosotros,—dijo otra campesina, pues hicimos un voto por mi padre (que Dios guarde) si sanaba, y la Virgen no nos oyó.

—¡No convendría!—arguyó cristianamente Angela.

—Así lo creemos, porque él se murió el mismo día de la Virgen de Marzo.

—¡La Virgen Santísima se lo llevaría al cielo! Mejor estará que nosotros,—dijo doña Dolores.

—¿Y ustedes cumplen el voto?—dijo Angela.

—¿Pues qué hemos de hacer? ¿Qué diría la

Virgen Santísima? Pensaría que la guardábamos rencor.

—Claro que parecería mal. Al santo el voto, y al niño el bollo,—dijo el señor Ramon.

—Santos y buenos dias, señores,—saludó un hombre jóven bien vestido, y de carácter comunicativo, que habia oido parte de la anterior conversacion.

—¡Muy felices nos los dé Dios!

—Para favores morrocotudos, el que me ha hecho á mí la Virgen de Ujué. No lo acertarian ustedes.

—Pues, ¿qué favor le ha hecho?

—Toma, sacarme de las astas del toro, como aquel que dice. Habia yo ido á la marca del ganado de Lizaso en Murillo, y aunque me muero por ver toros y toreros, jamás habia querido bromas con los animales de cuatro orejas.

—¡Qué las tienen muy pesadas!—repuso el señor Ramon.

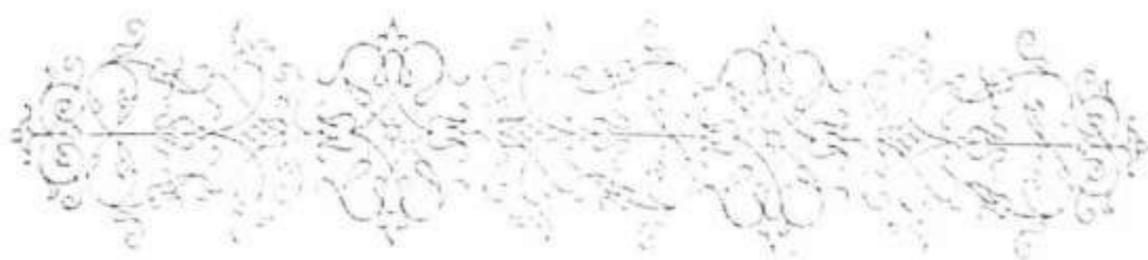
—Verdad es. Mis amigos aquella tarde, despues de haber salido á capear, se empeñaron en que yo tambien habia de echar una suerte á un toro, ligero como un cohete, que acababan de marcar: y como yo me resistiese, me dijeron que lo dejaba por falso, collon y cobarde. Oir esto y lanzarme al redondel con las manos limpias, fué una misma cosa.

—¡Qué imprudencia!

—Cristianos: al verme el animal, de dos brin-  
cos se me planta encima. Yo no sé lo que en-  
tonces hice, ni lo que pasó por mí. Sólo recuer-  
do, que á seguida de un ¡ay! general de congo-  
ja, sonó un grito y una estrepitosa salva de  
aplausos, y que me encontré del otro lado de la  
barrera. Los amigos me abrazaban y certifica-  
ban que habia dado un quiebro sublime, que  
era un maestro consumado, que debia contra-  
tarme, y no sé cuantos disparates más. Yo,  
temblando de un temblor que no podia echar  
de mí, me acosté con un calenturon terrible.  
Cinco dias estuve delirando, entre la vida y la  
muerte, y viendo á aquel enorme toro de cinco  
años, junto á mí. Señores, poco faltó, que no  
fuí á contarlo al otro mundo (1). Cuando me  
levanté, ofrecí subirme á un tejado, cada vez  
que vea á una vaca de leche, y venir á dar las  
gracias á la Virgen Santísima, por haber libra-  
do con el pellejo sano de tan famosa barbaridad.

(1) Este episodio es histórico.





## II



NO era ménos animada la conversacion que traian en otro grupo detrás, unos cuantos labradores.

—*Malicos* semos los de esta tierra, opinaba uno de ellos, pero la Virgen Santísima tampoco es desagrada...  
—¡Y no falla! Este rato encuentra un país donde la quieran más.

—Señores, para devotos los de Artajona. ¡Cómo quieren á su Santísima Virgen de Jerusalem, traída de Tierra santa!

—Sin quitarles nada á los artajoneses, miren ustedes que ¡aquella Virgen del Sagrario de Pamplona!

—Para mí, caballeros, en toda esta tierra no

hay otra como la de Sancho Abarca de Tauste. Esa es la que se apareció al Rey de Navarra, que con tal ayuda, ¡claro! derrotó al Moro, y luégo gobernó como pocos.

—Lo mismo cabalmente hizo la de Castejon, aparecida en un espino, como una rosa, vestida á lo serrano y con albarcas. Y sepan ustedes que tenia ganadería propia, compuesta de las vacas ofrecidas por los devotos. Y habiendo un pastor robado la campanilla de la vaca que guiaba, para ponérsela á otra vaca suya, va y ¿qué hizo aquella? Entró en el mismo dia de la fiesta en el templo, y adelantándose al altar mayor, tiró la campanilla robada que aun se conserva, y se volvió al campo sin hacer daño á nadie.

—Eso lo haria para que no le faltara campana al monaguillo.

—¡Pues cuidado con la de Araceli de Corella!

—¡Vamos que la del Yugo en Arguedas!

—¡No digo nada de la del Puy de Estella!

—¿Dónde se dejaban ustedes á la del Camino de Pamplona y Monteagudo?

—Para devocion los de Peralta. No hay buen vecino que se acueste sin ir á hacer compañía un *ratico* á la Virgen de Nieva.

—Con que quedamos en que la Virgen de Ujué lleva la palma á las demás, porque de to-

da Navarra acude á su Santuario la gente á *manta de Dios*.

—¡Y dígalos!

Así en animados coloquios, atravesaban los romeros el feracísimo campo del Fenero, y caminaban ansiando llegar al Alto de la Cruz, para contemplar desde allá el paso de la célebre procesion de los *Cruceros*, que de madrugada habia salido de Tafalla.

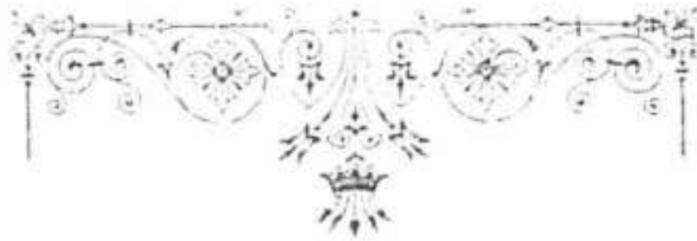
En tanto, una tempestad tenia lugar en el corazon de una triste madre. No habian faltado viajeros que echasen de ver el discreto silencio y la pena contenida que se reflejaba en el pálido semblante de doña Dolores; pero el respeto á la desgracia los contuvo: que en un país donde la cordialidad es rasgo general de carácter, muy honda debe ser la pena que se oculta.

La casualidad hizo, sin embargo, que uno de los jóvenes conociese á aquella señora, y apenas la saludó, cuando ella, que largo tiempo ya habia contenido su amargura, dió rienda suelta á las lágrimas, aunque esforzándose en vano por reprimirlas y ocultarlas. Angela le hacia en voz baja algunas breves reflexiones, encaminadas al parecer á persuadirla que no llamase la atencion.

Por evitar, sin duda, difíciles explicaciones, el joven saludado pronunció una sola frase en voz baja, dirigida á los que le rodeaban, y tuvo

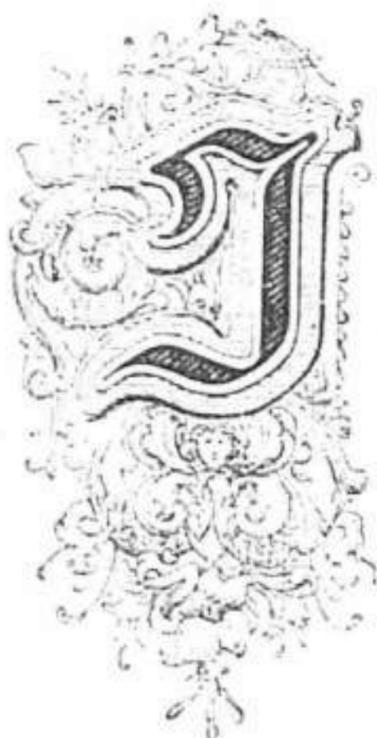
efecto tan mágico, que trasmitiéndose con rapidez, dejó ver en cuantos la escuchaban una impresión de viva simpatía hacia doña Dolores y de profunda compasión.

—Es la madre de Juan Eguía,—había dicho el jóven.





### III



UAN Eguía, era un jóven popularísimo entre sus paisanos, que con repetidos actos de sereno arrojo y de heroica temeridad se habia granjeado el nombre de jefe, en los movimientos populares del país, despues de 1868.

Habiendo tenido la desgracia de caer prisionero, el gobierno le desterró con otros muchos compatriotas suyos á la Isla de Cuba. Este destierro fué para su madre un golpe terrible, porque, no teniendo otro hijo varon, y habiendo visto morir á su esposo, tipo excepcional de energía, probidad y valor en la guerra carlista, temia perder á aquel hijo tan querido de todos por su bizaría y afabilidad.

Las últimas noticias que de Juan habia tenido, databan de un mes. Acababa de desembarcar en la Habana, donde varios de sus camaradas habian ya enfermado á consecuencia del clima, ó más bien de las fatigas del pasaje. Ignoraba á dónde le destinarian, y sólo ponía su esperanza en Dios y en su Madre Santísima.

La acongojada madre, aunque muy quebrantada de salud, se resolvió á asistir á la romería de la Virgen Santísima de Ujué, á fin de rogar en su mismo santuario á la bendita Madre de Dios, que le devolviera á su hijo desterrado, y librase á éste de todo mal.

La noticia de que la madre de Juan Eguía figuraba en la expedicion, se propagó como por encanto. Con la simpatía y discrecion que se dejan adivinar, cada cual se esforzaba en demostrarla, ya con un respetuoso saludo, ó con una mirada afectuosa, la parte que tomaba en su dolor. Este homenaje, que tambien alcanzaba á Angela, y que indirectamente ponía de manifiesto las simpatías de que gozaba Juan, contribuía á acibarar más el sentimiento de doña Dolores.

Como el Alto de la Cruz estaba cerca, las conversaciones volvieron á recaer sobre la procesion de los *Cruceros*, salida de Tafalla á las cuatro de la mañana, y que todos deseaban ver.

Llegados al Alto de la Cruz, todos tomaron posiciones para contemplar el edificante espectáculo. Mientras aguardaban descansando, una pobre ciega, á quien llamaban con el cariñoso nombre de la *ciegucecica* de Aybar, entonaba á petición de las personas caritativas, una cantinela monótona á modo de salmodia, y dolorida como el gemido de la tórtola, que producía un efecto sorprendente. Dicha canción, que todos oían con religioso silencio, era una descripción exacta del acto que iba á tener lugar. Hela aquí:

Semanita de San Márcos,  
El domingo en la alborada,  
Las esquilas y bordones  
Tocan á misa en Tafalla.

Del crepúsculo las sombras  
Atraviesan cual fantasmas,  
Mujeres de oscuros mantos,  
Hombres de pesadas capas.

Allá van los penitentes  
Con sendas túnicas largas,  
De toscas sogas ceñidos,  
La faz de negro tapada.

Apenas el sol apunta,  
Apenas la misa acaba,  
Salen los entunicados  
Con cruces en las espaldas.

Ya les arenga el Vicario,  
Ya el clero los acompaña,  
Ya los regidores llegan  
Que el grave cortejo mandan.

Seiscientos son los *Cruceiros*  
Que pesada cruz arrastran,  
Muchos van los pies desnudos,  
Y todos rezando avanzan.

Pueblos y aldeas madrugan  
Por ver procesion tan santa,  
Y aun los ángeles del cielo  
Se asoman para mirarla.

Dos leguas han caminado,  
Cerca están de la montaña,  
Cuando cien *Cruceiros* llegan  
De Valdorba y su comarca.

Ya la dura cuesta suben,  
Ya sus congojas se acallan,  
De ver que Santa María  
En la cumbre los aguarda.

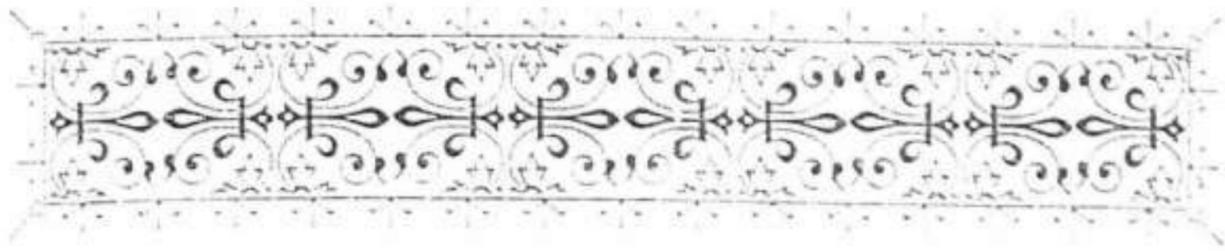
Apenas á Ujué han llegado,  
Las grandes cruces descargan,  
Postrados ante la Imágen  
La misa oyen, y dan gracias.

Allá, hácia la media tarde,  
Las cruces de nuevo abrazan,  
Despidense fervorosos  
De su Madre y abogada.

Cantando en coro desfilan,  
Cantando dulces plegarias;  
Cuando es llegada la noche  
Entra el cortejo en Tafalla.

Así el *Cruceiro* ha cumplido  
El voto que hizo su patria,  
Cuando Moros y Cristianos  
Guerreaban en Navarra. Amen.

En el momento en que la ciegucecita concluía su relacion, muchas voces repitieron el suspirado grito de ¡ya vienen! ¡ya vienen!



#### IV



IFÍCIL es describir el efecto á la vez fantástico y conmovedor de aquella excepcional procesion que, segun tradicion no interrumpida, viene verificándose desde ha diez siglos.

Los *Cruceros*, llevando cruces enormes, caminaban uno tras otro, descalzos no pocos, trayendo muchos el capillo alzado, y dejando ver el rostro, grave, en consonancia con la seriedad del acto, y encendido por la fatiga ocasionada por las dos leguas y media de camino ya recorridas (1).

(1) Sólo viendo la procesion se puede creer tanta austeridad y rigor de parte de los concurrentes. Algunas de las cruces asustan por su peso, y sorprende ver caballeros y personas muy acomodadas acometer esta dura peregrinacion.

Tambien las señoras—por supuesto sin cruces—concurren á ella. Generalmente hacen la mitad del camino la vispera, hasta San Martin de Unx, y siguen luégo detrás de los hombres.

Muchos eran los curiosos que ventajosamente colocados presenciaban el largo desfile, y varias las emociones que mutuamente se trasmitían los espectadores de tan imponente y religioso alarde; pero sin duda, las que más nos interesan, se cruzaban en un grupo de caballeros que rodeaban á un señor Coronel, quien parecía merecer de ellos grandes consideraciones.

—No me ha entendido V.,—decía un jóven (con ribetes de *sietemesino*) llamado Alfredo, dirigiendo la palabra á D. Fermin, propietario de Tafalla, que vestía chaqueta y se producía con gran expedición. No es que yo critique el espíritu de sacrificio, que es el del Evangelio, como usted dice. Ni pretendo proclamar esa afirmación *cursi* de que el sol del progreso disipará la virtud de la mortificación.

—Pues, ¿qué otra cosa ha dicho V. que eso mismo?—observó D. Fermin.

—Dispéñeme V.—Lo que yo digo es, que temo que estos pobres labradores obren con celo indiscreto, por rutina, é influidos por las arengas de su Párroco, cediendo á terrores vetustos de santurrones, y á un espíritu de misantrópica, inconsciente austeridad.

—¡Esta sí que es buena!—contestaba riendo Don Fermin. Harto se ve, señor mio, que no conoce V. el carácter del país. Usted gratuita-

mente supone que todos estos *Cruceros* son apáticos y aburridos devotos, escrupulosos como monjas, que hechos unos batuecos, pasan la vida como los niños del limbo sin padecer ni gozar.

—No tanto, pero...

—Pues bien, caballero, desengañese V. y caiga de su burro. Aquí está su correligionario de V., D. Rufino (y señalaba á un viejecillo doblemente verde), que es del país y no me dejará mentir. Pocos pueblos habrá más naturalmente alegres y felices que este, dado que todo legítimo contento nos viene de la religion, y si no, esté V. atento un instante y le presentaré unos cuantos documentos *vivientes*. Desde luego prescindo de autoridades, y ya sabe V. aquello que dice que «al que sabe vencerse á sí mismo, le tiene Dios reservado un maná escondido que ninguno conoce sino el que lo recibe (1).» Y es claro que estos honrados *Cruceros* lo han saboreado ya. Prefiero que mire V. á la procesion, que es mi mejor argumento.

—Pues soy todo ojos.

—La cual le enseña, que si lo cortés no quita á lo valiente, en esta tierra, tampoco lo jovial quita á lo buen cristiano. ¿Ve usted aquel crucero que viene allá, de talla regular, barba rubia, túnica nueva y lustroso calzado? Pues aquel

(1) Apocal. II. 17.

es Javierito Azcona, distinguido jóven de Tafalla, (que no piensa á fe mia en meterse fraile, y que en el último Carnaval, siguiendo la galante costumbre de sus paisanos, arrojó, con admirable tino por cierto, seis arrobas de dulces á los balcones de la que va á ser su mujer.) ¿Ve usted el cuarto de los que detrás siguen, con la cabeza descubierta y el pelo al rape? Llámase Pepe Arteta, y es un jóven médico que no pierde la misa un sólo dia, pero el rato de tertulia lo destina á jugar al tresillo, de que es fanático, y las ganancias á los pobres de la conferencia de San Vicente de Paul. ¿Ve usted aquel más grueso que le sigue descalzo? Es un labrador tan honrado como pudiente, cuya devocion á la Virgen raya en delirio; despertador y director entusiasta de los Rosarios de la Aurora de su pueblo, pero cuyo genio alegre y decididor corre parejas con su temple para organizar una merienda y con su habilidad para guisar un *ajo-arriero* ó un gorrinillo de leche, que cierto no tiene rival en Puente la Reina ni toda su merindad. ¿Ve usted aquel más alto y fornido, cuya sogá casi arrastra? Es el famoso Severino Aldaz, el primer jugador de pelota de estos reinos, que ganó á los franceses vascos el verano pasado tres partidas en San Juan de Luz, y á quien llaman *mano de oro* porque no pierde pelota. En fin,

aquel que ahora llega junto al Sacerdote, es Babil Sagasetta, el carpinterin de Val de Ilzarbe, talento deshecho para la música, que así hace hablar á la guitarra como llorar al cornetin, y á quien han querido contratar con Sarasate para los teatros de la córte; pero que tiene la devocion de no fumar los sábados ni faltar jamas á la Salve que en las Vísperas de sus festividades cantan á la Santísima Virgen en este pais.

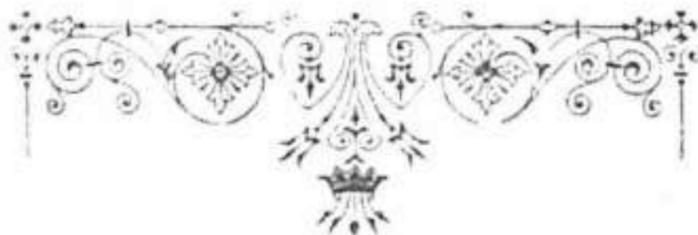
—¡Es curiosísima la enumeracion! D. Fermin,—dijo felicitándole el Coronel.

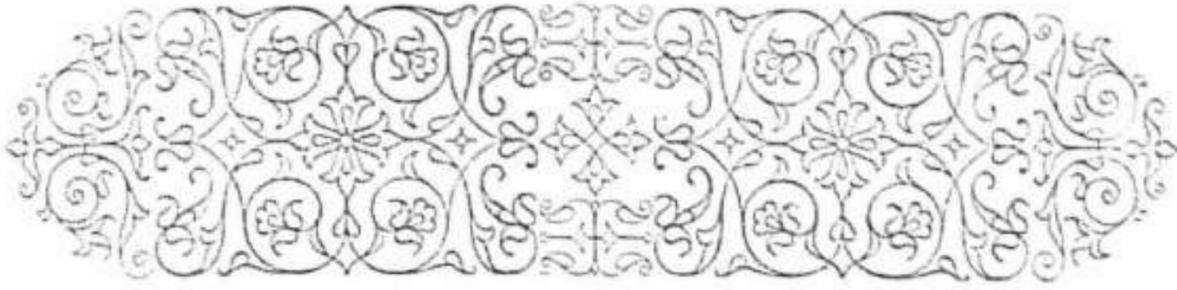
—Y no digo yo,—prosiguió, que el uno sea santo por su galantería, ni el otro por las meriendas, ni el otro por los codillos, sino que á pesar de *eso*, son excelentes cristianos, y que *eso* es su fisonomía, y tambien la válvula de seguridad que les aleja de otras cosas peores, pues no conviene que el arco esté siempre tirante.

En el momento en que Don Fermin acababa de pronunciar estas palabras, todos los circunstantes volvieron repentinamente la cabeza hácia el grupo de mujeres donde se hallaban la madre y la hermana de Juan Eguía. Un grito penetrante, desgarrador, que helaba la sangre en las venas, por lo que tenia de gemido de muerte aunque realmente era aliento de alegría, partió del pecho de la afligida madre, que, medio privada de sentido, cayó en los brazos de su hija.

—¡Mi hijo Juan!—había clamado con indescriptible acento al creer reconocer en uno de los Cruceros á su hijo.

En un principio juzgaron los circunstantes que se había vuelto loca. Y sin embargo, era cierto que el jóven que desfilaba en aquel momento con el rostro pálido que acababa de descubrir, era el mismo Juan Eguía en persona, á quien sus amigos y deudos creían en la Habana.





V



UAL nido de águila colgado en la gigantesca cima de altísima montaña, la basílica de Santa María de Ujué, domina casi todo el reino de Navarra. Asomándose á aquel incomparable mirador, el viajero descubre claramente los montes de Aragon, Castilla y Cataluña, y la cadena pirenaica, cuya última estribacion, es y que se extiende por su parte oriental.

Desde tan sorprendente posicion, la Madre de Dios, á guisa de vigilante centinela, ejerce hace mil años su amoroso patronato sobre numerosos pueblos que hormiguean á sus pies, y que parecen haberse agrupado confiadamente para vivir bajo su celestial égida y proteccion.

No hay habitante en aquella comarca, que no vista el escapulario, y en cuyo pecho no arda una centella de amor á la Virgen de Ujué; ningún trabajador empieza ni concluye su faena en el campo, que no se vuelva con los demás del tajo hácia el popular santuario, y descubriéndose reverentemente, no rece una Salve para implorar el amparo de la Soberana Reina de los Cielos.

Hallábase Ujué en el siglo VIII, legua y media más al sur, pero su traslación fué motivada por la aparición de una imagen de Nuestra Señora en el agujero de la peña que ahora le sirve de nicho, y en la cual construyeron los Reyes de Navarra, desde Iñigo Arista hasta doña Blanca, un magnífico templo á costa de inmensos caudales.

La Virgen tiene una palomita á sus pies, como símbolo de la que, introduciéndose frecuentemente en la concavidad donde yacía la Santa Imagen, movió la curiosidad de un pastor y ocasionó su descubrimiento (1). A juzgar por las relaciones de los Reyes de Navarra en los privilegios concedidos á la villa y á su Iglesia, acudían antiguamente peregrinos de varias comarcas de España, como Valencia, Galicia y

---

(1) El pueblo que se formó, dice el P. Moret, se llamó de Santa Maria de Usua, que en idioma vascongado significa *paloma*.

Aragon, y aun de Francia é Italia. Hoy todos los peregrinos proceden en general de Navarra y de las vecinas cinco villas de Aragon. El rio, llamado tambien Aragon, sirve de límite entre las provincias de Zaragoza y Navarra, y corre á dos leguas de la villa de Ujué.

Las romerías más numerosas en el año son: la de los Cruceros de Tafalla, el domingo siguiente á la festividad de San Márcos Evangelista, en que acuden unas seis mil almas, y la de la fiesta titular, que se celebra el 8 de setiembre y atrae unas cinco mil.

El país, sumamente accidentado y pintoresco, formado de colinas que rodean, y por decirlo así, constituyen la corona que engarza la montaña principal, está poblado de bojés y madroños, y abunda en espliego ó alhucema, salvia, romero y varias plantas aromáticas.

El Alto de la Cruz (1), es el punto de donde

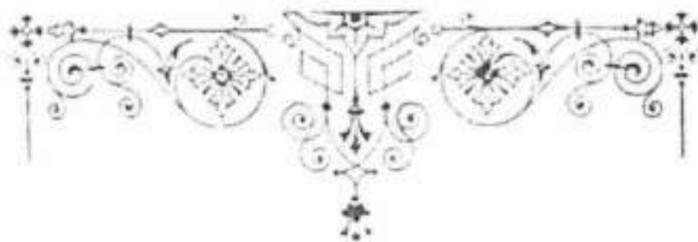
---

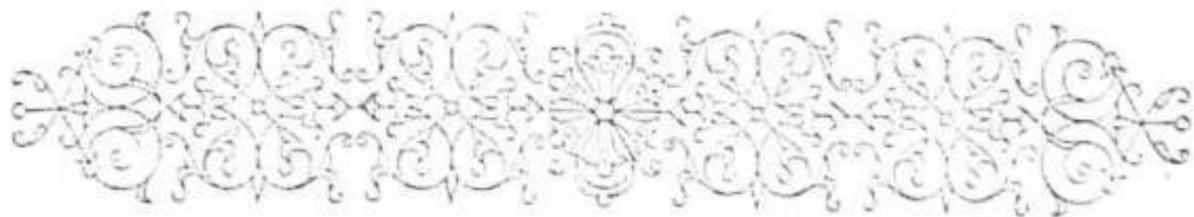
(1) Al lado de la Epístola de la Iglesia, hay una estatua de yeso en amazon de madera, arrodillada, y se dice ser del famoso Gonzalo Burtus, que habiendo cegado, vino á pedir vista á la Virgen, y en efecto, la recobró.

«Despues de algunos dias de penosa marcha, D. Gonzalo, caballero principal de los estados de Castilla, previno á sus servidores que le dieran aviso en el momento que distinguieran el monte sobre que está fundado el templo de la Virgen, lo cual se verificó al llegar al Alto de la Cruz. A este aviso se retrató la alegría en el semblante de D. Gonzalo, que inmediatamente se apeó de su corcel, y sin descanso alguno empezó desde allí á subir de rodillas tan escabroso camino con mucha devocion y confiando hasta llegar á la presencia de la Sagrada imágen

empieza á descubrirse el Santuario viniendo de Tafalla y Olite, y allá es tambien donde los peregrinos que tienen hecho voto de subir la cuesta descalzos, comienzan su difícil ascension, la cual hace sumamente dolorosa la escabrosidad del camino, aun para los sufridos y robustos naturales del país.

de Maria, á la que pidió la vista con viva fe. Pocos momentos despues de orar fervorosamente, abrió los ojos y reconoció en su imagen á Maria su bienhechora y á sus criados, y saltando de regocijo por su inmensa fortuna, invitó á los circunstantes para que le ayudasen á dar gracias á la Santisima Madre de Dios. (Fundacion de Santa Maria de Ujué, por D. José Guillermo Lacunza, prior de dicha Iglesia.)





## VI



ENIA la madre de Juan Eguía un hermano, cura de un pueblo de Castilla, quien al saber el destierro de su sobrino, escribió á un íntimo amigo de la Habana, rogándole hiciese todo cuanto pudiese en favor del desterrado. El tal amigo, que era persona de influencia, contestó al cura inmediatamente, que, «todo lo que podía hacer» era devolverle al sobrino en el próximo vapor de la compañía Lopez, y que así se apresuraba á hacerlo con anuencia del capitán general (1).

Juan, que era muy devoto de la Santísima Virgen, se quedó estupefacto de la manera ver-

(1) Este episodio es histórico, y vive el sujeto que hizo tan precipitado viaje.

daderamente maravillosa con que volvía á Europa, y se acusaba en su interior de haber dudado un momento de tan poderosa Protectora. Y recordando que su desembarco le permitía justamente llegar á la peregrinacion de los *Cruceros*, á que tantas veces habia por devocion asistido, juzgó ser esta casualidad providencial y que complacería á la Santísima Vírgen honrándola con aquella manifestacion de su gratitud.

Una dificultad se oponia á la realizacion de este proyecto. Su protector, al despedirle en la Habana, le habia recomendado no fuese á residir por algun tiempo en Navarra, á ménos de contar con una proteccion valiosa cerca de la autoridad militar. Su carácter fogoso, no obstante, la zanjó resolviendo realizar una por una la peregrinacion, hacer á la vuelta una breve visita á su pueblo para sorprender á su madre y hermana, y marcharse luégo á Madrid, ó en todo caso á Francia, si las circunstancias impusieran la expatriacion.

A su vez doña Dolores, recordando dulcemente en medio de la afliccion que le ocasionaba la expatriacion de su hijo, la devocion de este á la romería de Ujué, habia resuelto reemplazar aquel año á Juan, y pedir á la Reina de las Misericordias con todas las veras de su corazon, que se apiadase de la madre y del hijo,

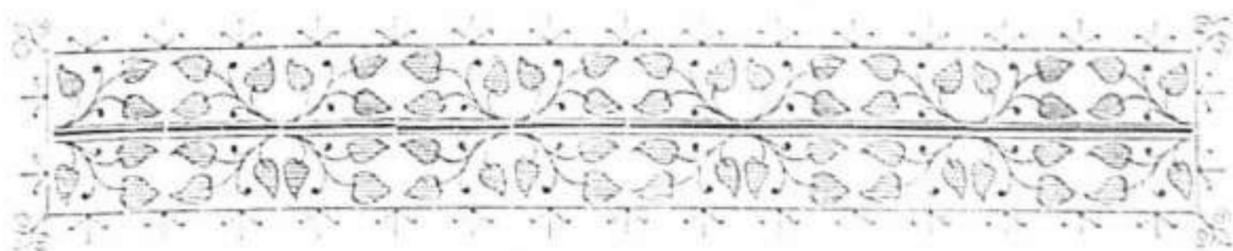
y en memoria de lo que ella habia sufrido cuando perdió á Jesus, se dignase poner fin á aquella terrible separacion.

El lector sabe por qué manera tan inesperada y maravillosa ambos se habian encontrado en el Alto de la Cruz. Juan Eguía, enterado de la presencia de su madre y tranquilizado acerca de su salud, quiso seguir realizando aquella penosa subida con tanta mayor generosidad, cuanto que en tan raro encuentro veia otra nueva prenda de la celestial proteccion.

Cuando acabada la funcion religiosa, que fué solemne y digna de aquel fervoroso pueblo, la madre corrió á precipitarse en los brazos de su hijo, las lágrimas corrieron por más de un semblante y una frenética salva de aplausos vino á anunciar la parte que los circunstantes tomaban en la vuelta del desterrado y en aquella tierna escena de familia.

Muchos amigos de Juan Eguía que no podian soñar con tan novelesco regreso, corrieron igualmente á estrecharle, y no de los últimos el buen D. Fermin. Juan, que por un sentimiento de filial delicadeza, ocultaba á su madre en aquellos primeros momentos la dura necesidad en que se veia de separarse pronto de su lado, se desahogó con Don Fermin, con quien le unian lazos de simpatía y cordial fraternidad.





## VII



CONVIENEN los cronistas en afirmar, que una de las escenas más animadas, pintorescas y características de esta romería, es sin duda la campestre refeccion que sucede á la manifestacion religiosa, y en la cual reinan una templanza envidiable y la armonía más fraternal.

Divididos en grupos se hallaban, en efecto, nuestros peregrinos, tendidos en la verde alfombra, sombreados por los frescos árboles, abanicados por la brisa embalsamada, embelesados con numerosos diálogos que sazonaban la franca sonrisa y la jovial cordialidad.

—¿Sabe, señores?

—Más que un maestro. Haciendo por la vida.

—¡Bien lo han ganado! Cristiano, ¡qué pedazo de cruz la que llevaba usted! Ganas me han dado de ponerme de Cireneo.

—Calle usted, hombre, que mucho más pesan nuestros pecados.

—Bien está que usted lo diga, pero otros tenemos más y no lo lloramos tanto.

—¡Bah! Si se ganara el cielo solo acarreando peso, el ferrocarril lo ganaría sin tocar pared.

—Diga usted mejor, sin tocar purgatorio.

—Así es. Lo malo es que uno tiene el genio vivo y á lo mejor lo echa todo á rodar.

—Mucho lleva usted adelantado en conocerlo y lamentarlo. ¡Cuántos hay que son malos de remate y que se emperran en serlo!

—¡El Señor les abra los ojos! En cambio he visto yo un señor con gaban y todo, que venia desde Tafalla cargado con la cruz, y que se ha quitado al subir las botas *lustreadas*. ¡Que un *destripa terrones* como yo lo haga, santo y bueno, pero que lo haga todo un señor!

—¡Sí que choca!

—Vamos, si no me hubiera dado cortedad, le hubiera dicho: «Caballero, eche usted esos cinco, que usted es hombre de calidá.» Y ¡qué *juerzas* tenia!

—¡Aún te se ofrecerá ocasion de verle y de convidarle con la bota!

—¡Quiá, hombre! ¡A todo un señor!

—Chico, regla general. Los que no se avergüenzan de Dios, no se avergüenzan tampoco de los *probes*.

En otro grupo decían:

—¿Hay apetito, vecina?

—Gracias á Dios, no falta. Figúrese usted que mi marido y mis chicos se han comido ya *á cada* (1) tortilla con escabeche y cerca de medio cabrito.

—¿Ha visto usted qué procesion la de este año? Nada le ha faltado para parecerse á la del Calvario. Hasta el encuentro de la madre con el hijo, salvo la comparanza.

—¡Lástima de muchacho! ¡Haber estado en presidio!

—Hija ¿qué tiene de particular? Los hombres van á galeras, como dice el dicho, que no tienen de ir las monjas. ¡Cuando no es por nada malo!...

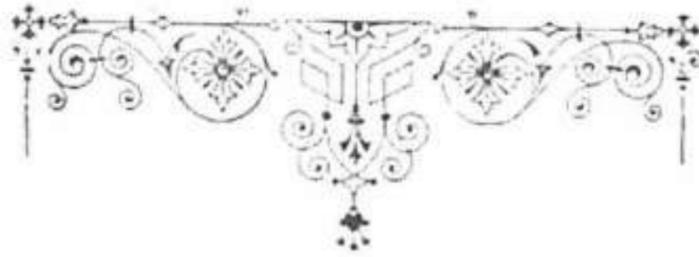
—Yo no sé cómo él se fía de venir tan pronto por aquí, habiendo tanta tropa; al fin y al cabo, los valientes y el buen vino suelen durar poco...

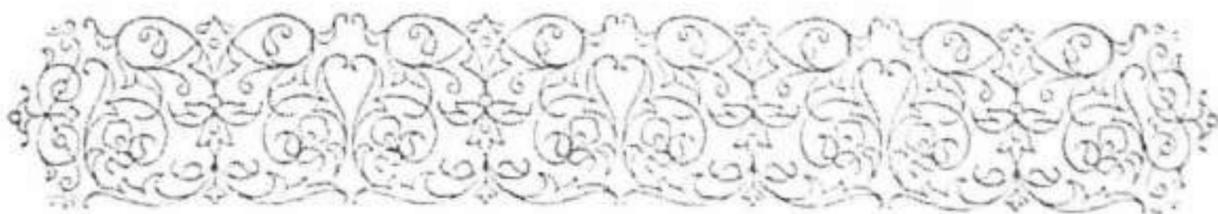
—Y él dicen que es sereno si los hay. Cuen-

(1) Esta locucion es muy antigua en Navarra. En el testamento de doña Blanca (1439) se halla tres veces. Por él deja tres lámparas de *cada* cuatro marcos para el altar mayor de Santa María de Ujué.

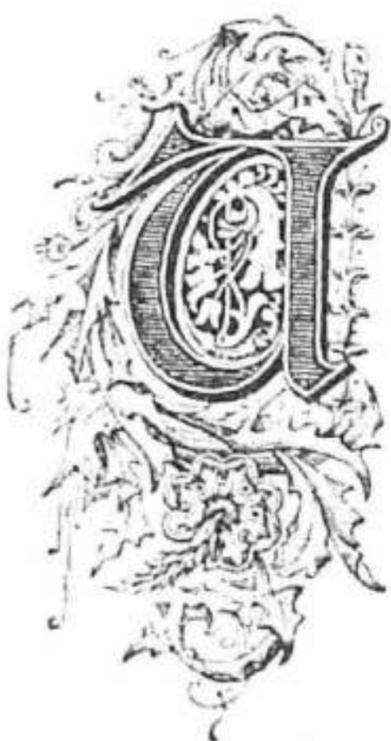
tan que cuando le cogieron, creyeron los suyos que lo matarían, él muy campante los consolaba con esta copla:

Quien perdió por Dios la vida,  
No podrá jamás perder  
El soberano placer  
De verla tan bien perdida.





## VIII



UNA intriga maquiavélica estaba á punto de urdirse, en tanto, en el mejor parador de Ujué. Durante la comida, el jóven empleado Alfredo, y el vejete D. Rufino, escribano intrigan-tuelo, taimado y socarron de la Borunda, habian intentado repetidas veces arrancar al coronel Montero una palabra en daño de Juan de Eguía. ¡Cuánto placer hubieran tenido en el arresto de Juan!

Calificándole con los apodos de cabecilla, faccioso, rebelde á las ideas del Gobierno, y por ende fusilable, encomiaban la urgencia de cortar cuatro docenas de cabezas, á la par que blasonaban de religiosos sin exageracion.

Harto ya de oírlos, el coronel les cerró la boca con la siguiente declaración:

—Respeto en ustedes la libertad que como paisanos gozan de vilipendiar á un valiente á quien la suerte de las armas ha sido adversa. Yo, que soy militar, y que como hombre de acción debo desdeñar la vana palabrería, me limito á compadecerle y á lamentar que aquellos que ven los toros desde la barrera y nunca se baten, sean siempre los más sanguinarios azuzadores, los pregoneros de represalias, los que convierten la lucha en infierno fratricida, donde no hay lugar al perdón.

Don Fermin, que conociendo el temple del militar había guardado silencio, dió á éste las gracias con una rápida mirada. Ya para entonces, y cediendo á los impulsos de un corazón buenísimo, que sólo gozaba en hacer bien, don Fermin había invitado á tomar café con el coronel, á Juan Eguía, de cuyas prendas había hecho formar á aquél una ventajosa opinión.

Cuando llegó Juan (que había dejado á su madre y hermana rezando ante el altar de la Virgen), el coronel Montero, después de las ordinarias saluciones, quiso hablarle aparte, y al efecto se retiró con él á una habitación contigua.

Don Fermin, aprovechando la coyuntura, preguntó al niño y al viejo:

—¿Hace mucho tiempo que conocen ustedes al coronel Montero?

—Yo,—dijo D. Rufino, asomando sobre los espejuelos sus ojillos de fuina, sólo le conocía de oídas hasta ayer que, viniendo de Pamplona, me lo encontré en el vagon. ¡Se conoce que tiene malas pulgas!

—Yo,—replicó Alfremito, no más que de vista, porque me lo enseñaron en la Taconera de Pamplona. Parece un ordenancista.

—¡Es todo un hombre de honor! Ya se echa de ver que ustedes no le conocían. Yo le trato hace algunos años y bendigo al cielo que me lo hizo conocer. La primera vez que le ví fué como alojado en mi casa de Tafalla. Mi mujer y mis niñas hicieron con él lo que con todos los alojados, invitarle á la mesa y subsanar el servicio harto defectuoso de los asistentes y ordenanzas. Él, que es todo un caballero, quedó prendado de mi casa, y al despedirse no sabia cómo manifestar su gratitud. Más de diez veces que pasó su batallon por Tafalla, vino siempre, diciendo que no queria conocer otra posada ni otros patrones, pues en ninguna parte habia de encontrar más cariño y mejor voluntad. Yo salia ganando con la sombra que nos hacia, pues estando tildado de reaccionario, y teniendo contra mí á casi todo el Ayuntamiento, él denodada-

mente me defendía y me libraba de no pocos desafueros. Para abreviar contaré un sólo caso. Cierta día en que yo faltaba, el tabernero vecino, por no sé qué batalla, vociferaba insolencias debajo de mis balcones, mientras mi mujer é hijas yacian muertas de miedo. Oyelo el coronel, sale indignado al balcon, pone de chupa de dómine al deslenguado, y avísale con entereza que él se encarga de meterle en cintura si en lugar de ladrar, como mastin que es, á los bribones de su taberna, sigue molestando con sus graznidos á la gente más honrada de la poblacion. ¿Qué les parece á ustedes? Nosotros le mirábamos con tanta ley como á uno de la familia (1).

Durante este relato, con que D. Fermin triunfaba finamente de sus interlocutores, éstos tascaban el freno, mordian el cigarro, y esperaban que pasara el chubasco.

El cual, no acabó tan presto, porque el coronel salió llevando á Juan Eguía de la mano y exclamó:

—Les presento á ustedes á mi bienhechor D. Juan Eguía.

—¿Su bienhechor?

—Sí, señores. El señor acaba de recordarme

(1) El tal coronel existe y nosotros lo copiamos del natural.

una hazaña que yo tenía casi del todo olvidada, pues siempre ignoré á quién se la debía agradecer. Una tarde al anochecer, siendo yo comandante, volvía yo de dar un paseo por el portal Nuevo de Pamplona, cuando fuí detenido por dos carlistas. Estos, rogándome les dispensase por haberse equivocado, me dejaron volver tranquilo á mi casa.

—Buscábamos á un miliciano que nos provocaba todos los días desde la muralla, añadió Juan.

—«Arrieros somos,—me dijeron al separarse, y en el camino nos podemos encontrar.»

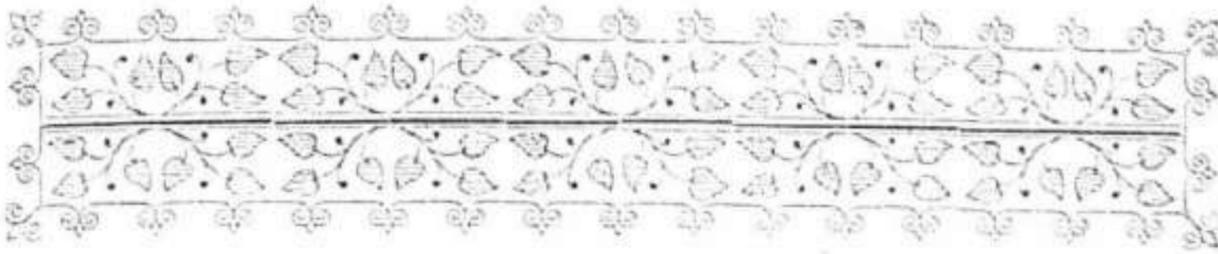
—¡Qué profecía!—exclamó D. Fermin. ¡Bravo, Juan!

—No había mérito en ello,—repuso éste, tratando de aminorar su buena acción. Matar á un hombre indefenso, era indigno de valientes, y cogerle prisionero, algo difícil donde nos encontrábamos.

—Y ahora,—concluyó el coronel dirigiéndose á D. Fermin, corre de mi cuenta este caballero, y procurar que no se pierda la semilla de los valientes.







## IX



DESPUES de haber dado la vuelta al pueblo de Ujué con increíble seriedad para anunciar el espectáculo que iba á verificarse, los doce mejores mozos, adornados de sendos pañuelos de seda en la cabeza, ejecutaron en medio de la plaza, ante las autoridades eclesiástica y municipal, el famoso *paloteado*, tan celebrado en aquel país.

Luégo tuvo lugar el baile. Los muchachos sacando unos pañuelos de seda en cuyo centro echaban un nudo, daban una punta á su pareja, y así, sin tomarse las manos, inauguraban la honesta danza con una cadena general. La primera pareja, formando en seguida arco con su respectivo pañuelo, dejaba pasar á las de-

más, quedándose de última y repitiéndose esta figura cierto número de veces. Por último, puestos los mozos en fila y en otra frente á ellos sus correspondientes parejas, continuaba el bailoteo á distancia (segun se hace en el país vasco y en Aragon), al son de las gaitas y tamboril.

Con ser tan pintoresco el espectáculo anterior, no era sin embargo el que atraia más curiosos. Entre los aragoneses que habian acudido de la provincia vecina, habia un mozo llamado Meliton, tipo castizo que viajaba con su guitarra, y era nativo de Egea de los Caballeros. El que haya contemplado alguna vez el original cuadro de Dannat que representa al aragonés de Cinco Villas, de calzon corto, media azul, chaleco abrochado y en mangas de camisa, con el botijo en ristre, los pies separados, el cuerpo ceñido de la ancha faja, hácia adelante, la geta al aire, y bebiendo al chorrillo, conoce á nuestro Meliton. Era el ejemplar nómada, con su candor, su honradez y su tosquedad auténticas y nativas.

Meliton, pues, rasgueando la jota y pegando con el pulgar en la caja, tañía para la gente de su tierra. Y en una tonada legítima del país, no comprendida por cierto entre las variaciones de la jota por Lahoz, y que Gortschack no tuvo

sin duda la suerte de oír; cantaba, no sin cierta galantería:

El cielo de la Navarra  
Está pintado de azul;  
Por eso las navarritas  
Tienen la sal de Jesús.

Un mozo de la Ribera, de pantalón y chaleco de pana, alpargatas y boina, que por allá cerca templaba su guitarrillo, quiso con el humor zumbón, propio de su raza, buscar las cosquillas al aragonés y cantó:

De los señores de Egea,  
Navarritas, no os fieis,  
Que en Egea hay caballeros  
Que llevan medias sin pie.

El buen Meliton, que sintió el dardo, recogió la alusión en la siguiente copla, gritada con voz formidable que á reto sonaba:

Soy aragonés, señores,  
Que mi tierra no la niego;  
Y aunque nací en Aragón  
Por una Navarra muero.

El navarro volvió á la carga, y cantó con sorna.

Pícaros aragoneses,  
¿Qué venís á Ujué á buscar  
Dejando al Cristo en la Seo  
Y á la Virgen del Pilar?

El aragonés entonces, exasperado y lim-

piándose la boca con el revés de la mano, atronó cantando esta copla en son de desquite:

Antes de morir la Virgen  
No *jué* á ver tierra *denguna*,  
Que solo *jué* á Zaragoza  
Donde plantó su *coluna*.

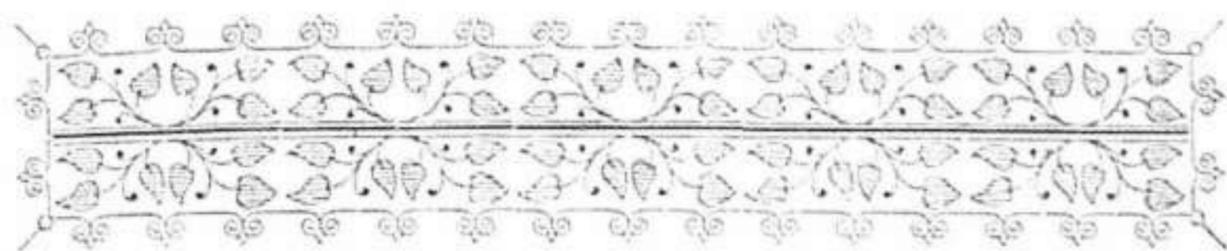
El del guitarrillo, á quien divertia el coraje de Meliton, soltó esta otra:

Al irse á Aragon la Virgen  
Dejó en Navarra á su madre (1),  
Que no hay rincon en la tierra  
Donde más de veras se ame.

La gente oia con frenesí (que todos somos inclinados á reir á costa del prójimo), y aplaudia sucesivamente á ambos trovadores; pero la hora de la vuelta de los *Cruceros* sonó, y cesó aquella interesante justa que no tenia trazas de acabar.

(1) Para comprender la copla hay que saber que Santa Ana es la Patrona de Tudela de Navarra, y que la devocion de los tudelanos á su Patrona, corre parejas por lo vehemente con la de los zaragozanos á la Virgen del Pilar.





## X



UANDO los *Cruceros* volvieron á pasar por el alto de la Cruz, la *cieguetica* de Aibar cantaba á petición de las personas caritativas una relacion en el mismo tono plañidero, pero describiendo otra procesion distinta que la anterior, es decir, la de los doce *Apóstoles*. Al dia siguiente era el primero de mayo, dia en que justamente tiene lugar esta poética y singular romería. He aquí la relacion:

La primer noche de mayo  
Cuando las doce avecinan,  
Doce Apóstoles invaden  
El alcázar de María.

En negra túnica envueltos  
A honrar su Dama caminan,  
Que amor sus pechos enciende,

Y es discrecion su divisa.

De la Caridad imágen  
Es su linterna encendida,  
De la Fe su recio báculo,  
Del Mundo la noche fria.

En misterioso silencio,  
Entre tinieblas tupidas,  
De Ujué por la incierta senda  
Un Sacerdote los guía.

A veces repite el céfiro  
Un devoto ¡Ave María!  
Que en demanda de socorro  
El peregrino suspira.

Ante la Virgen de Usúa  
Al salir el sol se inclinan,  
Y con el Pan de los Angeles  
Devotos se fortifican.

Allá los rostros descubren  
Ante su Reina divina,  
Y su amparo para el viaje  
Le piden de aquesta vida.

Animosos y en silencio  
De vuelta de Ujué caminan,  
Y Tafalla entrar descalzos  
Los ve á las doce del dia (1). Amen.

(1) Los individuos que ingresan en esta hermandad, se imponen la obligacion de hacer la anterior indicada romeria á la Virgen de Ujué durante diez años, pasados los cuales quedan jubilados, y son cubiertas sus vacantes por los inscritos que se hallan en turno. Fué fundada hace trescientos años próximamente. (Glorias Navarras, por D. José Nadal Gurrea.)

Otra romeria, compuesta de 33 cruceros, se hace en Semana Santa, desde San Martin de Unx, en reverencia de los años que vivió Cristo, y otra, en fin, del Pueyo, tambien con cruces, el dia segundo de Pascua de Pentecostés.

—¡Bonita está la copla!—exclamó el tío Ramon el de Caparroso, arreando á la *Secretaria*,—pero le farta lo mejor.

—Pues ¿qué falta?—preguntó Angela, cuya madre iba ahora harto más animosa.

—Que los *Apóstoles*, cuando bajan la cuesta, —contestó aquel, se paran á almorzar en el Corral del Cariño.

—Eso por sabido se calla, que no habian de *irsen* sin desayunar, dijo el labrador de Falces.

—Y harto lo merecen los *pobrecicos*,—añadió su mujer, que andan ocho leguas en doce horas.

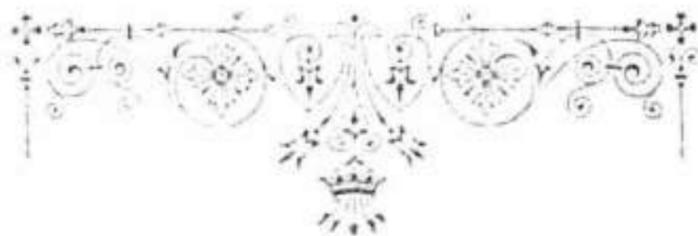
Algunas despues de estos sucesos, el Coronel Montero, cumpliendo delicadamente su palabra, comunicaba á Juan Eguía un telegrama del Capitan general de Navarra, autorizándole á residir y circular libremente en el territorio de su mando.

Y como Juan se dispusiese á darle las gracias:

—No insista usted, amigo mio,—le dijo campechanamente. Yo me casé con una paisana de usted, que sin predicarme más que con el ejemplo, me enseñó á hacer bien por Dios. Hacerlo á un desconocido sería siempre una satisfaccion; hacerlo á usted, que es un acreedor, es además un deber. Favor por favor, se-

ñor D. Juan, y vea usted en qué puedo servirle, que en ello tendré un verdadero placer.

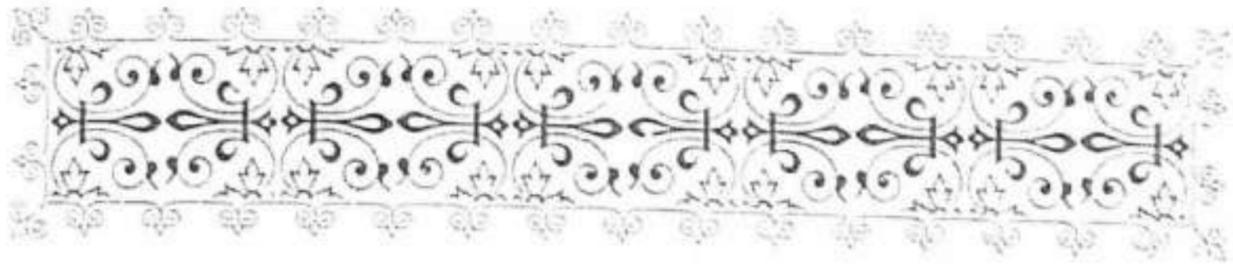
Ni á Juan, ni á su madre y hermana, les quitó, sin embargo, nadie de la cabeza, que el Coronel, tan humano y caballero, habia sido un instrumento providencial de que la Santísima Virgen se habia valido para ampararlos como amorosísima Madre que es de afligidos.



PEPE BRONCE

SIMPLE HISTORIA.





I (1)



A Felipa y la Simona son dos muchachas hacendosas y cristianas, que no tienen más tacha que la lengua un poquito larga, y saber cortar sin patron ni tijeras vestidos y levitas á la más buena moza y al más pintado galan.

Como ha hecho tanto calorazo durante el dia, no acaban de dejar el fresco de la ventana, desde la cual hablan como cotorritas al tenor siguiente:

—Hija, ¡qué funcion la de las flores de mayo!

(1) Este cuadro es histórico en efecto, habiéndonos parecido la verdad tan hermosa, que no nos hemos atrevido á vestirla demasiado. Por esto, tememos que sus paisanos han de reconocer inmediatamente á Pepe Bronce. Si así es, que pidan á Dios le dé la perseverancia y no le deje de su santísima mano.

—¡Como era el último día! ¡En jamás *vide* más señorío en la iglesia!

—¡Estaba aquel altar mayor que parecía una ascua de oro!

—¡Con aquella Virgen del amor hermoso que *da la hora*, vestida de tisú!

—¡Qué de sobrefaldas y de abanicos de encaje!

—Y cuánto reloj de señora, y cuánto sombrero *Niniche*, como dice mi señorita.

—¡Y al fin no ha habido jarana!

—¡Hija, habladurías! Esos masones no saben lo que hacer por asustar á la gente.

—*Lo cual*, que el amo mayor no quería que saliéramos de casa.

—Pues *ello*, no ha quedado por gana, porque yo he oído decir que estaba en la iglesia... no lo acertarias. ¡El señor Pepe *el Bronce*!

—No sería él, mujer. Si dicen que está á matar con la Iglesia y los curas, como el diablo con la cruz.

—Pues *velay*, por eso ha chocado tanto el verlo.

—Entónces, ciertos son los toros. Estaría para dar la señal á esos perdularios.

—Eso dicen, yo me alegro de no haberle visto, porque sus ojos me dan miedo.

—Con aquella cara de oso parece una figura

arrancada de un tapiz. ¿Por qué le llamarán *el Bronce*?

—Mujer, porque es el jefe de la gente del bronce, y tiene muchos fieros y no se le pone nada por delante.

—Eso sí, á atrevido y desvergonzado no hay quien le gane. Trayendo yo un dia de la fuente el cántaro á la cabeza, vino á hacerme arrumacos, y yo le dije que si no se quitaba de delante le daba un bofeton de cuello vuelto. ¡El demonio del hombre!

—Ese, detrás de una escoba con sayas es capaz de correr...

—Pues no digamos nada de la lengua que tiene. ¡Aterra el oírle!

—¡Tambien creo que es amigo del libro de las cuarenta! ¡Vamos, un tahir!

—Toma, y por añadidura *poste* de café, que no sale de allí de dia ni de noche.

—En fin, chica, que no tiene el diablo por donde cogerle.

—Como que es el jefe de la gente *del bronce*.

Se necesita desfachatez para atreverse hasta con la Virgen Santísima. Porque á eso iba, á armar bulla...

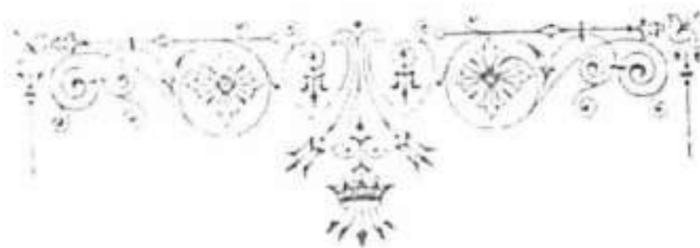
—Lo que se necesita es estar dejado de la mano de Dios. Pero la Virgen no ha querido y

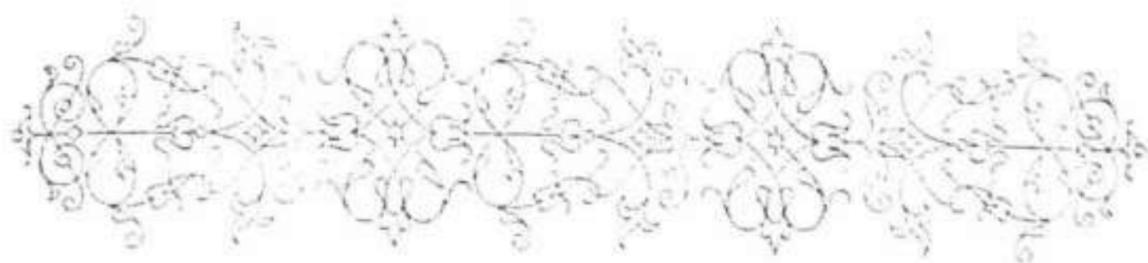
todo ha estado muy bien. Por cierto, que la despedida que han cantado es preciosa.

—Vaya, chica, adios, que el sereno canta las once.

—Hasta mañana.

De tu divino rostro  
La belleza al dejar,  
Permíteme que vuelva  
Tus plantas á besar.





## II



Es mucha sangre la que se gasta entre los Pirineos y Gibraltar! Abundan los españoles que llevan alquitrán en sus venas, con un genio *pronto* como una descarga, *caliente* como el vino del propio cosechero, y *fuerte* como las guindillitas de la tierra, que arrancan la campanilla y hacen saltar la lágrima.

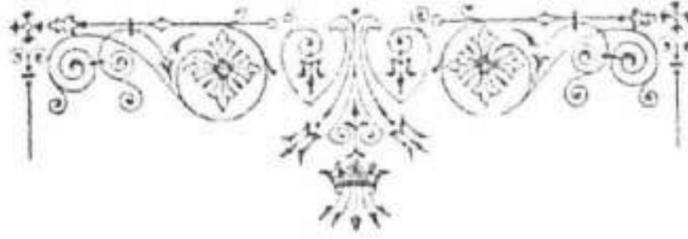
A la categoría de los más sulfurables pertenecía indudablemente el señor Pepe *el Bronce*. Era valiente de raza, audaz por temperamento, cabeza de motin por vocacion, forzado por naturaleza, exaltado por tendencia política, pendenciero por mala costumbre y libertino por deplorable educacion. Los adversarios le temian,

los indiferentes le admiraban, sus correligionarios le respetaban y obedecían, y además se complacían en contar sus épicas hazañas. Una de ellas era el haberse batido de noche en una calle llevando sólo un palo contra una banda de mozos armados, al intento de impedir que diesen cencerrada á cierto amigo que imploró su protección. Pepe barrió la calle de importunos, impidió la algarada y quedó dueño del campo sembrado de peroles, cencerros y latas de pimientos.

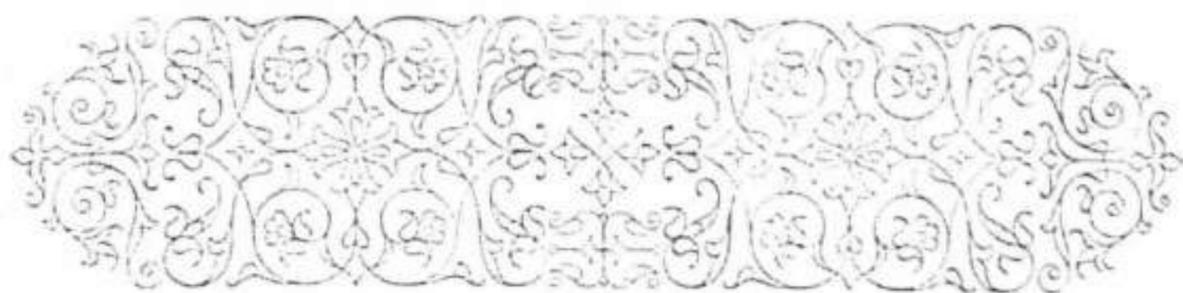
Cuando se dió á conocer como denigrador y martillo de Curas y devotos, la gente de vida airada se derretía de gusto, palmoteaba de gozo, y por aclamación le declararon amigo del progreso, caudillo del gremio del bronce y capitán de la pandilla avanzada que á todas horas hablaba de *autonomía y civilización*.

En medio de todos sus defectos, sin embargo, el señor Pepe poseía una virtud no rara en los valientes, y era un acendrado amor á la justicia. Cuando él veía la razón por un lado, no había poder humano que le hiciera torcer el camino que á ella conducía. Era enemigo del bien, mas éralo de buena fe, por error de entendimiento, y esta circunstancia justamente daba más tenacidad á su bravura y más gravedad á la situación. En suma, pertenecía á esa raza de

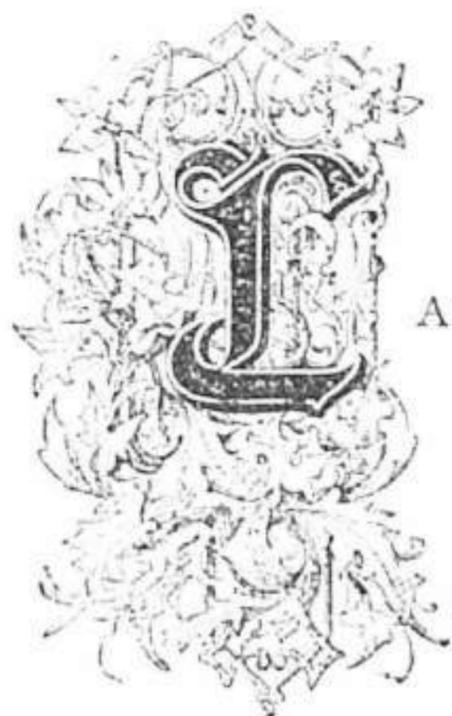
hombres de temple, que educados en el bien son apóstoles, pero que cayendo del lado del mal, son temibles como demonios. En cambio los que le seguían era gente tan viciosa como baladí, que medraban y satisfacían sus malas pasiones al amparo de su valor; así es que de la banda del bronce de que vamos hablando se decía públicamente que tenía pies y cabeza, pero que la cabeza era el *Bronce* y los demás eran los pies para echar á correr.







### III



A tarde del 31 de mayo, segun va insinuado, Pepe el Bronce asistió á la funcion de las flores, no llevado seguramente por ninguna idea de devocion. Apenas le vieron, cuantos le conocian supusieron que, ó iba á provocar un conflicto, ó á burlarse de la ceremonia, ó por otro fin *non sancto*. Este juicio prueba lo bien sentada que nuestro héroe tenia su fama de ciudadano de la cáscara amarga.

Y sin embargo, nosotros que sabemos toda la verdad, podemos asegurar que una casualidad providencial le llevaba á su pesar. Pasaba por la puerta de la iglesia con un pariente, y como

lloviese récio, éste habia propuesto asistir á las flores para hacer tiempo.

Y á la manera que San Pablo fué derribado del caballo en el camino de Damasco, por un golpe de lo alto, aquel templo y aquella hora eran los elegidos por la Reina de Misericordia para reducir al buen camino á aquel escandaloso pecador. Empezó este á oir el sermón con aburrimento y soñolencia, mordió el anzuelo de la gracia y siguió escuchando con curiosidad é interés, sintió luégo una conmocion profunda seguida de sincera contricion, y al acabar la plática, que fué una hermosa paráfrasis de la *Salve*, cambiado en otro Saulo, ya miraba la virtud con dulce simpatía, á Dios con doloroso arrepentimiento y á su pasado con confusion y horror. Duro, ejecutivo y valeroso contra sí mismo como lo era contra los demás enemigos, salió del templo firmemente resuelto á mudar de vida desde aquel mismo momento.

Y en efecto, llegado que hubo á casa (¡oh maravilla de la gracia y fecundidad de nuestro pueblo para el bien!) poniendo en ejecucion el propósito que en su corazon revolvía, encendió una vela de á libra, postróse reverentemente de rodillas ante un cuadro de la Santísima Vírgen, y decidió no levantarse de allá hasta que la vela se consumiese completamente.

Apenas cumplida esta generosa penitencia, fuése á una iglesia, con el nuevo propósito de confesarse con el primer Sacerdote que saliera, y de hacerle su confesor para lo sucesivo. Cumplió igualmente en todas sus partes esta resolución, é hizo confesion general de los catorce años de vida desarreglada.

Luégo, como público testimonio y valerosa manifestacion de que en adelante estaba decidido á adorar al Dios que tanto habia ofendido, y á quemar los ídolos que hasta entónces habia adorado, asistió con su esposa é hijos á una solemne misa, en la cual toda la familia recibió la sagrada Comunion.

Renunciamos á escribir las lágrimas y alegría de su esposa, que durante muchos años habia pedido á la Santísima Vírgen aquella conversion suspirada, y dejamos adivinar la emocion profunda que entre buenos y malos produjo tan inexperada transformacion.

Más maravillosa todavía, sin embargo, que la mudanza, fué la mansedumbre heróica con que aquel leon, acostumbrado á reinar sobre sus enemigos, logró (ayudado indudablemente de abundantísima gracia) contener su encendida sangre, y pasar de largo devorando coraje delante de sus antiguos camaradas, que le motejaban de *loco, hipócrita, beato y santurron*.

No faltaron tampoco antiguas y funestas amigas que pusieron á prueba su firmeza. Pero, como decimos, la gracia sobreabundó donde habia abundado la culpa, y merced á esto pudo aquel salir triunfante de tan diabólicas emboscadas.

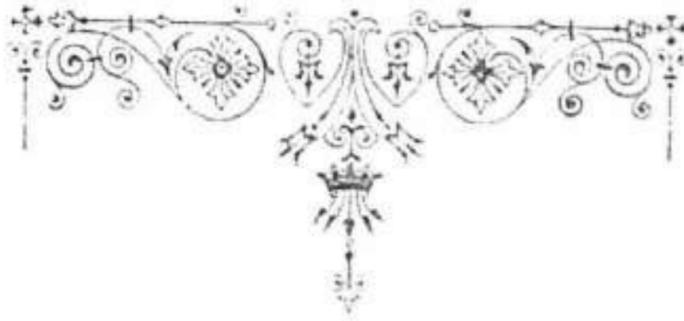
Dios quiso por lo mismo premiar su generosidad y colmarle de favores. Y para que más de cerca se reprodujese el caso de San Pablo, nuestro héroe, tan alejado ántes de Cristo y de su iglesia, vino á tanta devocion y frecuencia tal de sacramentos, que se pasaba postrado ante los altares mucho tiempo, meditando sus miserias y las divinas misericordias, de rodillas, abismado, consolado y olvidado del mundo, hasta que una vez incorporado, echaba de ver en la fatiga de los miembros las horas enteras que habian blandamente transcurrido.

El Sr. Pepe el Bronce es vecino de una de nuestras más populosas ciudades, (aunque no lleva ese nombre que nosotros le hemos mudado con otros pormenores, por justos miramientos), y vive como cristiano piadosísimo y hace vida ejemplar. Si este papel llega á caer en sus manos, al Señor le pedimos que le defienda de una estéril vanagloria, pues no escribimos en su elogio, sino en alabanza de la Bendita Madre de Dios, que hizo el milagro,

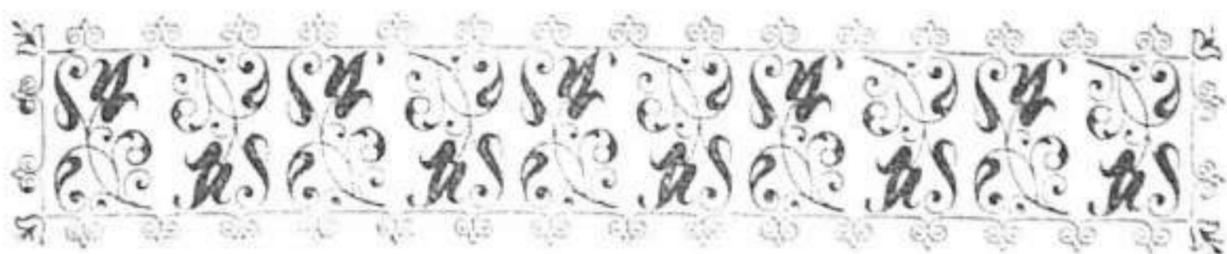
---

y tambien para gloria divina y general edificacion.

Y es de advertir que hoy le hierve la sangre con más calor todavía contra los enemigos de la Iglesia, que ántes en ódio de los Sacerdotes y los católicos.







#### IV



L epílogo de esta historia tuvo lugar en un cafetucho entre dos tipos:

—¡Mozo!—gritó azotando sus huesudas palmas uno de ellos, que era un *barbian* achu-

lado, con botinas respunteadas de verde y que se morían de risa por lo viejas.

—¿Qué va á ser, caballeros?—dijo el mozo limpiando, por limpiar, la mesa con el paño.

—Yo, una chica de cerveza con chico de limon,—exclamó aquel, *pa* refrescar la sangre, que la tengo *envenená*.

—Pues yo,—dijo su compañero, que era un cabo de serenos que parecía conservar algo más su serenidad, una media *tostá*, *pa* celebrar la que nos ha jugado el *Bronce*.

—Una buena paliza le debíamos dar á ese...

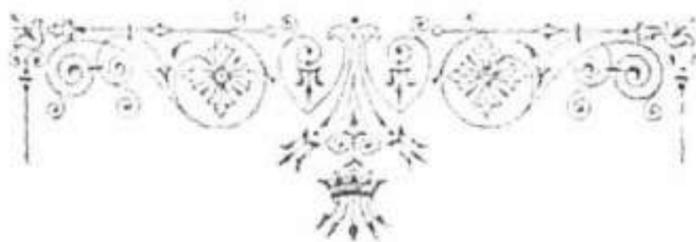
—Ten la lengua, chavó, y si eres hombre, dános ejemplo y ve tu delante á propinársela.

—¡Me quemo! ¡Fíate de los hombres! ¡Traidor!

—No desbarres, que Pepe Bronce, á todo el mundo le consta, es leal hasta morir, y no de los que vuelven la casaca por parnés. Sino que él acaba, como dije yo siempre que acabaria, haciendo una muerte.

—Pues ¿á quién ha matado?

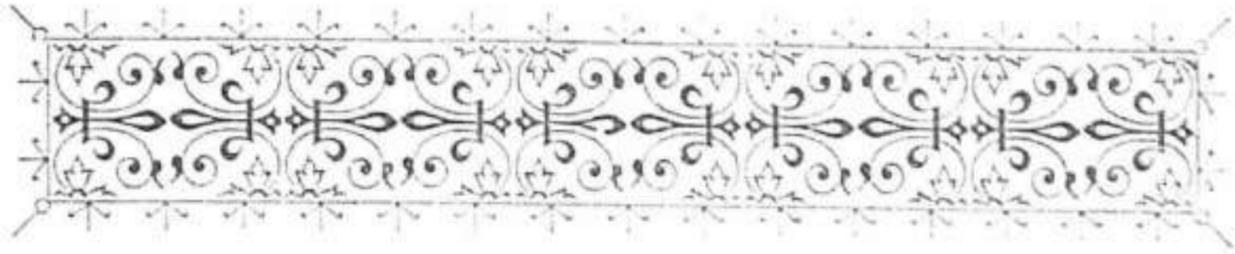
—Al respeto humano.



# LA PASCUA EN TARAVILLA

CUENTO PROVENZAL





UEBLO, en verdad, protervo y perdulario si los hay, el pueblo de Taravilla! A creer á los habitantes de los pueblos vecinos (y tal vez lo dirian por celos ó mala voluntad), todos los de Taravilla podian arder en un candil, como se dice, todos eran de la cáscara amarga, y quién más, quién ménos, era por oficio ó tenia sus puntas de contrabandista, matutero, jugador de fortuna, vista de aduanas *cegato*, arriero de cuenta, tratante en bestias mayores, curial jubilado ó paseante sin rentas conocidas. Casi todos al parecer vivian de trapisonda, gastaban y triunfaban de lo lindo, eran alegres de cascos, muy *hormiguitas de su casa*, y tan ocupados, que ja-

más ponían el pie en la iglesia de miedo que se les cayera encima.

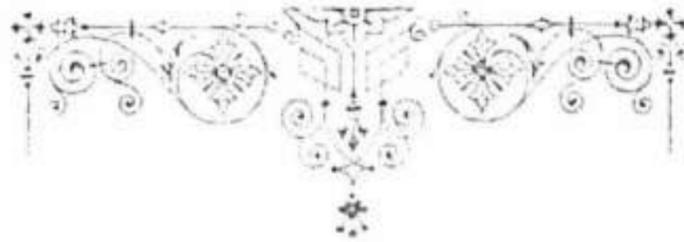
—«Es pueblo fronterizo y basta» exclamaban muchos para explicar la ligereza de los de Taravilla.

Al pobre D. Martin, excelente Ecónomo de Taravilla (tan excelente y tan económico, que ayunaba rigurosamente todo el año; ignórase si por pura penitencia ó de pícara necesidad), lo tenían comparado aquellos bolonios, por lo bueno y celoso, al Cura de Valbuena, que, según es fama, se murió de sentir penas ajenas.

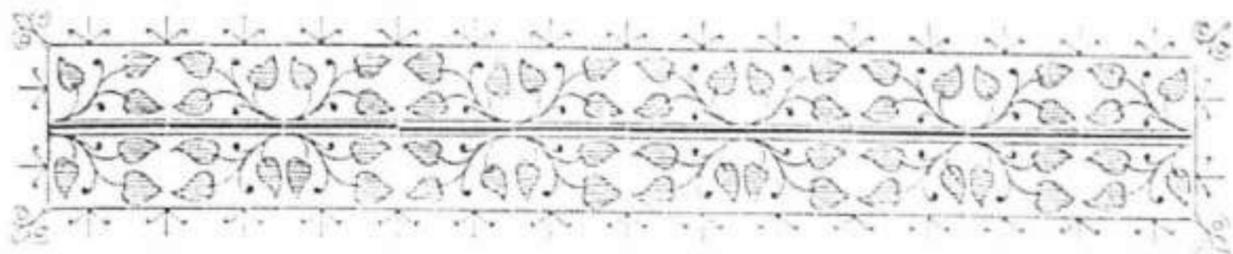
Y aunque el pobre D. Martin rogaba devota y constantemente al cielo por su empecatada grey, el diablo parecía tener bien agarrados á los de Taravilla, que dejaban al Cura celebrar la misa los domingos, sin más testigos que Jorge el Sacristan, Lepe el Maestro de escuela, y media docena de beatas.

—¡Señor!—clamaba un dia D. Martin en plena cuaresma y despues de un elocuente sermon, durante el cual los pocos amados oyentes suyos, casi todos dormían ó bostézaban: ¡Señor, ellos son unos perdidos y yo no lo niego, pero para ganarlos derramásteis vuestra preciosísima sangre! ¡Señor! ¡Que tengo miedo de condenarme con mi infiel rebaño! ¡Vos que me lo confiasteis, inspiradme, como á Pastor que soy, el medio de

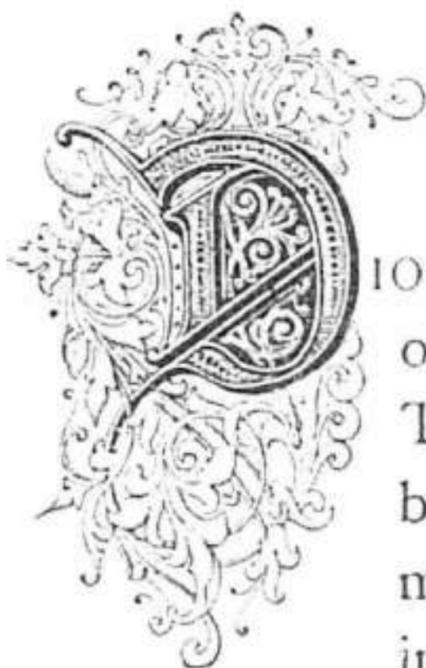
alejarse del lobo infernal, y haced, si es preciso, un milagro de los gordos, que si es de los menudos lo tomarán á risa! Yo los conozco bien: por beber y bailar, son capaces de armar una zambra en un entierro. Pero eso de confesarse no hay cuidado. Como si lo viera, este año como los pasados por Pascua florida, no vendrán más que el Maestro, el monago y el coro de viejas.







## II



DIOS, empero, parecia sordo á las oraciones en favor de los de Taravilla. Un domingo, sin embargo, pronunció el Cura un sermón, que hirió notablemente la imaginacion de los pocos desgachados que le oian, por lo corto y sustancioso:

—«Carísimos hermanos míos en Nuestro Señor: habia dicho el celoso Cura. Hoy venia á anunciaros con la divina palabra una gran noticia, que podria hacer la fortuna del pueblo; pero desgraciadamente no veo bastantes cristianos reunidos. *Thesaurum optimum aperiet.* Quería hablaros de un tesoro preciosísimo, y yo sé dónde está, capaz de hacer ricos millona-

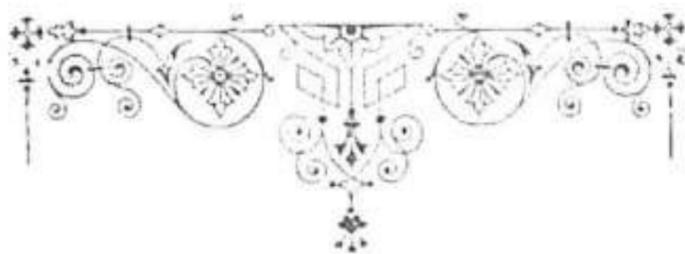
rios, á todos los vecinos de Taravilla, aunque sean más pobres que Carracuca. El domingo próximo haremos el reparto, y cada cual se contente con la parte que le toque. Cuando se trató de hacer pasar el ferro-carril por Taravilla, el pueblo entero votó como un sólo hombre: cuando vino el Sr. Diputado, todos acudisteis por ver de sacar un estanco ú otra friolera en Aduanas ó Correos. Mucho más vale el tesoro que os anuncio: *Thesaurum absconditum*. Pero por hoy veo que predicaria en desierto; y no hallo en la Iglesia más que á mi monago Jorge, que todo lo coge, y aguarda á apurar las vinajeras; á Felicia la serora, que por hablar por el camino ha llegado á la Epístola, á Lepe el Maestro, que está dando cabezadas, y á los tres ó cuatro restantes que están en la Iglesia como si estuvieran en las Batuecas. Hasta el domingo próximo, amados oyentes míos, en que descubramos el gran tesoro: es la gracia que á todos os deseo, etc.»

No hay que decir que la noticia corrió por el pueblo como un cohete. Justamente, á creer la fama que los de Taravilla tenían en la comarca, eran gente que bailaba de cabeza por un ochavo.

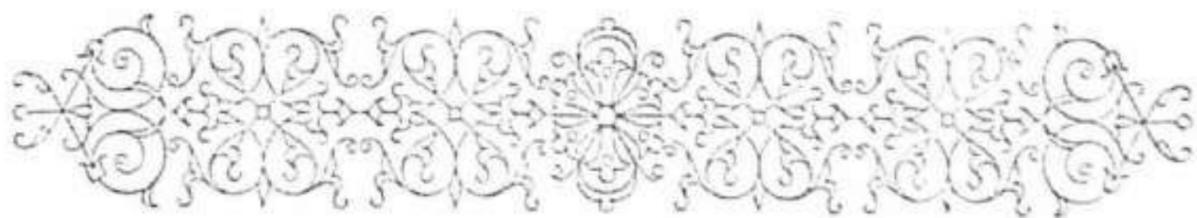
De bote en bote estaba la iglesia parroquial el siguiente domingo, muy ántes que Jorgillo tañese la campana. Don Martin no pudo conte-

ner una sonrisa de satisfaccion, contemplando aquel lleno completo; y al acabar el Evangelio, dando gracias secretamente á Dios de semejante éxito, subió al púlpito, y con solemne y afectuosa voz, habló á los de Taravilla en semejantes términos:

«Hermanos míos y muy amados en Nuestro Señor Jesucristo: *Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes*: el Señor llenó de bienes á los pobres y hambrientos, y mandó á paseo con las manos vacías á los ricos. Son palabras de la Virgen Santísima, en el cántico del *Magnificat*, que algunos de vosotros me ayudais á cantar en Visperas. El tesoro ya lo tenemos afortunadamente, y si me prestais benévola atención, presto sabréis dónde se halla y podréis participar de él.»







### III



EDITANDO me hallaba anoche yo, amados oyentes míos, en aquellas palabras del Evangelista San Mateo: «Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo»

cuando... ¿fué sueño ó vision? No lo sé, pues, como decia el Apóstol San Pablo, no conviene gloriarse, *non expedit gloriari*. Ello es que de pronto me hallé yo, pobrecito pecador, á las puertas del cielo; llamé y San Pedro en persona vino á abrir. Yo lo conocí en la calva y en las llaves.

—¡Hola!—D. Martin,—exclamó muy campesino. ¿Qué trae V. de bueno por acá?

—Señor... don... digo San Pedro,—dije yo

temblando. Usted disimule la embajada que traigo, mas para tranquilidad de mi conciencia, tengo una gran curiosidad de saber cuántos vecinos de Taravilla hay en el cielo.

San Pedro, muy complaciente, sacó un gran libro, y me dijo, calándose los anteojos:

—Aquí está el índice de la Matrícula que llevo. T... Ta... Taravilla. La página está sin estrenar. No hay nadie de Taravilla.

—¡Imposible!—dije yo aterrizado, sin poder contenerme.

—Véalo V. mismo,—dijo el buen Apóstol, enseñándome el libro.

—¡Misericordia, Señor!—exclamé yo llorando.

—No hay que hacer mala sangre por eso,—me dijo consolándome y muy amable San Pedro. ¿Son gente devota?—me preguntó.

—¡Calle V. por Dios! ¡Qué han de ser!

—Pues entónces no es extraño. Estarán haciendo su cuarentena en el Purgatorio. Tome usted este par de sandalias, me dijo dándome sus chinelas, que los caminos son infernales. Siga V. este sendero, y á la vuelta hallará V. una puerta de plata, tachonada de cruces negras. Llame usted y le responderán. Vaya V. con Dios.

—¡Las carnes me tiemblan de pensar en aquel camino! La senda estaba empedrada de vidrios rotos con la punta hácia arriba y á los

lados cabezas de víboras y serpientes que silbaban y le helaban á uno la sangre en las venas.

—¡Tan! ¡Tan!—llamé en la puerta del Purgatorio.

—¿Quién va?—dijo una voz suave y dolorida.

—El Cura de Taravilla.

—De Tara... ¿qué?

—De Taravilla junto á Francia.

Héte aquí que asoma un ángel del Señor, blanco como la nieve, brillante como el sol, pero algo pálido y alicaído, y que por cierto llevaba una llave de diamantes suspendida del cinturón de coral. Hojeaba un libro mayor todavía que el de San Pedro.

—¿En qué puedo servir al digno ministro de mi Señor?—dijo inclinándose graciosa y reverentemente, como si yo hubiera sido algun archipámpano.

—Señor ángel,—le dije yo tartamudeando y estupefacto de tanta belleza, quisiera saber, si no es una impertinencia, cuánta gente de Taravilla está de posada en el Purgatorio.

—España... Taravilla... Pues no tenemos ningun vecino de Taravilla,—exclamó el ángel, despues de haber mirado y remirado.

—¡Santo Cristo de la Agonía!—dije yo tambaleándome. ¿Ninguno?...

—Ninguno,—repitió el ángel.

—¿Pues dónde paran?

—Gozarán de Dios en el cielo.

--De allá vengo y no están, —dije yo.

—Pues ¿qué le hemos de hacer? Señor Cura. Si ellos no están ni en el cielo ni el Purgatorio... ¿estarán en el Limbo!

—¡Qué! ¡Si los arrastrados suelen morir de pícaros ó de viejos!

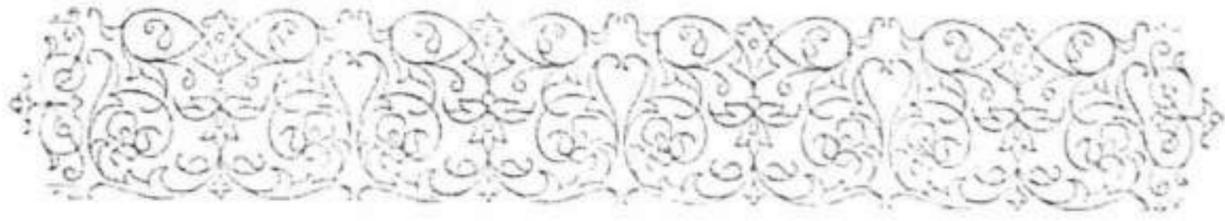
—¡Ta, ta, ta! Pues entónces probablemente los tendrá V. en los Infiernos.

—¡Ay, Virgen Santísima de los Dolores! Y si mis feligreses no van al cielo ¿dónde iré yo que soy su Pastor?

--Entónces, para salir de dudas, siga V. este callejon áspero, oscuro y tortuoso, y á mano izquierda encontrará V. un gran portal, que apes- ta á azufre. ¡Dios guarde a V.!

Y cerró la puerta.





#### IV



AMBALEÁNDOME como un hombre beodo, caminaba yo sobre las ascuas que sirven de pavimento á aquel lúgubre y espantoso callejon. Un frio de muerte me helaba, á la vez que el sudor corria á chorros de mi frente. Gracias á las sandalias de San Pedro, no me abrasé los cascos.

Al cabo de esta horrible caminata, divisé un portal endemoniado, como la boca de una caverna. A medida que me acercaba, los cabellos se me erizaban, y sentia una sed sofocante, un temblor mortal, un olor á cuerno quemado que echaba para atrás, y unos alaridos que cuajaban la sangre en las venas. ¡Ay, hermanos míos, qué espectáculo aquel! Allá nada de registro, nadie

me preguntó quién era ni cómo me llamaba. Se conoce que por aquella caverna se entra de rondon.

Parado me estaba yo sin ser capaz de dar un paso, cuando oigo una sarta de horribles blasfemias, y me veo asomar un demonio, tan cornudo como feo, que me dice pinchándome con una gran horca, que afortunadamente no me dió:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Ciudadano! En qué quedamos ¿entras ó sales?

—¿Yo? No señor, no entro. Yo soy un amigo de Dios.

—¡Con que amigo de Dios! Pues entónces, ¿qué vienes á buscar aquí, papanatas?

—Venía... ¡Ay, señor Diablo! Venía á preguntar humildemente si... por si acaso... si ha visto vuestra merced por estos barrios algun pobre vecino de Taravilla.

—¡Fuego del Infierno! ¡Mire con lo que nos sale ahora el pánfilo del Capellan! ¿Es que haces el tonto ó te quieres burlar de mis cuernos? Mira, mira un poco por acá, mira cómo esca-bechamos á tus *pobrecitos* vecinos de Taravilla!!

Y entónces vi en medio de un enorme monton de llamas (¡dejadme respirar, hermanos míos!) en primer lugar á *Mala-sombra* el Cosario, todos lo habeis conocido, á quien nunca le faltó, sin tener hacienda ni prebenda, ni aun en

tiempo de veda, caza mayor y menor que comer y vender.

A Pepe *el Maula*, aquel alto que molia á palos á su mujer y era tan caritativo con las ajenas.

A la Maruja la *Pulida*, que bailaba constantemente con mozos y viejos, y descompuso más de un matrimonio con su cara picada de viruelas.

Al tabernero Miguelon, por mal nombre *Traga-Curas*, lector y vendedor de los periódicos *El Tiberio* y la *Nivelacion social*, Presidente del *Club del Degüello*, y jefe de los ternes de la localidad.

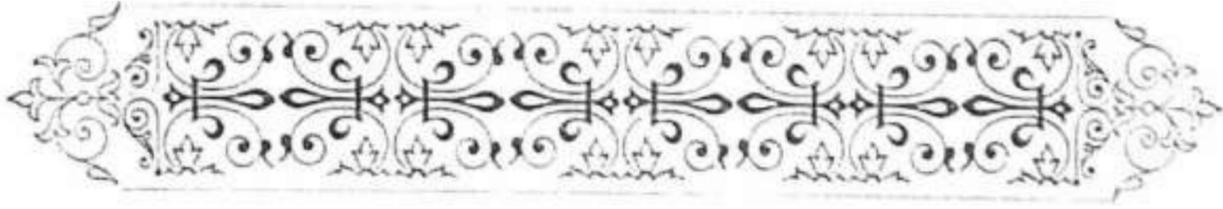
A la tia Bruja, que cuando iba á espigar, completaba el haz con la mies ajena, y que sabia admirablemente el arte de hacer con un cántaro de leche, seis.

Al tio Peroles el *Peneque*, tan devoto de Baco, como indevoto cristiano. Todos le oiais blasfemar, y sabeis que no queria descubrirse delante del Santo Viático.

Y despues á *Chispas* el bandido, á la Pepa la loca, á Ramon el buen mozo...







V



ONMOVIDO, aterrorizado, lívido de pavor, el auditorio tembló al ver en el Infierno, quién á su padre, quién á su madre, á su abuelo ó á su hermano.

— Ya comprendéis, hermanos míos,—añadió el buen Párroco, que esto no puede continuar así. Yo soy Cura de almas, de *almas* ¿estais? Soy responsable de ellas, y quiero, quiero á todo trance, cueste lo que cueste, salvaros del abismo en que os vais á precipitar. Mientras hay Dios, hay misericordia. Con que vamos pronto, pronto, á poner remedio: ¡hartas muertes repentinas ha habido en el pueblo! ¡señales probables de la ira de Dios por el desprecio en que teneis los Sacramentos! Mañana sin más tardar, me pongo á la tarea. ¡Y en ver-

dad, que ya cayó que hacer! Y á fin de que todo vaya con órden, oid la receta. En primer lugar todo el mundo en fila.

Mañana, lúnes, confesaré á los viejos y viejas. Asunto de coser y cantar, como dicen.

El martes á los niños. En un tres por cuatro, acabaré con los angelitos.

El miércoles á los mozos y mozas. Esto será más largo.

El juéves á los hombres. Como á los soldados cuando son muchos, aprisa y bien.

El viérnes á las mujeres; pero abreviaremos, porque son largas de razones.

El sábado á ¡Cachano el molinero!

Y si el domingo damos fin y remate ¡buenas pascuas nos dé Dios!

¡Hermanos míos! cuando pasan rábanos, comprarlos, y cuando la mies está madura, el tiempo que se dilata la siega es tiempo perdido, sujeto á mil percances. Ninguno de vosotros está seguro del mañana. Y el que cuenta sin Dios no sabe de cuentas. Y pues tanto os afanais por veinte ó treinta años que podeis vivir á lo sumo en este valle de lágrimas, no seais locos, y una vez por siempre, haced la colada de vuestra conciencia, aseguraos el perdón y el tesoro de gracias que os ofrece Jesucristo para los millares de millones de años que habeis de

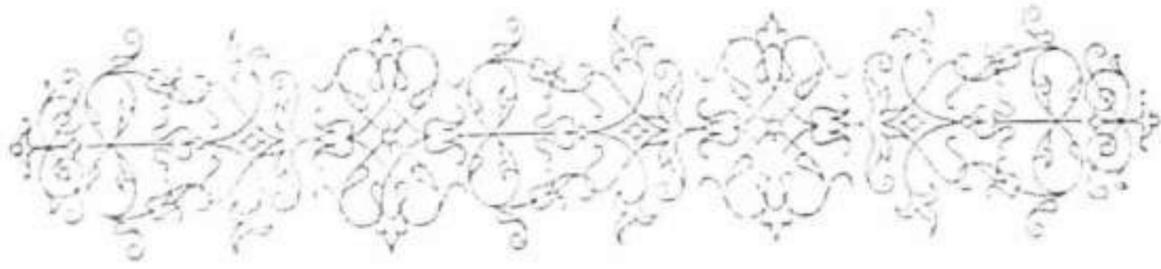
vivir en la vida eterna que á todos os deseo. Amen.»

¡Caso particular! Tal como el Cura lo dijo, sucedió, y todos los vecinos, como dóciles corderos, acudieron al tribunal de la Penitencia á hacer la gran colada de su enmarañada vida.

Desde aquella fecha memorable, el perfume de las virtudes de los de Taravilla trasciende en diez leguas á la redonda.

El Ecónomo D. Martin, feliz y satisfecho del éxito de su sermon, volvió á soñar que, precedido de todo su taravillesco rebaño, subia en brillante procesion á las esferas celestes, y que, á la luz de los cirios, entre nubes de incienso, y acompañado de su coro, y á los ecos del *Te-Deum*, recorria el camino sembrado de estrellas que conduce á la celestial Sion.

FIN



## INDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO . . . . .	5
La Virgen de la Vega . . . . .	19
Mala-lengua . . . . .	41
El Farolon . . . . .	63
Doble conquista ( <i>diálogo edificante</i> ) . . . . .	93
La niña penitente . . . . .	117
Corazon de oro ( <i>leyenda</i> ) . . . . .	123
El aprendiz de Santo . . . . .	159
Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cru- ceros ( <i>tradiciones españolas</i> ) . . . . .	169
Pepe bronce ( <i>simple historia</i> ) . . . . .	217
La pascua en Taravilla ( <i>cuento provenzal</i> ) . . . . .	235









